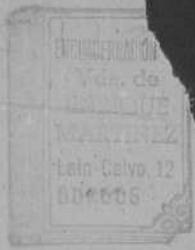




BU 2711



BPE Burgos

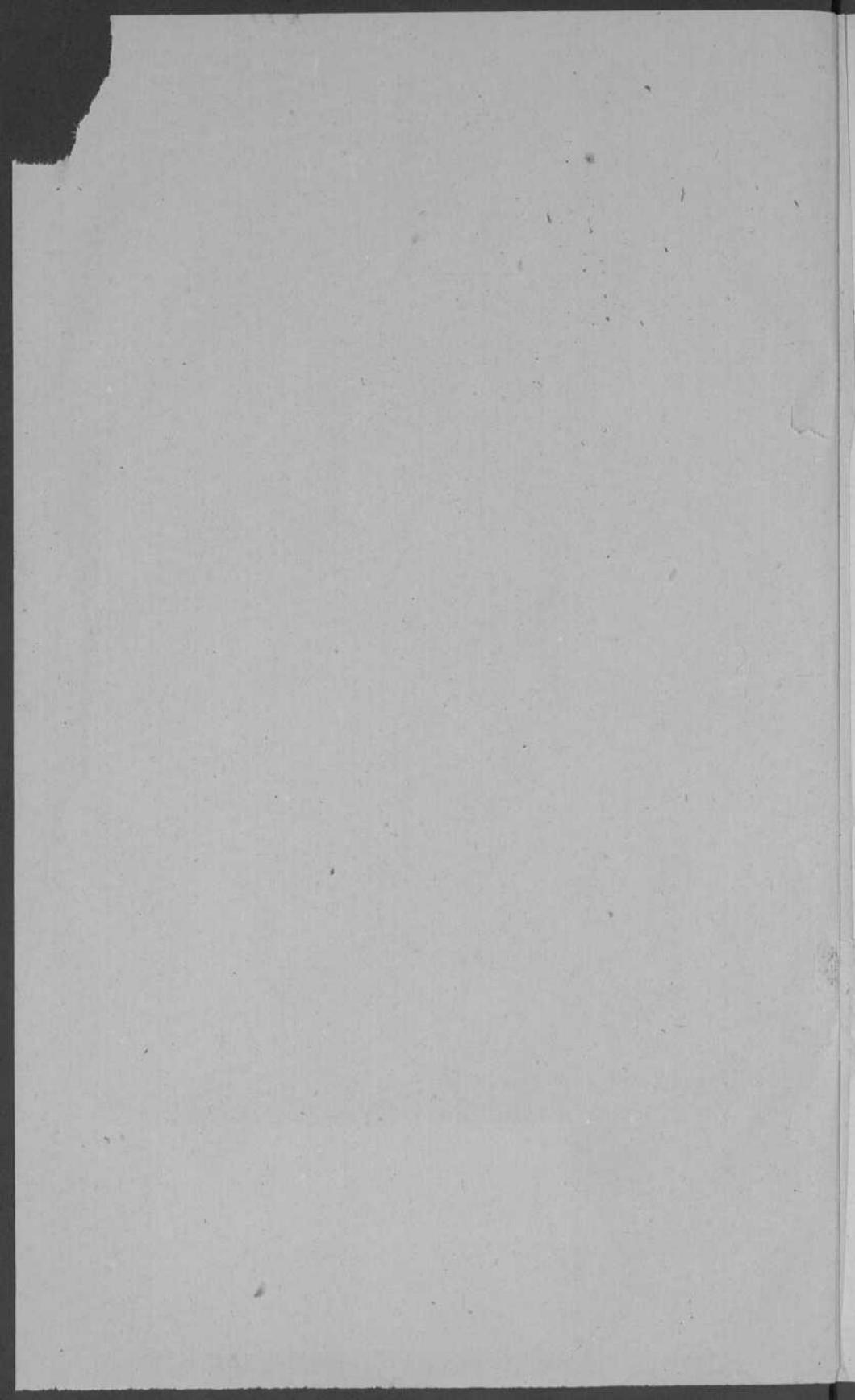


3359130 BU 2711

1059130

T. 42757

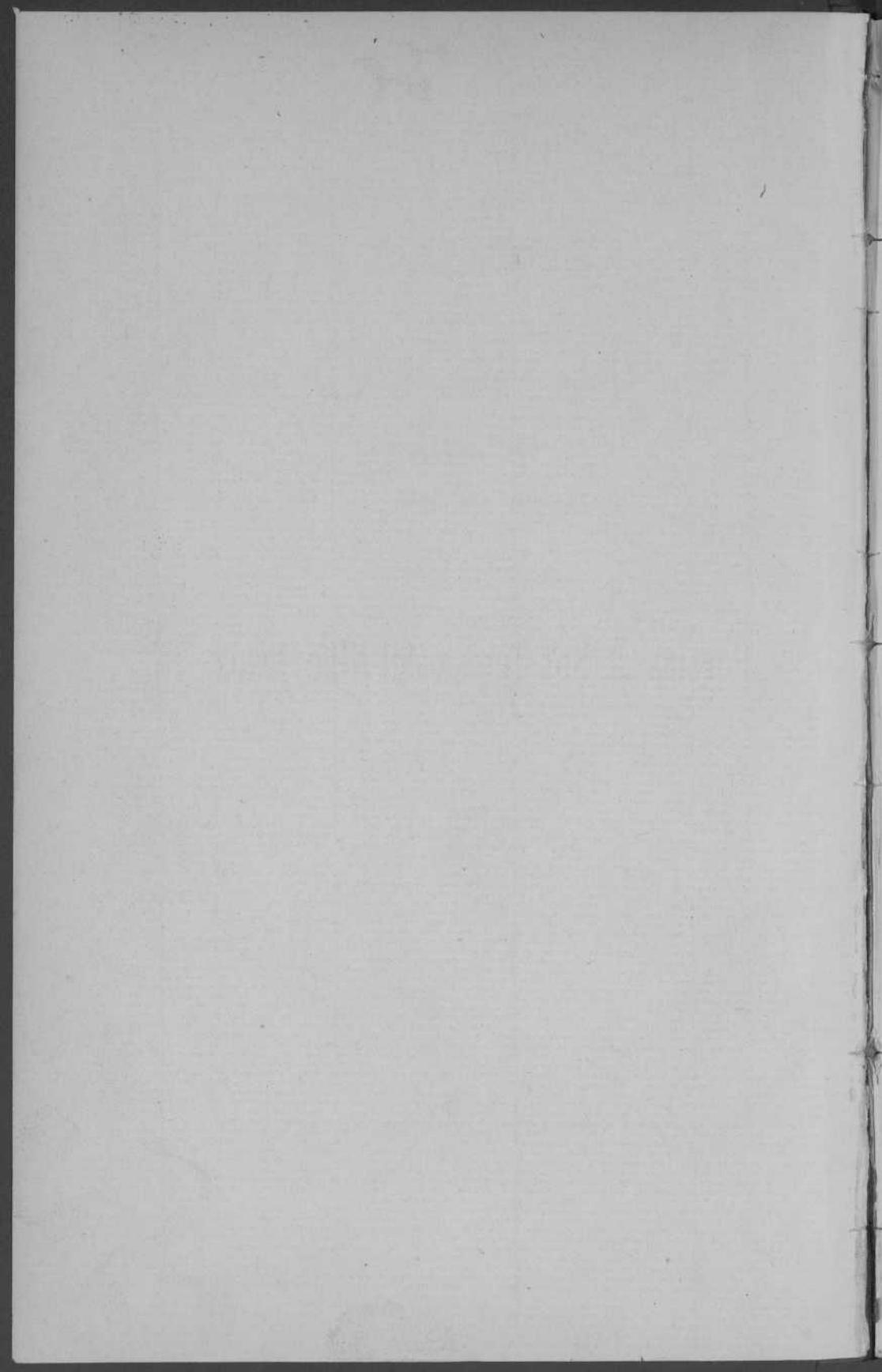
C-59130



303 134 111
119

Poesías de Sor Teresa del Niño Jesús

(Santa desde 1926)



R. 97171

POESIAS

DE

SOR TERESA DEL NIÑO JESUS

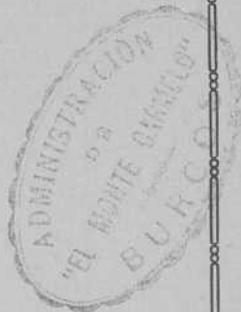
Y DE LA SANTA FAZ,

Carmelita Descalza.

TRADUCIDAS POR

FR. FLORIAN DEL CARMELO,

CARMELITA DESCALZO.



BURGOS

IMPRENTA DE «EL MONTE CARMELO».

1914.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Nos Fr. Clemens a Sanctis Faustino et Jovita, Praepositus Generalis Fratrum Excalceatorum Ordinis Bmae. Virginis Mariae de Monte Carmelo ejusdemque S. Montis Prior.

Tenore praesentium delegamus R. Adm. P. Petrum a Matre Dei, Vicarium S. Montis Carmeli, ut deputet duos censores idoneos, qui opus cui titulus «Poesías de Sor Teresa del Niño Jesús» a R. P. *Florián del Carmelo* ex gallico in hispanicum idioma versum examinet, et si ab eis approbatione dignum censeatur, licentiam etiam servatis de jure servandis illud excubendi concedat.

In quorum fidem, etc.

Datum Romae ex Aedibus nostris Generalitatis die 24 Julii 1913.

L + S

Fr. Clemens a Ss. F. et J.
Praep. Genlis.

Fr. Elias a Sancto Ambrosio,
Secretus.

Nos Fr. Pedro de la Madre de Dios, Vic-Provincial de
Palestina y Vicario del Santo Monte Carmelo.

Delegado: *ad hoc* por N. M. R. P. General, y
visto el dictamen favorable de los dos censores
encargados de examinar la traducción española
de las poesías de Sor Teresa del Niño Jesús,
hecha por el R. P. Florián del Carmelo, convent-
tual de esta comunidad, concedemos gustosos el
permiso para imprimirlas.

Santo Monte Carmelo 6 de Agosto de 1913.

L + S

Fr. Pedro de la M. de Dios,
Vic-Prov. de los Carmelitas Descalzos de
Palestina y Vicario del Monte Carmelo.

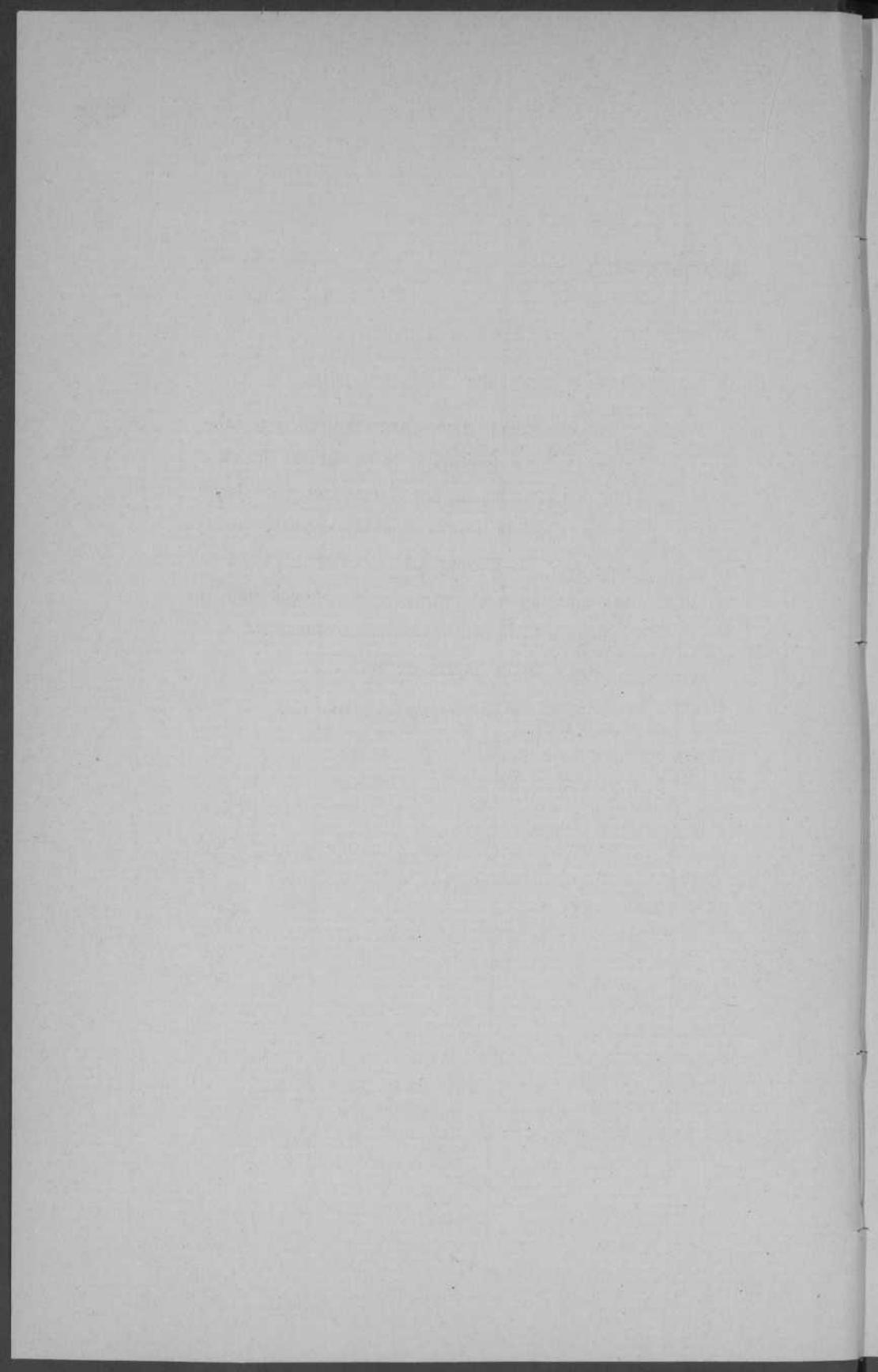
ARZOBISPADO

DE
BURGOS

Por el presente damos nuestra licencia y autorización para imprimirse y publicarse la obra titulada «Poesías de Sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, carmelita descalza, traducidas por Fr. Florián del Carmelo, C. D.», toda vez que según el censor nada contiene que se oponga a la fe ni a las buenas costumbres.

Burgos 28 de Marzo de 1914.

† El Arzobispo de Burgos.



PROLOGO

Repetidas insinuaciones del autor de esta traducción me obligan, amado lector, a entretenerte por unos momentos, si es que tuvieres a bien leerme. No esperes de mí grandes cosas, pues quedarás dolorosamente defraudado en tu esperanza. Sólo te diré algo de lo que yo siento sobre la autora y el traductor de estas lindísimas poesías, pues a ambos me veo obligado a presentar con grandísima confusión mía, porque nunca creí verme tan honrado que pudiera poner mi nombre al principio de obra tan profunda en el fondo y tan candorosa en la forma.

El traductor es ya muy conocido como poeta en la literatura patria. Sobresale por la facilidad y ligereza de su versificación, reflejo natural de otra facilidad mayor y de más mérito, la de su ingenio, que sin dificultad se acomoda a los más diversos géneros de poesía. En su juventud compuso muy bellos romances, casi todos de asunto teresiano. Después, ocupado por serios empleos, dejó la lira, que ahora vuelve a sonar en las cumbres del Carmelo con más elevación y más robustas y acordadas notas. ¡Quiera el cielo conservar su salud y vida para que veamos terminados los grandes proyectos que su mente de crítico y su inspiración de poeta abrigan!

Todo esto le disponía muy favorablemente para darnos una traducción poética de las poesías de Sor Teresita, con la que su inspiración tiene no pocos puntos de semejanza. Y digo *traducción poética*, porque no todas las traducciones de poesías lo son. Es muy difícil posesionarse bien de las composiciones poéticas, mucho más si están escritas en lengua extraña; y aun después de penetrarse bien con el fondo y la forma, resulta a veces casi imposible hacer que otra len-

gua las refleje con vida y naturalidad. Para esto se necesita ser poeta y aun haber practicado el género a que las poesías originales pertenecen. Todo lo cual tiene el P. Florián, a quien no se oculta, ni lo que es fondo y forma poéticos, ni en qué consiste el verdadero carácter y mérito de la poesía, ni los secretos encantos y dificultades de la versificación. Por eso él nos ha ofrecido en Sor Teresita una poetisa castellana, ya que en nuestra lengua la ha hecho hablar con la misma sencillez, candor y naturalidad que en la suya. Mérito es este para mí de gran precio, que tendrán que agradecerle, no sólo los devotos de la Santita, sino cuantos entre nosotros se dedican al estudio de la bella literatura, los cuales podrán desde hoy saborear los profundos conceptos y afectos ternísimos de la azucena de Lisieux.

Mucho más pudiera decirte, amado lector, del mérito del traductor y traducción; pero temo ofender la modestia de aquél, el cual, en carta reciente, me rogaba que no me cuidase de él y que alabase sólo a Sor Teresita. Esta humildad hace resaltar más aún su mérito. Por lo que a mí toca, creo hallar suficiente dispensa con decirte que lo dicho es un desahogo del corazón, que las relevantes cualidades del Padre Florián y la íntima y fraternal amistad que con él me una hacen suficientemente justo y oportuno.

*
* * *

Apenas habrá en el mundo cristiano nación que desconozca a Sor Teresita, aunque más conocida y venerada que por sus poesías lo es por su *Histoire d'une Ame* y por la abundancia de gracias que, como *lluvia de rosas*, hace caer sobre las almas y cuerpos de cuantos con fe y confianza la invocan. Sin embargo, su mérito como poetisa es tal, que por sí sólo bastaría para darla a conocer y ser muy apreciada. Y aun creo que en parte tienen más mérito sus poesías que su prosa, no tanto por el suave encanto que, a manera de tibio crepúsculo matutino, las envuelve, encanto que también en su prosa aparece; cuanto por la espontaneidad con que de

su corazón salieron, la cual les hace más a propósito para conocer las diversas situaciones de éste. Hay un no sé qué en todo corazón, que en vano trata de describir la prosa, de suyo reflexiva y abundante: su mejor descripción es la expresión directa y vehemente en esas poesías líricas cortas, que muy bien podíamos llamar *pedazos del corazón*. En tales momentos, el hombre es mucho más sincero y deja, por tanto, ver con más claridad su interior.

*
* *

Si buscamos paternidad a Sor Teresita, seguramente no se la hallaremos más legítima que la de Santa Teresa, madre de ella en el espíritu y en el carácter de su inspiración poética. Como Santa Teresa, la humilde carmelita de Lisieux canta los efectos del amor de Dios en las almas, las solemnidades y devociones del claustro carmelitano; como aquélla, compone sus estrofas para ser acompañadas del canto. Ambas alegran con sus melodiosos trinos los palomarcitos de la Virgen, moradas dichosas de las más austeras virtudes y de las purísimas alegrías que salen del fondo del corazón; pruebas vivientes de que ni la misma penitencia ni la pobreza son oscas, sino antes alegres, expansivas y, a veces, modestamente bulliciosas. Por eso es Sor Teresita eco de una existencia ignorada de los mundanos y en la cual viven muchas almas; prueba inconcusa de una tradición que comenzó en Avila y que, probablemente, durará mientras exista el cristianismo, de cuyo espíritu se alimenta.

Los inocentes pasatiempos, las celestiales aspiraciones, las ilusiones del alma llenas de recuerdos bíblicos que forman el encanto de la Carmelita son cantados por Sor Teresita con una dulzura inimitable. ¡Qué hermoso es, por ejemplo, el *Cántico* para las sacristanas, en que a las místicas consideraciones sobre la dignidad del oficio que tiene por por fin preparar las substancias del sacrificio,

Que en bello cielo truecan la tierra,
se unen otras de más elevados vuelos, en que se habla de la

dignidad de las esposas de Jesucristo y del fin de toda Carmelita que, con su oración, ha de ser un verdadero Apóstol:

Si por esposas Jesús escoge
 A estas sus siervas,
 También seremos como hostias blancas,
 Que ver trocadas en El desea.

.
 Al lado estamos de los Apóstoles
 Que aman y rezan;
 Y combatimos luego en el campo
 Donde los buenos por Dios pelean.
 Dios, que te escondes en el Sagrario,
 Dios que te encierras
 En nuestras almas, ¡Señor, perdona
 A los malvados tantas ofensas!
 Y sin descanso trabajaremos
 Aquí en la tierra,
 Para colmarte de almas el cielo,
 Cual los copones de hostias pequeñas.

De este carácter e inspiradas en semejantes sentimientos hay aquí muchas otras composiciones en las cuales pueden ver nuestras religiosas sobre todo, en qué consiste la verdadera y franca alegría y el modo de elevarse de las ocupaciones más triviales a altísimas consideraciones místicas, demostrando una vez más el dicho de nuestra Santa Madre, que hasta entre los pucheros anda Dios. Apenas hay acto de la vida carmelitana que no haya sido santificado por Sor Teresita, cuya pluma hace amable cuanto trata.

* * *

Hay en este género de pasatiempos algunos que manifiestan las cualidades lírico-dramáticas de nuestra poetisa, y son sus *Recreaciones piadosas*. Llena de vida y sentido místico está la rotulada *El divino pordiosero de Navidad*. Un ángel, no encontrando en el mundo más que indiferencia, llama con el Niño Jesús en la cuna a las puertas del Carmelo. Como

el Niño no puede hablar, el ángel se encarga de manifestar sus deseos y aun de glosarlos. Entrega a la M. Piora una canastilla con unas papeletas y cada religiosa coge la suya, que entrega después al ángel. Abrela éste y va leyendo el don que en cada una se pide. Cada petición es una pequeña poesía en que se expresa una necesidad del Niño Jesús, que pide el socorro de ella, y cómo podrán las religiosas satisfacerla espiritualmente. Por fin, el ángel se despide ofreciéndoles grandes recompensas por las limosnas que le han dado. La invención de esta recreación es ingeniosísima, en la cual no admira tanto el desarrollo, como la naturalidad con que ha logrado su autora sensibilizar una idea abstracta. Sólo esto valdría para acreditarla de excelente poetisa. Las partes de ese plan son como perlas engastadas en corona de oro: cada una de por sí es capaz de producir un placer estético acabado. Y a esta unidad lógica y artística de la composición, únese otra que le da un valor inapreciable y hace que se lea con mayor encanto. Tal es el sentimiento sencillo y tierno y el candor que en toda ella domina, muy propios del asunto, y por los cuales nos sentimos como insensiblemente trasladados a los años de nuestra infancia y gozamos de aquellos ensueños de color de rosa que tanto amaba nuestro espíritu. Fuerza grande tiene todo esto, no sólo para cautivar, sino para mover el corazón de las hermanas a quienes lo dirigía. ¿Cómo podrían éstas desoir la petición de un ángel que les dice en nombre de Jesús:

Y como el buen peregrino
Tan sólo en la tierra hoy halla
Indiferencia, por eso
A vuestro Carmelo llama?
¿Y cómo resistirse a darle los dones que pide, si
Para pagar sacrificios,
Que por su amor dan mil brotes
De gracias, tiene una gloria
Con santos y eternos goces?
Gustosos nos detendríamos en examinar las bellezas de

otras recreaciones como *Los ángeles junto a la cuna* y, sobre todo, *Jesús en Betania*, en la cual Sor Teresita se manifiesta una alma contemplativa que sabía sacar a la naturaleza los secretos que encerraba, los cuales la hablaban de Dios; pero no haríamos con nuestro análisis sino deshojar las hermosas flores de cuyo fresco aroma puede el lector gozar por sí solo.



Muéstrase Sor Teresita en todas sus composiciones poetisa verdaderamente mística; pero hay algunas en que de una manera especial se refleja esta cualidad. Tales son, entre otras, aquellas en que de un texto de la Escritura toma pie para expresarnos lo que piensa y siente a ratos su espíritu. A la luz de aquel texto viene a aparecer su vida como una interpretación práctica del mismo, según puede verse en la poesía *Mi cántico de hoy*, que es una explicación completa del texto del Evangelio: *No os inquietéis por el día de mañana; pues mañana tendrá su propia inquietud: bástale a cada día la suya* (1). Una ilimitada confianza en la divina Providencia mueve a Sor Teresita a abandonarse en sus brazos. Segura de que no le ha de faltar su auxilio y amor, no se preocupa de cuanto pueda sucederle. La Eucaristía y la misma protección de la Virgen y del ángel de su guarda no la quiere más que para un día, para ese día que es presagio del eterno *hoy* de la gloria. ¿Y por qué lo ha de pedir para más tiempo, si ese tiempo no está en sus manos?

Ma vie est un instant, une heure passagère,

Ma vie est un moment qui m'échappe et qui fuit.

Tu le sais, o mon Dieu, pour l'aimer sur la terre,

Je n'ai rien qu'aujourd'hui!

Aparece esta misma cualidad en la poesía que lleva por título *Vivir de amor*, la cual podría decirse que es una explicación del amor tal como ha de practicarle una Carmelita. Vivir de amor es para Sor Teresita conversar con Jesús,

(1) *Nollite ergo solliciti esse in crastinum. Crastinus enim dies sollicitus erit sibi ipsi: sufficit diei malitia sua.* Math. VI, 34.

buscarle y vivir su misma vida escondida, y llegar a estar tan identificada con El, que hasta pierda el temor de sus pecados y se entregue toda entera sin cálculos ni reservas en los brazos del Amado, porque, según ella hermosamente dice

...lorsqu'on aime on ne calcule pas.

Mas este amor se manifiesta en el amor del prójimo, rogando por él, por los sacerdotes encargados de salvar a las almas, por los pecadores para que se conviertan y sembrando por todas partes la paz y el amor. Una cosa me llama sobre manera la atención y no quiero dejarla pasar, porque puede por sí sola acallar ciertas acusaciones que contra la piedad sólida de la Santita pudieran suscitarse. Conformándose ésta con nuestros padres Santa Teresa y San Juan de la Cruz, entiende que el amar es algo más que gozar y anegarse en dulzuras celestiales, es seguir a Jesús hasta el Calvario, llevando con El la Cruz:

*Vivre d'amour, ce n'est pas sur la terre
Fixer sa tente au sommet du Thabor;
Avec Jésus, c'est gravir le Calvaire,
C'est regarder la croix comme un trésor.*

Lo cual hermosamente traduce el P. Florián:

*Vivir de amor jamás será en la tierra
Fijar en el Tabor nuestra morada;
Es más bien con Jesús ir al Calvario,
Y la Cruz, cual tesoro, contemplarla.*

Lo que en Sor Teresita es, sin embargo, dulce y amable es su expansión hacia los hombres, lo cual, lejos de ser un defecto, es más bien un mérito inapreciable y, para los tiempos que corremos, tal vez un medio providencial de que Dios se vale para irse poco a poco introduciendo en el corazón muelle y afeminado de una generación que sale de las escuelas positivistas, materialistas y ateas.

Como por la cualidad que al principio examinábamos Sor Teresita es hija de Santa Teresa, por ésta que acabamos de tratar se parece a San Juan de la Cruz. Claro es que no llega a las alturas de éste; pero sigue bastante de cerca su

vuelo, entrando de lleno en las puras regiones de la mística. Para no causar con minuciosos análisis, remitimos al lector de un modo especial a la composición titulada *Mis amores*, que es una encantadora autobiografía en verso, inspirada en dos estrofas del *Cántico Espiritual*.

* * *

La nota patriótica hacía también eco en el corazón de Sor Teresa y despertaba su inspiración. Creía, y creía muy bien, que la Carmelita, aunque se aparte del mundo, no ha de olvidarse de rogar por su nación. Los males que afligen a Francia acongojaban su alma y pedía a Dios que se acabasen. Al igual de muchos de sus compatriotas, veía un sím-su vida, y en su imaginación parece que resucitaban llenos de encanto, como lo atestiguan, entre otras, las composiciones que aquí van traducidas: *La pastora de Domrémy* y sus hermosas plegarias.

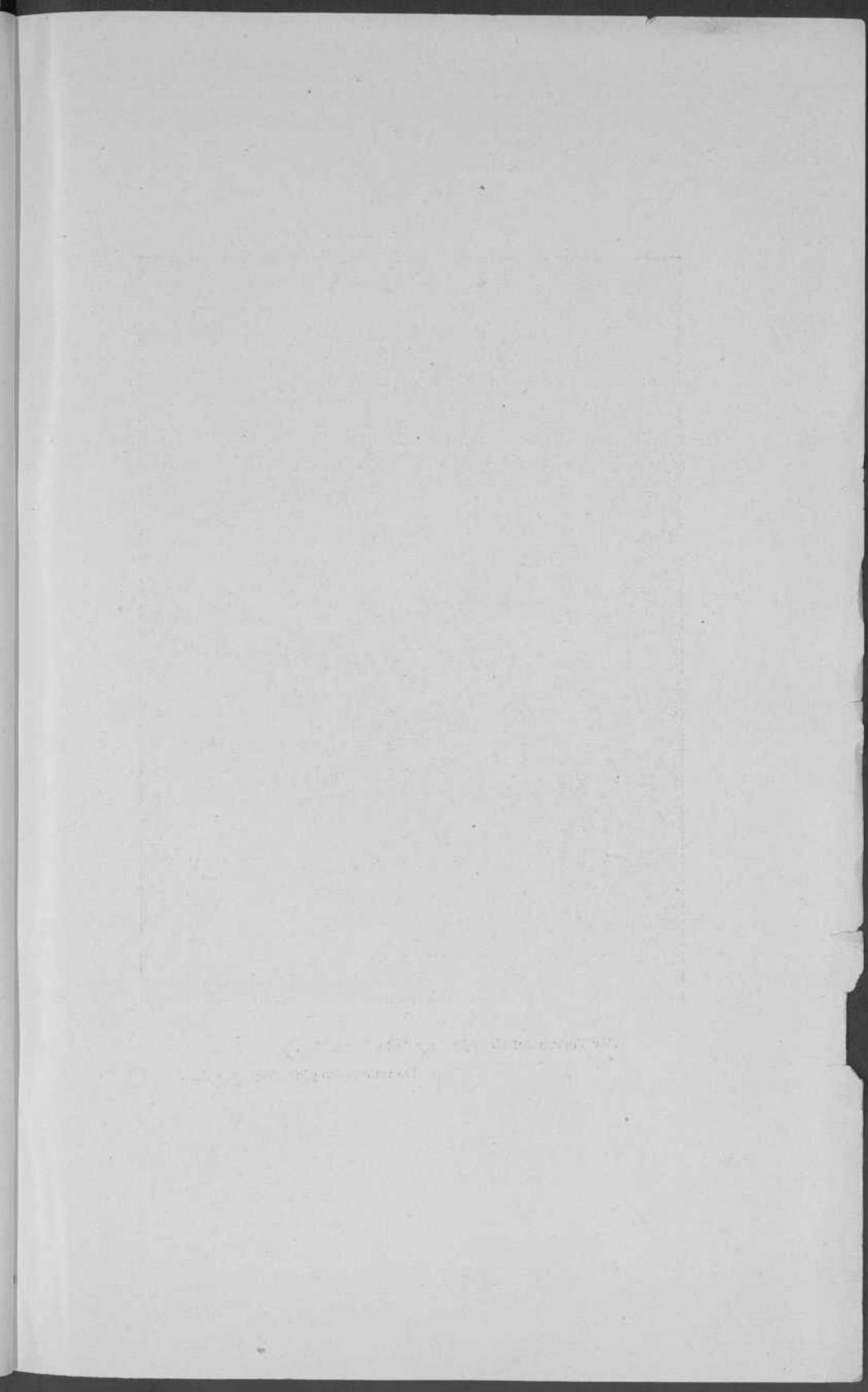
* * *

Aquí tienes, amado lector, algo de lo mucho bueno que contiene este precioso libro, el cual, sin ningún mérito mío y sólo por corresponder a una amistad fraternal de poco tiempo y ya muy arraigada, tengo el honor de presentarte. *Toma, y lee*. Seguro estoy de que ha de gustarte y serte de mucho provecho, porque verás a través de él una alma santa, que el arte inimitable del traductor ha sabido hacer transparente en la frase y aun en el metro.

Vale y ruega por mí.

FR. CLAUDIO DE JESUS CRUCIFICADO, C. D.

Burgos, Marzo de 1914.





Sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz.

De un cuadro pintado por Ceilna.

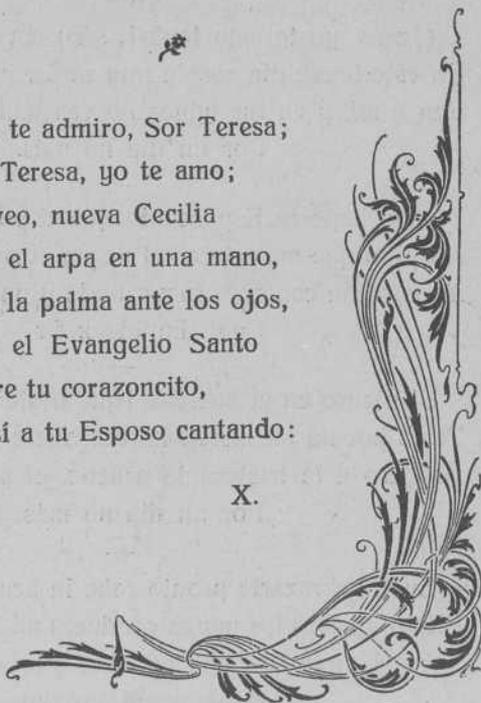


Al pie de un cuadro
pintado por Celina



Yo te admiro, Sor Teresa;
Sor Teresa, yo te amo;
Te veo, nueva Cecilia
Con el arpa en una mano,
Con la palma ante los ojos,
Con el Evangelio Santo
Sobre tu corazoncito,
Y así a tu Esposo cantando:

X.



Mi cántico de hoy

Mi vida es un instante fugaz y veleidoso;
Mi vida con el tiempo deslízase veloz.
A Dios en este día elevaré armonioso,
El eco de mi voz.

¡Jesús, yo te amo tanto!... Tu amor es mi divisa;
En este breve día sostén mío serás,
Ven a mí, y en tus labios yo vea una sonrisa
Por un día no más.

¡Qué importa, Esposo mío, que el porvenir sea oscuro!
No pido que me aclares el negro porvenir...
Mi corazón conserva inmaculado y puro,
Cual límpido zafir.

Si pienso en el *mañana* ¡qué triste pensamiento!
Temo por mi inconstancia, desfallecer quizás;
Prefiero a la tristeza la prueba, el sufrimiento
Por un día no más.

Sueño abrazarte pronto cabe la azul ribera,
Piloto, que en los mares conduces mi bajel;
Sobre las ondas vuela mi nave marinera
A tus mandatos fiel.

¡Ay! Déjame que huyendo del mundanal ruido,
Vaya a contar mis cuitas en tu divina Faz;

Dame tu luz, tu gracia, tu amor más encendido
Y el ósculo de paz.

Ocúltame en tu pecho y allí no habré temores
Del pérfido enemigo, que ronda mi mansión;
Que sea mi morada y hogar de mis amores
Tu Santo Corazón.

Pan vivo, Pan del cielo, divina Eucaristía,
Misterio incomprensible, producto del amor;
Jesús, y ¡cómo envuelves las almas cada día
En fuego abrasador!

Viña florida y santa, dignate unirte luego
A ti, y mi frágil rama dará frutos sin fin;
Uvas podré ofrecerte, que dora un sol de fuego
En místico jardín.

Racimos apiñados daré de almas humanas,
Y unida a la vid tuya sin fin floreceré,
Y no serán, Dios mío, mis esperanzas vanas...
¡Apóstol yo seré!

¡Oh, Inmaculada Virgen, oh, Estrella dulce y pura,
Que en tu Jesús radiando, con El me envolverás!
¡Oh, Madre, el mismo pliegue de tu amplia vestidura
Nos junte, hoy nada más!

Y tú mi ángel Custodio, cubierta con tus alas,
Mis pasos encamina con fraternal amor,

Y llévame, te ruego, a las celestes salas
De eterno resplandor.

Ver quiero ya a mi Esposo sin velos y sin nube,
Mirarle más de cerca que le contemplo aquí,
Mirarle yo quisiera con ojos de querube
Cuando El me mira a mí.

Ya pronto iré volando con el sagrado coro,
En día sin ocaso, que ve el alma inmortal;
Y cantaré a los ángeles, los de las liras de oro,
Mi cántico eternal.



Vivir de amor

«El que me ama guardará mis palabras y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada...» «Yo os doy mi paz... permaneced en mi amor».

(*Joann. XIV, 23-27, XV, 9*).

El día del amor, con voz sentida
Jesús dijo a los suyos sin parábolas:
 «Aquel que entre vosotros
 De corazón me ama,
 Que en su corazón guarde
 Fielmente mis palabras».

Mi Padre y yo a su corazón iremos
Y él será nuestra mística morada,
Y palacio y mansión resplandeciente
De la paz, del amor y de la gracia.

Vivir de amor, Tú mismo lo dijiste:
Es llevarte, Jesús, en las entrañas,
Es hacerte habitar en nuestro pecho,
Verbo increado, de mi Dios palabra.
Y, tú sabes, Jesús, que yo te amo,
Y sabes que tu amor mi pecho abraza.
Yo se, en cambio, que amándote me gano
A tu Padre y lo tengo en mi morada.

¡Oh, Augusta Trinidad, mi prisionera
Eres por obra de mi amor y gracia!

Vivir de amor, vivir es de tu vida,
Rey glorioso, delicia de almas santas.
Oculto por mí vives en la hostia...
Por ti me ocultaré, prenda adorada;
Y así ocultos los dos de noche y día
En dulce soledad, siempre buscada
Por los amantes... allí con ver tu rostro
Y de tu rostro la luz de la mirada,
Me sentiré feliz; y allí he de hablarte
De esto que siento arder dentro del alma.

Vivir de amor jamás será en la tierra
Fijar en el Tabor nuestra morada;
Es mas bien con Jesús ir al Calvario,
Y la cruz, cual tesoro, contemplarla.
En deleites vivir, propio es del cielo,
Donde no existen pruebas ni añoranzas;
Mas, aquí, en el Carmelo quiero penas,
Que es el traje que visten los que aman.

Vivir de amor es darse sin medida,
Sin cobrar aquí abajo alguna paga.
Jesús mío, sin cuenta a tí me he dado,
Porque en cuentas de amor no hay matemáticas
En tu gran corazón, mar de dulzura,
Navega el mío a velas desplegadas...

Ligera surco el mar con mi tesoro;
Llevo de lastre amor y amor de carga.

Vivir de amor es ahuyentar el miedo,
Y aun el recuerdo de pasadas faltas.
De mis pecados no hallo ya vestigio,
Pues los borró el amor con rojas ascuas.
¡Oh, llama de amor viva! ¡oh inmensa hoguera!
Mi corazón pondré sobre tus brasas
Y cantaré a placer, envuelta en fuego:
¡Esto es vivir de amor por quien nos ama!

Vive de amor aquel que, en frágil vaso
Un tesoro divino, humilde guarda.
¡Oh, Jesús! ¡Oh, mi Bien! ¡Cuál desfallezco!
No tengo, como el ángel, fuertes alas,
Y caigo a cada paso; pero al punto
Tú vienes hacia mí, Tú me levantas
Y me abrazas, tal vez, y otra vez luego...
Desfallezco de amor, como la Amada.

Vivir de amor es navegar sin tregua,
Vertiendo gozo y paz sobre las almas;
Cuando tú, buen Piloto, las dominas
Mi Caridad se alegra en mis hermanas.
¡Mi Caridad: estrella que me guía;
Siguiendo su fulgor boga mi barca;
Y «yo vivo de amor» es mi divisa:
Ha tiempo la escribí en mi vela blanca.

Vivir de amor cuando Jesús dormita
Es reposar sobre ondas encrespadas.
No temas, no, mi Amor, que te despierte
Espero en paz salir a un mar en calma...
En llegando, la Fe descorre el velo;
En llegando, se acaba mi Esperanza;
Pero esta caridad que hinche mi vela,
Esa me engolfará en un mar sin playa.

Vivir de amor, dulcísimo Maestro,
Es pedirte que enciendas con tu gracia
El fuego del amor en tus ungidos
Y por ellos al mundo el fuego traigas.
Que en cada sacerdote el mundo vea
Un ígneo serafín en carne humana;
Que con ellos protejas a tu Esposa,
A mi Madre la Iglesia eterna y santa.
Si en holocausto exiges una víctima
Yo me inmolo por Ella... Amor ¿qué aguardas?

Vive de amor el que te enjuga el rostro
Y perdón para el malo de ti alcanza.
Dios de amor, porque siempre te bendiga,
Infunde al pecador tu santa gracia.
Cuando en mi corazón penetran resonando
Sus blasfemias, repito por borrarlas:
¡Oh! Nombre Sacrosanto, yo te adoro,
Yo te amo por las almas descarriadas.

Vivir de amor es ir, cual Magdalena,
Tras Jesús y arrojarse ante sus plantas,

Y ungírselas con bálsamos preciosos
Y con ricos perfumes de la Arabia;
Es tomar con amor los pies cansados
De correr tras nosotros, y de lágrimas
Bañarlos, y con blonda cabellera
Secarlos y estampar besos del alma.
Y después levantándose, cual ella,
Es crecer en amor y en santa audacia
Hasta ungir con aromas aquel rostro
Como después de muerto le ungió Mágdala...
Yo no tengo otro aroma, Jesús mío,
Que mi amor para ungir tu Faz Sagrada.

—«Vivir de amor, ¡lindísima locura!
—Dice el mundo—que calle quien te canta;
No así pierda sus gracias y su tiempo,
O cántenos, por Dios, cosas que valgan!»
—Amarte, buen Jesús, fecunda pérdida;
Para ti mis perfumes y mis gracias;
Cuando salga del mundo iré diciendo:
—Porque muero de amor, ¡canta, alma, canta!

Morir de amor, ¡dulcísimo martirio!
Para sufrirlo pronta tengo el alma;
Preparad vuestras liras, querubines,
Barrunto que el destierro ya se acaba.
Hiere mi corazón, dardo inflamado;
Consume, incendia, abrásame la entraña;
¡Que vea realizado ya mi sueño!
¡Que muera ya de amor, Jesús del alma!



¡Morir de amor! ¡Ay! rómpanse mis lazos,
Y venga a sonreírme la esperanza.
Mi Dios será mi eterna recompensa,
En teniendo a mi Dios, no quiero nada.
De su amor tan cautiva me conoce,
Que en viéndome llegar viene y me abraza:
¡Oh, mi cielo! ¡Oh, destino codiciado:
Vivir de amor amando a quien nos ama!



Cántico a la Santa Faz

Astro esplendoroso
Es, Jesús, tu imagen,
Que mis pasos guía
Por el triste valle.
Mi cielo en la tierra
Tu dulce semblante,
En el cual descubre
Mi amor cosas grandes.
Descubre en tus ojos
Belleza inefable
Viendo, en vez de lágrimas,
Perlas de hondos mares.

*Y entre risa y llanto
Qué hacerse no sabe
Cuando así contempla
Mi alma tus pesares.*

Viviré ignorada
Para consolarte;
Viviré contigo
En las soledades.
Y aunque Tú me ocultes,
Como hacerlo sabes,
Esa tu hermosura
Con velos de sangre,

Mi amor te descubre
Misterios muy grandes,
Y alas él quisiera
Para remontarse.

*Y entre risa y llanto
Viendo sus pesares
Cuando te contempla
Qué hacerse no sabe*

Para mí no hay patria
Que a tu Faz iguale;
Para mí no hay reino
De amor, cual tu imagen.
Pradera riente
Es de flores y aves,
Donde reverbera
Un sol de brillantes.
Y es, al mismo tiempo,
Lirio de los valles,
Con cuyo perfume
Se recrea el ángel
Y da al desterrado
Goces celestiales.

*Por eso entre risa
Y llanto, no sabe
El alma qué hacerse
Mirando tu imagen.*

Si busco reposo,
Voy a reclinarme

En tu faz, y entonces,
¡Sorpresa agradable!
Tu faz es la lira
De concetos tales,
Que arrebatara el alma
En divinos éxtasis.
Y cuando en mí vuelvo,
Al ver tu semblante,
Que a un ramo de mirra
Puede asemejarse,
Cojo el ramillete,
Beso en cada cáliz
De las pasionarias,
Y pongo al instante
Sobre mi costado
Tu *bouquet*... tu imagen.
 Y entre llanto y risa
Qué hacerse no sabe
Mi corazoncito
En el triste valle.

—
Viendo mi tesoro,
Lo otro es deleznable;
Con él, mientras viva,
Tengo de ocultarme.
 Jesús, yo suspiro,
Yo quiero copiarte
En todas tus líneas,
En todo el semblante.
 Quiero ser muy dulce,
Quiero ser un ángel

Quiero ser sufrida
Quiero ser tu imagen.

Llegaré a ser santa
Y llegaré a darte
Muchos corazones,
Muchas almas grandes.

Para que yo junte
Mies tan abundante,
En tu inmensa hoguera
Dígnate incendiarme.

Y allí, con tus labios
Destilando sangre,
Estampa en los míos
Besos eternos.

*No más llanto entonces
Habrá en tu semblante,
Y en sonris perenne
Veré yo tu imagen.*



A María de la Eucaristía

Postulante, en el día de su entrada en el Carmelo.

Dirupisti, Domine, vincula mea!
(Ps. CXV, v. 7).

Quiebras, Jesús, mis lazos
En este día
Y tu Madre en su Orden
Me da acogida;
Aquí hoy encuentro
Bienes inestimables
Y verdaderos.

Si a mis seres queridos
Por ti he dejado,
Tú sabrás con mil gracias
Recompensarlos...
Para mí pido
Que perdones, cual Padre,
Mis extravíos.

Me has llamado al Carmelo,
—Oásis grande—
Viviré en él cantando
Grandes bondades;
Y hasta el Calvario

Desde aquí he de seguirte
Tras ti penando.

—
¡Ay, Jesús, qué bien colmas
Hoy mis deseos!
Ante la Eucaristía
A ti me ofrezco:
Víctima sea
El alma que hoy se inmola,
Ama y espera.

—
Expuesta allí a los rayos
De la Hostia santa,
Consuma el holocausto
De amor la llama,
Purificado,
Para ti será luego
Mi amor seráfico.

—
Jesús mío, bien pronto
Debo seguirte
A la eternal ribera
De los felices.
¡Digna corona!
¡Vivir y amarte siempre!..
¡Siempre en la gloria!



Acuérdate, mi amor...

Hija mía, busca aquellas palabras mías que respiran más amor; escríbelas, y después, guardándolas cuidadosamente como reliquias, ten cuidado de volver a leerlas con frecuencia. Cuando uno quiere reavivar en el corazón de su amigo la viveza de su primer afecto, le dice: Acuérdate de lo que experimentabas cuando un día me decías tal palabra, o bien: ¿Te acuerdas de tus sentimientos en tal época, en tal día, en tal lugar? Créeme que las más preciosas reliquias que de mí quedan en la tierra, son las palabras de mi amor salidas de mi Corazón dulcísimo.

(Nuestro Señor a Santa Gertrudis).

Acuérdate, Jesús, de aquella gloria,
De aquellos resplandores
Que en la morada celestial tenías;
Que dejando la luz, tomando escoria,
Por rescatar a pobres pecadores,
Desterrado venías
A este valle de penas y dolores.

Mas hubo una doncella,
Virgen Inmaculada,
Que te dió una morada limpia y bella:
¡Otro cielo te dió para morada!
Jesús, ¿te acuerdas de Ella?
¿Te acuerdas de tu Madre idolatrada?

—
Acuérdate que el día en que naciste
Los ángeles cantaron:
«Gloria y honor a Dios en las alturas;
Paz en la tierra triste
A aquellas criaturas
De buena voluntad...» Y paz les diste.
Y los siglos pasaron,
Pero Tú has mantenido tu palabra;
La paz mi dicha labra
Y labra de tus hijos la riqueza,
Estar junto a tu cuna es mi fortuna,
Al lado de tu cuna no hay tristeza.
¿Te acuerdas de las glorias de tu cuna?...
Recordártelas quiero una por una.

—
Oyelas... pero, aguarda, Niño hermoso;
Ocúltame primero en tus pañales,
Más blancos que la nieve;
Necesito reposo...
Después de un sueño leve,
Cantaré con los coros celestiales
Los cánticos de aquel tu Nacimiento,
Cánticos eternos.

Mientras llegan a hacerte ofrecimiento
De sus dones mejores
Los reyes y pastores,
Y mientras sonrientes
Juegan en torno tuyo con sus palmas
Aquellas santas almas
Que se llaman los niños inocentes.

Recuerda que los brazos de María
Fueron tu trono; el que tu amor de infante
A todos prefería;
Trono de Madre amante
Que con su leche virginal nutría
Tu vida que era suya y era mía.
A ese lácteo festín que ella te ofrece,
Dígnate, Niño Santo,
Invitar a quien no se lo merece,
Como es tu hermana; mas, te quiere tanto...
A su hermanito tiene tal cariño,
Que si no la convidas, ¿quién su llanto
Calmará?... ¿Me convidas, tierno Niño?...

Acuérdate que tú llamando padre
Al humilde José, la voz del cielo
Le ordenó que contigo y con tu Madre
Abandonase tu nativo suelo,
Huyendo de un tirano a los furores.
Rey de reyes, Señor de los señores,

¿Recuerdas el misterio que esto encierra?
Habla un ángel, y tú pones sigilo
A tus labios, oráculo del cielo,
Y tu santa familia se destierra,
Mas, después de cruzar el ancho Nilo
Los ídolos egipcios caen por tierra.

—
Y en aquella ribera
De las espesas frondas,
Y en las azules ondas
Donde el astro del día reverbera,
Vertiendo rayos de oro;
Do la argentada luna,
Cada vez más riëla, según sube
Al firmamento azul, sin una nube;
Aquel cuadro de luz y de delicias,
Cuando te tuvo a Ti, fué un paraíso.
Y en el se recreaban tus ojuelos,
Prodigando, entre tanto, mil caricias
A tu Madre,—el encanto de los cielos,—
Con esa linda y diminuta mano
Que los mundos encierra entre su hueco...

Y creo que no peco,
Ni le hago alguna ofensa,
Ni es pensamiento vano,
Si digo, atrevidilla, que en mí piensa,
Jesús, mi pequeñito soberano.

—
¿Te acuerdas, Jesús bueno...?
También en mí pensabas

Cuando en la soledad Tú trabajabas,
Cual humilde obrerillo Nazareno.
Vivir siempre ignorado fué tu enseña,
Rechazando el saber de los humanos,
¡Verbo de Dios, que sin discursos vanos
Tu palabra del corazón se adueña!

¡Ay, Jesús, cuánto enseña
La lección que le das al mundo entero
Con querer trabajar, cual pobre obrero!

—
Y fuiste peregrino y muy bien sabes
Que errante andabas sin tener siquiera
Abrigo, como tienen aun las aves,
Guarida, como tiene cada fiera.
Ni aun tuviste, después de fatigado,
Una piedra por dura cabecera.
Ven a mí, peregrino deseado,
Aquí hallarás reposo,
Aquí en el alma mía, dulce amado,
Aquí, en el corazón, Jesús mi esposo.

—
Y... escucha, Pastor santo,
El más tierno recuerdo de tu vida.
Los niños son tu encanto,
Tu porción escogida;
Para ellos fué el mejor de tus amores,
Tus caricias mejores,
Tus besos regalados...
¿Me tocarán a mí tus besos y caricias...?
¡Ay! a pasos contados,

Para gozar de todas las delicias
De tus manos y boca,
Voy a ser niña loca:
Loca de amor y niña en la inocencia;
Así podré gozar de tu presencia,
Y me abrirás los cielos,
Donde sólo han de entrar los pequeñuelos.

Profundamente impresa en la memoria
Tendrás aquella historia...
¿Te la cuento?... Pues érase un viajero,
Que de largas jornadas fatigado,
Sentóse a descansar junto al sendero,
Y en el brocal de un pozo que ha encontrado.
¡Cómo envidio a gentil Samaritana
Que habló con el viajero de una fuente,
Que El sabe donde mana!...
Mas, ella el don de Dios no conocía;
El se lo fué a explicar y, cual torrente,
Desbordóse su gracia soberana,
Y agua del cielo dió quien la pedía...
Yo conozco al viajero de mi cuento,
Que allí se hizo el sediento:
El mismo es «don de Dios», fuente de gloria,
Agua que salta y dice en su murmullo:
«De un costado broté en el Monte Moria;
Venid aquí a beber, mientras yo arrullo.

«Venid las almas llenas
De penas y amarguras;

Venid a mi, a la fuente de aguas puras,
Todos los fatigados y oprimidos
Aquí se ablandarán vuestras cadenas;
Aquí, en mi corazón, bien sumergidos,
Del vuestro saltarán fuera las penas...»
Tengo sed, mi Jesús; agua reclamo
 De la perenne fuente;
Agua dame de amor, porque te amo,
Si la das de dolor, bebo dolores;
 Y envuelta en la corriente,
 Siempre, siempre creciente
De tu amor, iré al mar de los amores.

—
¡Ay, Jesús, qué recuerdos te presento,
Mientras lo mío negligente olvido;
Perdona mi amoroso atrevimiento;
Ten compasión de mí, Jesús querido.
Una cosa tan sólo es necesaria,
 De ocupación diaria:
Negociar para el cielo; lo de abajo,
Abajo se dará de añadiduras.
 ¡Oh, Jesús soberano,
Descúbreme las Santas Escrituras!
 Revélame el arcano
De tu Santo Evengelio, libro de oro,
 Que es mi luz y mi gloria,
 Que es mi mejor tesoro
Y que quiero tenerlo siempre a mano
Por traerte tu verbo a la memoria.

—

Sigo, pues, adelante con mi historia,
Y a María, tu Madre y Madre mía,
Póngola una vez más por medianera
Teniendo de mi parte yo a María
Hemos de hacer de ti lo que yo quiera.
Si un día, a su plegaria, el agua en vino
Convertiste en Caná de Galilea,
¿Qué te puede costar, Jesús divino,
Decir a mi oración, pobre y mezquina,
Que poderosa sea
Y redentora y férvida y divina?...
Tu Madre así lo quiere;
En sus ojos yo leo el pensamiento:
Contempla bien los ojos de María
Y verás al momento
Cómo está de mi parte... ¡de la mía!

—
Recuerda la sabrosa poesía
De los atardeceres sosegados.
Y ¡cómo tu mirada se esparcía
Al subir por las cumbres y collados!
Y ¡cómo las espigas se llenaban
En los campos dorados,
Si tus ojos divinos las miraban!
Y ¡cómo florecía la campaña,
A tu paso por ella!
Y ¡cómo tras tu huella,
Cuando, a orar, escalabas la montaña,
Ascendían tus fieles,
Para gustar las mieles
De tus santas plegarias y sermones,

Libando, gota a gota,
La dulzura que de tus labios brota,
La ambrosía que vierten tus canciones!

—
Y yo que te amo tanto
Contigo rezo y canto.
Yo me ofrezco, cual víctima, en tus aras,
Mis gozos y dolores,
—Si tú los aceptaras,—
Los ofrezco por esos segadores
Que recogen la mies en tu campiña;
Por los vendimiadores
Que recogen los frutos de tu viña.

—
¡Con qué placer contemplas en la gloria
La fiesta, el regocijo
Que tus ángeles muestran en memoria
Del pecador que vuelve a ser tu hijo.
Yo te quiero aumentar este consuelo
Rogando sin cesar por los culpados.
¡Perdona a esos tus hijos descarriados!
Yo he venido al Carmelo
A pagarte por todos tus deudores;
Yo he venido a poblar tu hermoso cielo
De grandes y contritos pecadores.

—
Y Tú mismo ¿te acuerdas qué festines
Das al hijo que llega arrepentido?
Tú le nutres con pan de serafines;
Le sientas junto a ti, cual preferido.

¡Qué excesos con el Pródigo has tenido!
Y conmigo, ¡qué, excesos, Jesús Santo!
¡Ay!... de tu Corazón las oleadas,
Saltan diques en rápidas cascadas
E inúndanme de llanto,
E inúndanme de amor, mi Rey, mi vida;
Y me inundan de gracia sin medida.

Esta llama de amor, que Tú en la tierra
Dejas, para encender los corazones;
Este fuego del cielo, en mí se encierra,
Mas, quiero repartir todos mis dones.

Una chispa tan sólo de este fuego,
Es capaz de encender inmensa hoguera;
Permíteme, te ruego,
Que incendie con tu amor la tierra entera.

Y tú, Señor, desprecias la alabanza;
Haces milagros y humildad enseñas.
«Quien elogios procura,—es tu enseñanza—
Imposible es que crea»; y le desdeñas.
«¿Os parecen mis obras portentosas?
»Mis creyentes harán mayores cosas».

Tú mismo, Tú lo dices:
Los soberbios serán siempre humillados,
Los humildes serán siempre felices
Y de honor y de gloria coronados.

Y ¿qué corona tienes
Para las almas vírgenes y puras?...

¡Callad las criaturas!

Responde sólo Tú, Bien de mis bienes,
Pero ¡ah! el apóstol-virgen se recuesta
Sobre tu corazón en el Cenáculo,
Mas, no da a mis preguntas la respuesta;
Se guarda la doctrina del Oráculo

O envuélvela en misterios...

Y, no creas, mi Amor, que estoy celosa

Del discípulo amado;

Tú lo sabes, mi vida: soy tu esposa;
En tu pecho también me he recostado
Y allí aprendí una ciencia muy sabrosa.

En la noche mortal de tu agonía
Con tu sangre brotó mezclado el llanto.
Perlas fueron de amor y de valía
Tus lágrimas, y en flores por encanto
Tornáronse al albor del nuevo día.
Un ángel te enseñó tu jardín santo,
Lleno de lindas y de variadas flores;
Y las daba unos nombres seductores.

Lo mismo que son ellas,
Y allí hay vírgenes bellas,

Mártires, eremitas y doctores.

Y tantas, tantas, tantas
Flores bellas el ángel brotar hizo

Delante de tus plantas,
Que fué grande consuelo

Para Ti contemplar aquel hechizo...
Allí estaban las flores del Carmelo,

Lirios, rosas, jazmines, a millares;
Y allí escondida y quieta,
Perdida entre los verdes tomillares,
Estaba tu Violeta.

De sangre y llanto manantial fecundo
Fué tu pasión, origen de mil dones;
Las flores virginales, en el mundo,
Te rinden multitud de corazones.
Virgen soy, oh Jesús; pero a Ti unida
Soy madre que a las almas da la vida.
¡Cuál te recreas con las bellas flores
Que, exhalando tu aroma preferida,
Te salvan a los pobres pecadores!

—
Recuerda que, abrevando copa amarga
De horribles sufrimientos,
Un condenado a muerte cruenta y larga,
Dijo, la vista alzando al firmamento:
«Muy pronto me veréis, cual rey de gloria
Con la cruz como palma de victoria.»
Y por Hijo de Dios El se anunciaba,
Mas, nadie lo creía
Pues, su gloria divina allí ocultaba,
Y cual vil malhechor en cruz moría.
Príncipe de la paz, al verte lloro;
Te conozco en la Cruz; cual Dios te adoro.

—
De tu rostro divino la hermosura
Entre los tuyos fué desconocida;
Tu imagen dulce y pura

Me la has mostrado a mí llena de vida.
¡Qué bien te reconozco, aunque el semblante
Lo tengas salpicado de rocío

Con lágrimas por perlas!...
Tus bellezas las veo, Jesús mío;
Y ¿cómo no he de verlas,
Si a través de ese velo me has mirado
Y, aun así, el corazón me lo has robado?

—
Y ¡cómo tengo impresa
En el alma la queja que exhalaste,
El grito del amor de tu alma opresa
Cuando de la alta cruz así exclamaste:
«¡Tengo sed!»... ¿Tienes sed, Jesús clemente?
¡Ay! No eres Tú la fuente
De la luz, del amor y de la vida?
Si estás sediento Tú, ¿cuál tendrá el alma
Quien te escucha lanzar hondo gemido;
Quien no lo puede oír en dulce calma;
Quien tan poco ha sufrido,
Cuando Jesús por ella sufrió tanto?...
Escucha, Esposo Santo...
Que por mi amor has muerto,
De oprobios mil cubierto:—
Yo vivo para amarte con locura,
Y para hacerte amar por lo que has hecho...
Y ¿no soy yo tu hechura?
Un deseo tan sólo hay en mi pecho,
Una gloria que anhelo con delirio;

O que muera de amor en duro lecho,
O que alcance la palma del martirio !

—
¡La palma del martirio, hermosa gloria...!
Mas, hablemos, Señor de tus conquistas,
¡Cuál tengo en la memoria
Aquellas tus hazañas nunca vistas!
Del sepulcro glorioso resurgiendo
Nos dijiste: «dichoso el que, no viendo
De gloria revestido
Al que es Hijo de Dios, siempre ha creído.»
Yo vivo en la penumbra
De la fe, y desde aquí mi alma te adora.
Y aun cuando el sol no alumbra
Tu imagen seductora
La nimba con su luz la bella aurora.

—
*¿Y dejas, Pastor santo
Tu grey en este valle?... Mas, no dejas
Que viva en triste soledad y llanto.
Por pasto a tus ovejas
Te nos das con excesos amorosos,
Y siendo prisionero voluntario
De amor en el sagrario
Ocultas entre velos luminosos,
Los rayos celestiales...
¡Oh, Misterio de amor! Te adoro, y creo,
Que envuelto entre purísimos cendales,
Estás en el altar. Allí te veo
Con ojos de fe ciega.
Cuando vienes a mí como alimento,*

¡Qué bien tus pasos siento!
¡Cuán bien conozco al que a mi casa llega!

—
Eres Tú, que a pesar de las ofensas,
Que infieren a tu Santa Eucaristía,
La gracia me dispensas
De habitar en la pobre mansión mía.
¡Oh pan del desterrado, Hostia sagrada!
Desde que te recibo,
No vivo de mi vida, que es la nada,
Pues tan sólo a tu vida me acomodo.
Tan alta vida vivo
Y con tan alto modo,
Que en el áureo copón bien encerrada
Sin vivir nada en mí, vivo en mi Todo.

—
Así seré viviente santuario
Que no profanarán los malhechores.
Ven a mi corazón, que es relicario
De todos tus amores.
El es jardín de flores,
Que, como girasoles, todas miran
A Ti, que eres el Sol de ardientes soles.
Mis flores cual si fueran girasoles
En torno de ti giran,
Por Ti, sólo por Ti, de amor suspiran;
Y cuando Tú te quitas,
Y escondes, blanco lirio, tu hermosura
Se ven todas marchitas
Y envueltas en la noche más oscura.

¡Yaces en el olvido!
¡Vives entre los tuyos cual si fueras
Cualquier desconocido!
¡Ah! Señor, si quisieras
Darme mil corazones para amarte...
¡No bastan para amarte mil millones!
¡No basta lo creado,
Aunque todo se hiciese corazones!
Mas, si me das tu Corazón amado,
Con él te podré amar cuanto yo quiera,
Con él te sabré amar hasta que muera.
Tú buscas mi reposo;
Tú quieres mi feliz y eterna suerte;
Yo me abandono a ti, divino esposo;
En tus brazos aguardaré la muerte.
Si te duermes también, y en tanto ruge
La tempestad airada,
Levantando la nave, con su empuje,
Dormiré sosegada.
Pero durante el sueño
Prepárame, mi dueño,
Para aquel despertar de la alborada.

—
Advierte, Esposo amado,
Que estaré suspirando, allá en la tumba
Porque el día postrero sea llegado,
En que todo sucumba,
Y diga al mundo el serafín alado:
«Venid todos a juicio! ¡Alzaos los muertos!»
Mi sepulcro será de los abiertos

Casi instantáneamente,
Y yo rápidamente
La tumba dejaré, y, en raudo vuelo,
Cruzando el vasto espacio,
A tu faz volaré, que ella es mi cielo.
Y estando en tu palacio
Te contaré despacio
Los recuerdos que empiezo en el Carmelo.



Al Sagrado Corazón

(Recuerdo de un retiro).

A la tumba de su Amado prosternóse Magdalena,
Y sus ojos, empañados por el llanto, le buscaban;
Y los ángeles querían endulzarla tanta pena,
Mas, dolores como aquéllos ni los ángeles calmaban.

Vuestros castos resplandores, oh, querubes luminosos,
Consolar jamás pudieran sus amargos, tristes dejos;
Ella quiere ver al dueño de los ángeles gloriosos
Y tomarlo entre sus brazos y llevárselo muy lejos.

Vedla allí al sepulcro santo, cuán inmóvil permanece
Antes que del claro día resplandezca bella aurora.
Mas, velando su alma lumbre, Dios ante ella se aparece,
Porque sepa que en amores nadie a Dios venció hasta
[ahora.

Y mostrándola primero de su Faz todo el encanto;
Y del Corazón vertiendo luego tierna melodía,
Dió Jesús la paz, la dicha, a quien vió anegada en
[llanto,
Murmurando el nombre bello y expresivo de «María».

¡Ay, mi Dios! Cual Magdalena, quise verte muy
[despacio

Y acercarme donde ocultas esa gloria y majestad;
Sumergía la mirada lejos y alto en el espacio,
Y buscaba al Rey del Cielo en la azul inmensidad.

—
Contemplando las estrellas, los espacios y las ondas
Y las aves y las flores..; cuanto ve la luz del día,
Exclamé: «Si a Dios no encuentro, gran Natura, en
[estas frondas,
Serás tú sólo a mis ojos una tumba oscura y fría.

—
Voy un corazón buscando que ternura y amor sea;
Corazón donde yo flote, cual bajel flota en el mar;
Que ame en mí todo lo mío, que le plazca cuanto vea;
Que me quiera noche y día; que me quiera siempre
[amar.

—
No he encontrado un alma sola de este mundo en
[la maleza
Que me brinde con amores que no vengán a morir.
¡Necesito un Dios vestido de mi vil naturaleza
Que llamándose mi hermano, conmigo quiera sufrir!

—
Tú entendiste mi deseo, casto Esposo a quien adoro;
Tú con muerte ignominiosa me has querido rescatar;
Tú por mí viertes tu sangre, y esa sangre en copa de
Cada día me la ofreces en la mesa del altar. [oro

—
Si no puedo ver tu rostro de esplendores coronado,
Ni escuchar de tu garganta la dulcísima canción;

Vivir puedo de tu gracia, ¡de tu gracia, Esposo amado!
Y buscar reposo y fuerzas en tu santo Corazón.

Corazón del Amor mío, fuente inmensa de ternura,
Dulce encanto de mi infancia, sueño de mi juventud,
Mi consuelo, mi esperanza, mi ilusión eterna y pura,
Permanece Tú a mi lado y aun al pie de mi ataúd.

Para ti han de ser por siempre los alientos de mi
Mis suspiros y deseos, ya sabrás para quien son; [vida;
Si se pierde el alma mía, la daré por bien perdida
En los mares insondables de tu inmenso Corazón.

Nada valen a tus ojos mi justicia y mi inocencia;
Tú, Señor, encuentras manchas en el disco ígneo del
[sol;
Porque valgan sacrificios, que los hice en tu presencia
Los arrojé en tus entrañas, de las almas el crisol.

Los arcángeles más altos, han temblado ante tus plan-
Entre truenos la ley dictas en el Monte Sinaí; [tas;
Yo en tu Corazón me escondo, santo asilo de almas
[santas.
¿Qué podrá tu *Florezilla*, buen Jesús, temer de ti?..

Para contemplar tu gloria cara a cara y sin cendales,
Pasar debo por las llamas de un incendio abrasador;
Yo escogí por Purgatorio tus entrañas paternas:
Ese Corazón Sagrado, Volcán vivo del amor.

Cuando mi alma desterrada rompa lazos y ataduras,
¡Con qué amores y ternezas a mi Esposo he de arru-
llar!
¡Cuán veloz iré a la Patria, remontando las alturas!
Y en el hueco de mi peña, ¡cómo tengo de cantar!



Cántico eterno

Pueda en tierra extranjera
Cantarte amores hasta que muera;
Mi eterno canto pueda elevar
Ya que incendios de amores
Olvidar hacen los sinsabores
De este destierro... ¡quiero cantar!

¡Ay! Jesús, Bien amado,
Beldad suprema, ¡cómo te has dado
Tan sin medidas a un alma ruin!
Pueda, mi dulce encanto,
Hacer contigo siempre otro tanto,
Viviendo vida de Serafin.

¡Cómo olvidar se empeña
Tu amor ardiente que soy pequeña
Para hospedarte en mi corazón!
¡Bien haya tal misterio,
Que amor causando tu cautiverio
Te eche cadenas en tu prisión!

¡Ay! Amor que me inflamas,
Hiéreme el alma, ponme en las llamas
De aquel incendio donde he de arder;
Sí, mi Dios, yo reclamo

Parte del fuego, porque te amo;
Quiero en tu hoguera víctima ser.

—
Son aquí los dolores
Goces y dichas, cuando de amores
Las almas vuelan hacia el Señor...
¡Cielo; patria Suprema!
De un canto sólo serás poema:
¡Poema eterno, canto de amor!



Sed de amor

Cual desterrado bajaste al mundo,
Y te inmolaste por mí en la Cruz...
Para ti sea mi amor profundo,
Mi sufrimiento grande y fecundo,
¡Oh, Dios de luz!

«Nada hay más bello que dar la vida
Por el amado»:—dices—Señor.
¿Mi vida...? Ha tiempo que está ofrecida
Al que en el pecho me abrió la herida
Del santo amor.

Ya se hace tarde, Jesús divino,
La noche avanza, quédate aquí.
Con la cruz luego, por el camino
Quiero ir cantando, buen Peregrino,
En pos de ti.

Tu voz un eco tendrá en mi alma;
Tu rostro en ella sabré copiar.
Ni un solo instante quiero de calma;
Después del fuego, vendrá la palma:
¡Venme a abrasar!

Cantando a coro tu gran victoria,
No cesa el cielo de repetir:
Sepa hoy el alma que entra en la gloria,
Que es porque quiso en el Monte Moria
Jesús morir.

Yo lo conozco. ¡Cuántos desprecios
Has recibido por mí, Señor!
¡Por eso busco los menosprecios!
¡Oh! que me cuenten entre los necios,
Locos de amor.

Jesús, tu ejemplo doquier me invita
A no pagarme de honor jamás.
Por merecerte seré chiquita,
Seré por siempre tu *Violetita*
Y... nada más.

Ansía el alma las soledades,
Que dan la dicha, la paz sin fin;
Allí se escuchan santas verdades;
Allí nos cuenta tus novedades
Un serafín.

De pronto calla; mas, Tú, el que adoro,
De oír tus voces me haces merced...
Señor, ¿qué dices?... ¡De pena lloro!
¿Amor imploras?

—¡Amor imploro!
¡De él tengo sed!—

También mi pecho merced implora,
También mis penas sufro, Señor;
También el alma cautiva llora...
—«¿Que si sed tengo...? ¡Devoradora
Sed de tu amor!

—
Tanta sed tengo que si no llenas
Mis esperanzas, pronto quizás
Rompan mis penas estas cadenas
Porque no puedo con tantas penas
Vivir ya más.

—
Porque sed tengo ya hasta el delirio,
Porque no puedo vivir sin Ti;
Corta del tallo mi blanco lirio
Y con la púrpura de el martirio
Cúbrele aquí.



Mi cielo

I

Para sufrir el destierro,
En este valle de llanto,
Necesito que me miren
Los ojos de mi adorado.

Y al verlos yo, cada día,
Cuando levantan sus párpados,
Paréceme ver el cielo
Entre los tules rasgados.

Y si viene y me sonrío
Con sus purpurinos labios,
Cuando brota de mi pecho
Un suspiro largo... largo...

Entonces no me da pena
Este mi destierro ingrato,
Y a mi corazón le digo,
Por ver si logro aquietarlo:

«¿Qué más quieres? ¿Qué más quieres?
¿El cielo con sus encantos?...
¡Si mi cielo es la sonrisa
Y el mirar de mi Adorado!

II

¡Mi cielo! Yo no suspiro
Por un cielo de descanso,

A orillitas de una fuente,
Y a la sombra de algún árbol.

 Mi cielo es salvar las almas,
Y andar recogiendo náufragos,
Con la nave de la Iglesia,
Por los mares ignorados.

 Cuando ateridos de frío
A los pecadores hallo,
Los vuelvo luego a la vida
Con el fuego en que me abraso.

 Porque todo lo consigo,
Porque todo yo lo alcanzo,
Cuando envuelta en las tinieblas,
Me encierro en el Santuario,

 Y digo mi oracioncita
A mi Jesús Adorado.
¡El estar con El a solas
Es todo un cielo de encantos!

III

 ¡Mi cielo! En hostia pequeña
Está todito encerrado,
Y sólo Jesús, mi esposo,
Pudo hacer tan gran milagro.

 Y aquí, al amor de la lumbre,
Ambos juntos nos pasamos,
Las largas noches de invierno,
Nuestros amores contándonos.

 ¡Oh, qué instantes tan felices
Aquellos en que yo abro

La puerta y en mi morada
Entra Jesús disfrazado!
Y al entrar ¡cuál se transforma
Este mi valle de llanto!
¡No hay cielo como mi cielo
Desde que vi a mi Adorado!

IV

 Mi cielo es ser semejante
A aquel Dios que me ha creado
A su imagen, con el soplo
Más divino de sus labios.
 Mi cielo es ir cada día
A arrojarme entre sus brazos,
Y llamarle a boca llena
Mi padre, mi padre amado.
 Y en sus brazos, no hay tormenta
Ni huracán que me dé espanto;
Y en sus brazos me abandono,
Y en su corazón descanso.
 Y cuando quiero ir más dentro,
Hasta las honduras bajo
Del corazón de mi padre,
Que es un inmenso oceano.
 ¿Y dónde hay cielo más bello?
 ¿Y dónde cielo más alto?
 ¿Y mares más sin orillas?
 ¿Y Padre más soberano?

V

¿Mi cielo?... En la Trinidad
Santísima lo he encontrado,
Y en lo más hondo del alma,
Cual prisionera, la guardo.

Allí a solas la contemplo,
Y con Ella a solas hablo,
Y, como allí no la temo,
La canto mi amor muy claro.

Y mi cielo es sonreirla
Cuando me oculta sus rayos,
Cuando me deja en tinieblas
En un rincón solitario.

Pero yo muy quietecita
Allí me estoy esperando,
Y espero las horas muertas
Tal vez, pero no desmayo.

Porque sé que sin mirarme
No puede pasar mi Amado;
Y cuando a mirarme torna,
Poco a poco va sus párpados

Levantando, y el sol brilla
Entre los tules rasgados.
¡Que no hay cielo, cual mi cielo,
Cuando me mira mi amado!



Mi esperanza

Cautiva estás, alma mía,
En la tierra; mas presiento
Que está próximo el momento
De partir a contemplar
Las grandezas de la patria,
Las maravillas del cielo...
¡Cómo será el primer vuelo
Cuando a Dios se va a volar!

Dame, mi Amor, blancas alas
De paloma mensajera,
Y hacia la eterna ribera,
Por ver tu faz volaré;
Y volaré entre los brazos
Y entre besos de María...
¡Cuál gozará el alma mía
Al primero que me dé!

Jesús, tu primer sonrisa
Dame a gustar prontamente,
Y haz que, en delirio ardiente,
Penetre en tu corazón;
Y... ¡qué dichas tan soñadas!
Oír tu voz dulce y pura,

Ver de tu faz la blancura...
¿Cuándo será esta visión?

—
Tú lo sabes, mi martirio
Es tu amor; Si alzar el vuelo
Deseo pronto hasta el cielo,
Es por verte más y más.
Mi esperanza me sostiene
Con manzanas y con flores,
Y me brinda con amores
Que no se menguan jamás.



Echar flores

Jesús, a tu Calvario, a echarte flores
Iré todas las tardes con amor;
Y, al deshojar la flor de mis amores,
Tu llanto enjugaré; y en tus dolores
Tendrás siempre una flor.

Darte flores es darte, cuidadosa,
Primicias de suspiros y dolor;
La pena punzadora y angustiosa,
La sonrisa y la lágrima preciosa
Te ofrezco en cada flor.

Prendada mi alma está de tu hermosura
Y deseo aumentársela, Señor,
Con flores y perfumes, que a la altura,
En alas de la brisa suave y pura
Te mandará *tu flor*.

Echar flores, que vayan bien derechas
A herir el Corazón del que es mi amor,
Pretendo, pues mis flores son las flechas
Con que gano victorias y abro brechas
Por do entra el pecador.

Cada flor que en el rostro te acaricia
Con sus pétalos, te va a cantar mi amor.
Mi rosa deshojada, ¡qué delicia!
Te mira sonreír, porque es primicia
De un amor siempre en flor.

Darte flores es darte con desvelo
Alabanza en la tierra del dolor;
Al juntarme a los ángeles del cielo,
Darte flores será el mayor consuelo
Que tenga allí *tu flor*.





[Faint, illegible text]

[Faint, illegible text]

[Faint, illegible text]



Fresco pintado por Sor Teresa del Niño Jesús.

Jesús viene a la corola
Que, como patena limpia,
Y cual rústico ostensorio
Le ofrece su *Floreçilla*.

(SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS).

Mis deseos al pie del Tabernáculo

Llavcita del Sagrario:

Si tú supieras la envidia
Que te tengo, porque puedes
Cerrar y abrir cada día
La portezuela dorada
De la Prisión eucarística...!

Mas, llavcita preciosa:

¿A qué envidiarte tal dicha,
Si hacer tal milagro puedo
Con actos de fe rendida,
Y abrir puedo el tabernáculo
Y esconderme, a maravilla,
Junto al Rey... ¿A qué envidiarte
Llavcita, llavcita...?

—
Lámpara, pequeña lámpara

Que tan solitaria brillas
En el rincón apartado
De abandonada capilla:

Así, como tú, quisiera
Consumirme noche y día
Junto a Dios, con el misterio
De tu humilde lucecita.

Mas, ¡ay! ¿para qué envidiarte,
Si así se gasta mi vida,

Ocultas en el Santuario
De solitaria celdilla,
Donde gano a Jesús almas
Que, en amores encendidas,
Le adoran; ¿a qué envidiarte
Lamparita, lamparita?

—

Ara santa de altar santo:
¡Con qué de celos te mira
Mi corazón, cuando el Verbo
Baja al suelo y se reclina,
Como ayer en el pesebre,
Hoy sobre ti, ara bendita.

Mas, cuando Jesús escucha
La oración del alma mía,
¿A qué conservarte celos?
Si para dar acogida
A mi Salvador, yo tengo
Un alma bien mullidita,
Un corazón que está lejos
De ser piedra dura y fría,
Como, en resumidas cuentas,
Tú eres, ara bendita.

—

¡Oh, corporales sagrados
Donde reposa la vida!
Los ángeles con sus alas,
Cual pabellón, os cobijan.
Pero no me son los ángeles
Jamás motivo de envidia,

Sino los lienzos que envuelven
Al tierno Hijo de María.

En suave y blanco lienzo
Cambia, tú, Madre amantísima,
Mi corazón, porque pueda
De la manera más digna
Recibir al Corderillo
Que los pecados nos quita,
Y se oculta en hostia blanca
En la Santa Eucaristía.

—

Patena, linda patena
Tan limpia, dorada y fina:
¡Quién fuera, cual tú, dichosa!
¡Quién brillara, cual tú brillas!
Ufana porque a ti viene
La Majestad infinita.
Mas, ¡ay! mi Jesús me colma
De felicidad cumplida,
Sin esperar a que llegue
El postrero de mis días.

Jesús viene a la corola
Que, como patena limpia,
Y cual místico ostensorio,
Le ofrece su *Florequilla*.

—

Yo quisiera ser el cáliz
De espléndida pedrería,
Donde en especies de vino,
Está la sangre divina.

Mas, en el místico cáliz
De esta pobre *violetita*,
Esa sangre tan preciosa
Recojo yo cada día.
Y se que Jesús, mi esposo,
Mi pobre cáliz estima
Más que los cálices de oro,
Do se engastan piedras finas.
Y se que en el altar santo
Con su sangre me rocía,
Cual si en el Monte Calvario
Diese de nuevo la vida.

—
Jesús, Viña floreciente,
A ti no tengo envidia,
Porque soy la uva dorada
De tan floreciente viña.
Bajo el peso del martirio,
En el lagar exprimida,
Quiero mostrar mis amores
E inmolarme cada día.

¿Cómo envidiará el sarmiento
A la cepa? ¿Y cuál envidia
Tendrá a la vid el racimo,
Y al lagar la uva exprimida?

—
¡Dichosa suerte! entre el grano
De trigo, soy escogida
Para la mesa celeste,
Como la flor de la harina.

¡Oh, Jesús, mi dulce Esposo!
¿En dónde habrá mayor dicha
Que en nuestra unión duradera,
Que en la unión santa y divina
En este valle de lágrimas
Por la Santa Eucaristía,
Y en la gloria, ¡ay! en la gloria
Por la unión, que no habrá envidia
A la llave del Sagrario,
A la débil lamparita,
Al ara, a los corporales,
A la patena más limpia,
Al cáliz más reluciente,
A las uvas, a la viña,
A los trigos candeales
Y a las doradas espigas.

.....
Ven a mí, Jesús amado;
Tu belleza me cautiva;
Ven a transformarme el alma;
Ven luego a darme la vida.



Sólo Jesús

(Fara una novicia)

Quiere mi corazón ardiente darse
A un alma que le quiera:
Un alma necesita
Para verter en ella su terneza.
Mas, ¿quién comprenderá de mis amores
La adoración secreta?
¿Qué corazón dará al corazón mío
Amor en recompensa?
En vano mis amores voy buscando
Por playas y riberas;
No saben encantarme
Las mágicas sirenas;
No entienden mis amores
Aquí abajo en la tierra.
Sólo Tú, Jesús mío, llenar puedes
De paz, de dicha inmensa
Un alma que es tu hechura,
Y sólo de tu amor está sedienta.

¡Oh Tú, que has inflamado
La inagotable vena
Del amor en el pecho de las madres,
Que viven del amor y amor alientan!

Tienes de padre entrañas,
Que rebosan ternezas;
Mas, ¿qué digo, mi Amor? ¡Cual madre amante,
Cuando llego a tus plantas te me muestras!
Solicito me sigues
Cada instante me sigues muy de cerca,
Y me miras con ojos de ternura;
Si te llamo, a mi lado al punto vuelas;
Y si, a veces, parece que te escondes,
Te escondes de manera,
Que vienes a ayudarme a que te encuentre,
Y entonces, ¡dicha inmensa!
Asida a su Jesús, entre sus brazos,
Se esconde su cautiva pequeñuela.

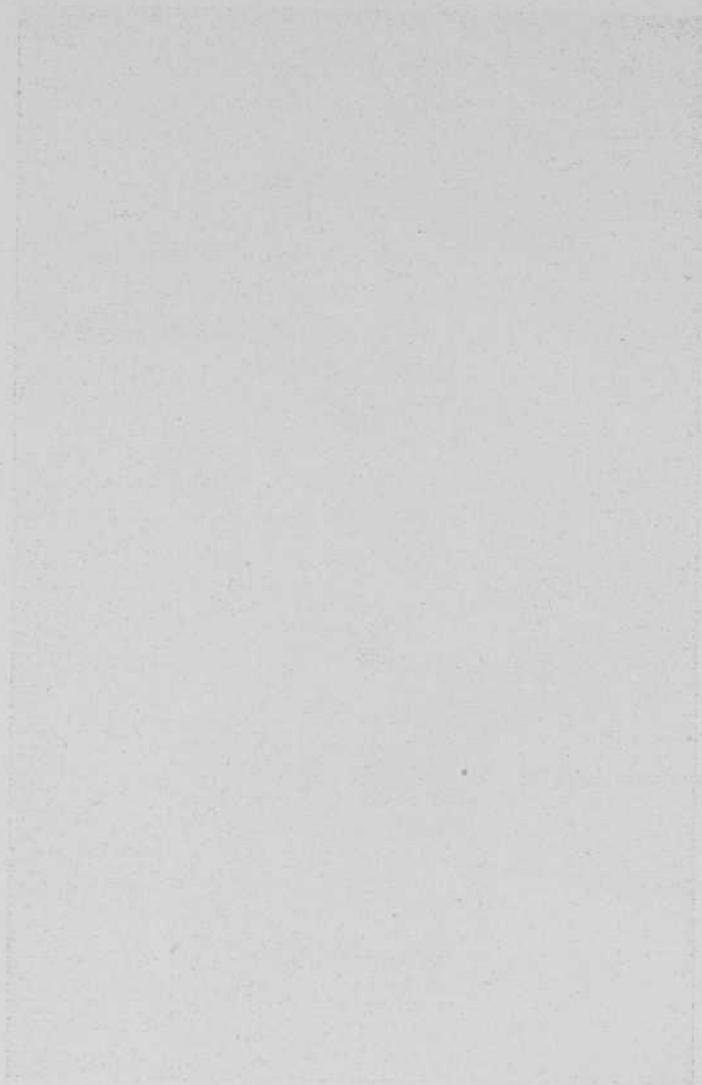
—
Y así, cual pequeñuela, quiero amarte,
Y, cual guerrero, luchar por ti quisiera,
Y, cual niño, colmarte de caricias,
Y, cual invicto atleta,
A la arena del santo Apostolado
Me tengo de lanzar hasta que muera.

—
Tu Corazón Sagrado,
Que mira y da inocencia,
Jamás ha de frustrar estos deseos
Del alma que en ti espera.
Yo espero que después de este destierro,
Allá, en la Patria excelsa,
Te tengo de ver pronto.
Si estalla la tormenta,

Hacia ti elevaré, Jesús del alma,
Humilde mi cabeza,
Ya leo en tu mirada: «¿Ves los cielos?...
¿Por quién, sino por ti, yo los hiciera?

Bien lo sé, mi Jesús; sé que mi llanto
Y mis hondos suspiros te enajenan,
Pues teniendo tu corte en el Empíreo
De milicias angélicas,
Andas buscando amores
A zaga de mi huella.
¿Quieres mi corazón?... Aquí lo tienes:
Te lo entrego a ti sólo sin reservas.
Mas, ¡ah! Jesús, te advierto,
Porque celos no tengas,
Que sólo por tu amor, a sus amigos
Amará en adelante esta tu sierva.





Faint, illegible text located below the large rectangular area, possibly a title or a short paragraph.



Sor Teresa del Niño Jesús preparando los vasos sagrados cuando era sacristana.

(De una fotografía sacada en Junio de 1896).

Cántico

(Para las sacristanas del Carmelo y para las hermanas encargadas de hacer las hostias).

Es nuestro oficio preparar siempre
Con diligencia
Las dos substancias del sacrificio,
Que en bello cielo truecan la tierra.

—
El bello cielo, —¡misterio oculto!—
Todo se encierra
En la hostia blanca, do cada día
Viene velado Jesús en ella.

—
Tan venturosas como nosotras
No son las reinas;
Nuestras plegarias ante el sagrario
Con nuestro Esposo nos encadenan.

—
Ni los honores del mundo vano,
Ni las grandezas,
Son comparables con las dulzuras
Que nuestras almas ya saborean.

—
Envidia santa sólo abrigamos
A las pequeñas

Hostias que hacemos, donde el Esposo
De nuestras almas su gloria vela.

—
Si por esposas Jesús escoge
A estas sus siervas,
También seremos como hostias blancas,
Que ver trocadas en El desea.

—
Misión sublime de sacerdotes
Nos da en la tierra;
Pues, transformadas en el Maestro,
Doquier seguimos sus santas huellas.

—
Al lado estamos de los Apóstoles
Que aman y rezan;
Y combatimos luego en el campo
Donde los buenos por Dios pelean.

—
¡Dios, que te escondes en el Sagrario,
Dios que te encierras
En nuestras almas; Señor perdona
A los malvados tantas ofensas!

—
Y sin descanso trabajaremos
Acá en la tierra;
Para colmarte de almas el cielo,
Cual los copones de hostias pequeñas.



La pajarera del Niño Jesús

Dios creó los pajarillos
Para encanto de la tierra,
Para bien del desterrado
Que está sufriendo condena.

Gorjeando mil canciones
Las aves alegres vuelan
Por los valles y colinas,
Por las cumbres y laderas.

Los traviosos pequeñuelos
Las tienden lazos doquiera,
Y cuando las han cazado,
Se quedan con las más bellas,
Escogen las más cantoras,
Las que trinan y gorjean,
Y aprisionanlas en jaulas
Tal vez de doradas rejas.

.....
¡Oh, Jesús, que por nosotros
El cielo esplendente dejas!
Ya lo sabes, el Carmelo
Es tu hermosa pajarera.

—
No es dorada nuestra jaula,
Ni son doradas sus rejas,

Pero nosotras amamos
La jaula más que las selvas,
Y más que el azul espacio
Donde los pájaros vuelan.
 Jesús, los bosques del mundo
Ni nos placen ni contentan:
Para ti son nuestros cantos
En la soledad serena.
 Tu pequeña manecita
Nos atrae, con ser pequeña,
Tus ojuelos nos cautivan,
Tu sonris nos envelesa.
¡Qué bien sabes que el Carmelo
Es tu linda pajarera!

—
Arrullando a su amor, vive
Aquí la tórtola tierna;
Aquí no teme al milano
La paloma mensajera.

En alas de las plegarias
Las almas ardientes vuelan
Y se remontan al cielo
Como alondras mañaneras,
Que más suben cuando cantan,
Cuando cantan, más se elevan.

Aquí se escuchan los trinos
Del *rezuelo* de las selvas,
Del *pinzón*, todo alegría,
Como avecilla de fiesta.
 ¡Oh, Jesús, tu dulce Nombre

Qué bien las aves gorjean
En el jardín del Carmelo,
Donde está tu pajarera!

—
Siempre canta el pajarillo,
Siempre canta, y no se inquieta,
Por el escaso alimento
Con que su vida sustenta.

Unos granos de los granos
Que se pierden por la tierra
Le bastan para sustento,
Y siempre come y no siembra.

Como el ave, así nosotras:
A través de nuestras rejas,
De tu mano recibimos
El grano que nos sustenta.

El granito necesario
Para vivir en la tierra
Es tu amor, mi dulce Niño,
Y de tu amor las finezas,
Y así tus glorias cantamos
Con las milicias angélicas:
¡Que a los ángeles del cielo
Les place tu pajarera!

—
Para enjugarte las lágrimas
Que viertes por los que pecan,
Te ganan almas tus aves
Con sus dulces cantinelas.
Algún día a tu reclamo,

Dejarán la triste tierra
Y volarán a los cielos,
Como allá las almas vuelan:
Con los coros de los ángeles,
Por toda una vida eterna,
Cantarán tu amor las aves
De tu linda pajarera.



Paz y alegría

Hay almas, que ser felices
Buscando van por la tierra:
La felicidad no busca
Quien, cual yo, la posee entera.

En mi corazón florece,
No como flor que se seca,
Sino cual rosa temprana
De perenne primavera.

¡Soy feliz! No hago otra cosa
Que mi voluntad completa;
¿Quién, su voluntad haciendo,
No es feliz acá en la tierra?

Amo alegre el sufrimiento,
Río y lloro en una pieza,
Y con gratitud acepto
Espinas o flores bellas.

Cuando el cielo azul se cubre
De nubes torvas y densas,
Mi gozo está en esconderme
Y humillarme hasta la tierra.

En la voluntad divina
Mi paz siempre se recuesta:

Vivo *alegre* en día claro
Como en noche de tormenta.

—

Mi paz está y mi alegría
En permanecer pequeña:
Así al punto me levanto
Cuando caigo por la senda.

Jesús me toma la mano,
Tiernamente me la estrecha
Mientras le digo que es *mío*,
Todo mío; y mi terneza
Redoblo cuando se esconde
Cantándole mil endechas.

—

Si vierto llanto, no quiero
Que mis hermanas lo sepan.
¡Ay! el sufrir tiene encantos
Cuando de flores se cerca.

Sufrir, sufrir sin decirlo,
Es lo que a Jesús consuela;
Mi gozo es ver que El sonrío
Cuando así mi pecho pena.

—

Para ganarle almas santas,
Tengo de luchar sin tregua;
Esto es pagarle en amores
De sus amores las deudas.
Feliz yo, que pagar puedo
A Jesús con tal moneda:

Con moneda de alegría
Al devolverle almas buenas.

—
Quiero vivir largo tiempo
Si así, Señor, lo deseas;
O, si te place, contigo
Volar al cielo quisiera.
El amor, fuego sagrado,
De consumirme no cesa:
Vida o muerte, ¿qué me importa?
¡Amarte! mi gloria es ésta.



Mis armas

A una novicia en el día de su Profesión.

«La Esposa del Rey es terrible como un ejército en orden de batalla, y es semejante a un coro de música en un campamento».

Cant. VI, 3, VII, 1.

«Revestíos la armadura del Señor para que podáis resistir a las asechanzas de los enemigos».

Ad Ephes. VI, 11.

Se ha dignado la mano omnipotente
Mi brazo armar, vestirme de sus armas
¿Qué temerá mi corazón? ¿Quién puede
Apartarme de Dios y de su gracia?
A su lado, lanzándome al combate,
Ni el fuego temo ni ferrada maza;
Sabrán mis enemigos que soy reina
Y esposa del Señor de las batallas.

¡Oh Jesús! la armadura reluciente,
Que más el cuerpo fortalece al alma,
Me visto en tu presencia; los tres votos
Son las armas que llevo a la campaña.

Mi primer sacrificio es la *Pobreza*,
Y hasta la muerte habré de practicarla;

De todo, como atleta, me despojo,
Para entrar en la lucha voluntaria.

Gustad, mundanos, las congojas tristes
Que el lujo vano en las conciencias causa,
Mientras recojo, en la candente arena,
De la *pobreza* las hermosas palmas.

Ya dijo el buen Jesús que la violencia
El reino de los cielos sólo alcanza.
¡Dadme ya mi armadura de *Pobreza*,
El férreo casco y la pesada lanza.

—
La *Castidad* dará a mi alma victoria,
Y seré de los ángeles hermana,
Y algún día veránme entre sus coros,
Cual hija de Sión, tañendo el harpa.

Mas, debo de luchar en el destierro,
Cual lucharon por Dios y por la Patria
Del cielo, las angélicas milicias
Venciendo a Lucifer en la batalla.

Por mi Esposo, el Señor de los señores,
Ceñiré a mi cintura limpia espada
De hermosa *Castidad*, que en la pelea
Conquista para el cielo tantas almas.

¡Oh, *Castidad*, que me haces invencible!
Oh, *Castidad*, cuyo fulgor espanta
Al enemigo: por ti sabrán los hombres
Que soy del buen Jesús la esposa santa!

—
—«¡No serviré!»,—los ángeles rebeldes
Gritaron en la célica morada :

—¡«Yo quiero obedecer!»—será mi grito,
Y quiero obedecer con fiel constancia.

Desafío las iras del averno,
Pues siento en mí nacer tan santa audacia
Al tomar el escudo de *Obediencia*,
Al poner a mi pecho esta coraza.

Sólo quiero, en la vida, someterme
A tu querer, Señor de las batallas,
Así podré cantar con la *Obediencia*
Grandes victorias cuando esté en la Patria.

Si tengo aquí el valor de los guerreros,
Si visto cota y acerada malla,
También quiero cantar como las vírgenes
Cantaron en la arena ensangrentada.

Vibrar haces, Jesús, todas las cuerdas
De tu lira, *del Corazón que te ama*.
Cantaré ya, Señor de las virtudes,
De tu brazo la fuerza y la pujanza.

A tu lado, desprecio sonriente
El humo y el fragor de la metralla;
Y si caigo en tus brazos, y si muero
En el campo de lucha, a ti abrazada,
¡Victoria cantaré, puesto que muero
Por tu amor, y las manos en las armas.



Un lirio entre espinas

Para una novicia.

Señor de las virtudes, llamarme yo pudiera,
Desde mi tierna infancia, *fiel obra de tu amor*.
Pagar tus beneficios mi gratitud quisiera;
Quisiera, cual mereces, amarte, mi Señor.

¿Qué privilegio es éste, que siendo polvo y nada,
Ni habiendo hecho en la vida labor digna de Ti,
El remontado vuelo de cándida bandada
De vírgenes, me invitas que siga desde aquí?

¿Dó están las mis virtudes? ¿De quién es esta llama,
Que en ansias y en amores me inflama el corazón?
Señor, todo ello es tuyo; tu amor es quien me inflama;
Amar el infinito será mi adoración.

Cual tierno corderillo saltó de risco en risco,
Y del redil muy lejos, entre peligros mil;
Alegre yo triscaba muy lejos de mi aprisco
Hasta que mi Pastora me trajo a su redil.

Saltando yo a los bordes de inmensos precipicios,
La cumbre del Carmelo María me mostró:

Mostrómela cargada de cruces y cilicios;
Mostróme la alta cuesta por donde subo yo.

Señor, si la pureza te encanta del querube,
Espíritu que nada sobre ondas de zafir,
¿No ha de encantarte el lirio, que por tu gracia sube
Purísimo del fango donde se pudo abrir?

Si el ángel es dichoso con toda su belleza,
Cuando de luz vestido te rinde adoración,
También yo a Ti me acerco vestida de pureza
Pues guardo inmaculado por Ti mi corazón.



La rosa deshojada

Cuando veo, Jesús, que abandonas
El dulce regazo
De tu madre, y por ella tenido,
Ensayas temblando
A dar en la tierra, tan triste y tan dura,
Tus primeros pasos,
Ir delante de Ti yo quisiera,
Ir delante de Ti deshojando
Una rosa fresca donde el piececito
Al posar la planta no se hiciese daño.

—
Esta rosa a tus pies deshojada,
Mi niño, mi encanto,
Del corazón mío, que por Ti se inmola,
Es imagen y enblemapreciado.
¡Cómo brillan, Señor, bellas rosas
Sobre tus altares y junto al Sagrario!
Todas son para Ti; mas, yo quiero,
Sin lucir a los ojos profanos,
Deshojarme toda
Ante el tabernáculo.

—
Es la espléndida rosa, en tus fiestas,
El más bello ornato,
Pero aquella que está deshojada,
Aquella a quien amo,

A escondidas, perfuma tu trono;
Y si el viento, acaso,
La arroja en el suelo,
En alas del viento perfuma el santuario.
A esta rosa, que dió al deshojarse
Su hechizo y su encanto,
Imitarla quisiera, mi Niño:
Para perfumarte, me pongo a tu paso.

Nadie cuida, al pasar, si a la rosa
Deshojada oprimió contra el mármol;
Hojas mustias tan sólo ya quedan,
Hojas mustias sin cáliz ni pétalos.
¡Ay, Jesús, si por Ti me he escondido
En el santuario,
Morir debo, cual mística rosa;
Morir debo a los ojos humanos.

Por Ti debo morir, Jesús mío,
Beldad de los cielos, amor de los santos;
Probar quiero que, al ser deshojada
A tus pies sagrados,
Mis hojas te digan:
«¡Cómo mil corazones te amamos!»
A tus pies diminutos yo quiero
Vivir aquí abajo;
Y aun quisiera alfombrar todavía
Tus últimos pasos,
Deshojando mi rosa a tus plantas,
Caminito del Monte Calvario.

El abandono

«El abandono es el fruto delicioso
del amor».

San Agustín.

Hay sobre la tierra un árbol,
Un árbol maravilloso,
Cuya raíz, — ¡oh misterio! —
Del cielo está en lo recóndito.

Bajo su sombra bendita
Se encuentra dulce reposo,
Sin temor a tempestades,
Sin miedo a nublados torvos.

El nombre que dan al árbol,
Al árbol aquel frondoso,
Es el *Amor*, y a su fruto
Le llaman el *abandono*.

Como fruto de la vida,
Vale este fruto un tesoro,
Y su aroma llena el alma
De bienestar deleitoso.

La joya más estimable
Me parece, si le toco,
Y si a los labios le llego
Nada hay como él tan sabroso.

En este inmenso oceano
De paz, que es el *abandono*,
Bogando va mi barquilla,
Y en ella duermo y reposo.

—
El *abandono* me entrega
En tus brazos, dulce Esposo;
Y el pan de los elegidos
Me da, y con él me conforto.

Gustándolo, ya otra cosa
En el mundo no ambiciono,
Que una mirada divina
De los más divinos ojos.

Y después de sonreírte
Me recuesto y me abandono
En tu Corazón, diciéndote
Que, aun dormida, yo te adoro.

—
Como linda margarita
Abre al sol su cáliz de oro,
Así tu fiel *Florequilla*
Se abre a la luz de tus ojos.

¡Rey mío, sol de los soles,
Que para ganarme en todo,
Como me ves tan pequeña
Te has achicado a tu antojo!

Por eso la hostia chiquita
Con sus rayos luminosos
Hace nacer en el alma
El más perfecto abandono.

—

Bien pueden las criaturas
Abandonarme del todo;
Yo sabré, sin tristes quejas,
Pasarme contigo sólo.

Y si también me dejases
—¡Oh, mi divino tesoro!—
Sin tus caricias... aun puedo
Probar a vivir con gozo.

Y así en calma y paz, tranquila
Esperaré tu retorno,
Sin interrumpir mis cánticos
Al amor y al abandono.

Nada me inquieta en el mundo;
Nada turba mi reposo;
Más que alondra mañanera
Vuelo y canto y no me ahogo.

Sobre las más altas nubes,
Siempre azul y luminoso
Contemplo el cielo y los límites
Donde reina el buen Dios toco.

Y así espero en paz la gloria
De aquel alcazar glorioso,
Porque del amor el fruto
Se me da ya en copón de oro.



Al Niño Jesús

¡Qué bien sabes, mi Niño,
Cómo me llamo!
Hoy de tu voz escucho
Dulce reclamo:
«Mi *Florequilla*,
Déjame que yo guíe
La tu barquilla».

Y las olas mugientes
Con sus lamentos,
Y los roncós bramidos
De airados vientos,
—¡Ay, mi cariño!—
Los calmó por ensalmo
Tu voz de niño.

Si en mi regazo apoyas
Tu cabecita
Mientras borrasca fiera
La mar agita,
Al son de la onda,
Meceré tu graciosa
Cabeza blonda.

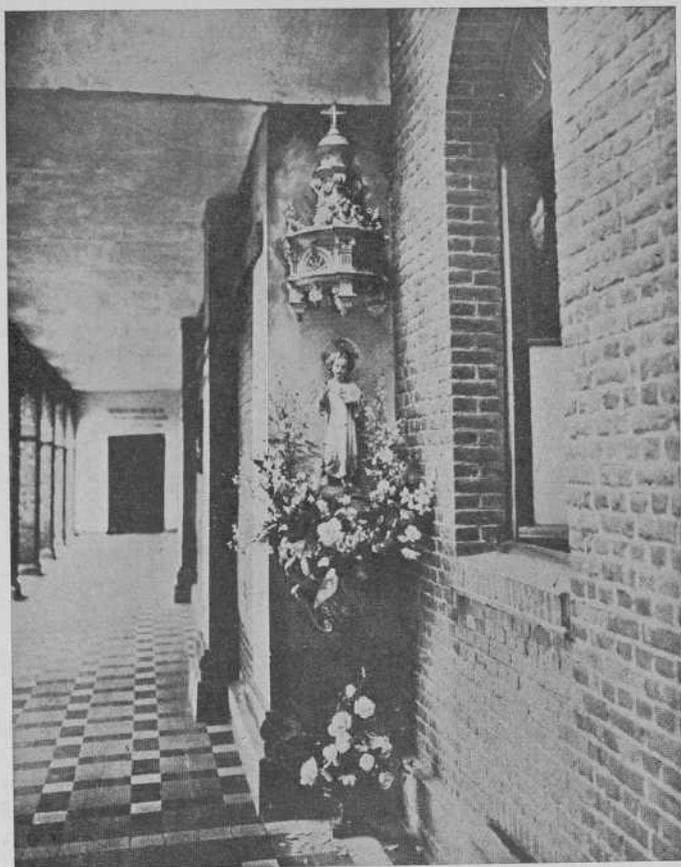


Imagen del Niño Jesús que cuidó la sierva de Dios hasta su muerte, el cual se conserva en el mismo lugar que ocupaba en tiempo de Sor Teresa del Niño Jesús.

Jesús es para mí, mi amor, mi todo;
Mi dicha de la tierra,
Mi ensueño de los cielos
Mi rey, mi flor, mi lirio y mi violeta.

(SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS).



Cuando duermes, sonrías
Que es un encanto.
Duérmete, Niño mío,
Mientras te canto.
Y blandamente
Mecerte así deseo
Perpetuamente.



Rocío divino
o la leche Virginal de María

(Primera poesía de Sor Teresa).

Niño de mis amores, Jesús hermoso,
Que en el materno seno miro radioso:
Dígnate revelarme todo el misterio
De trocar así el cielo por cautiverio.
Déjame que me oculten esos cendales
Para que no nos vean ojos mortales,
Junto a ti, vida mía, claro lucero,
De un cielo anticipado gozar hoy quiero.

Cuando en oriente asoma la bella aurora
Y el sol de oro la tierra de luz colora,
La flor que abre su cáliz al soplo blando
El rocío del cielo toma temblando.
Es cada gota perla centelleante,
Que produce la savia, fresca, abundante,
Y al caer, como perlas, dulces licores,
Despiertan, por encanto, todas las flores.

Así Tú, Niño hermoso, flor en capullo
Te despiertas al dulce, místico arrullo:
Que eres Tú, Jesús mío, botón de rosa
De la rosa más pura, la más hermosa.

De tu Madre los brazos son, entre tanto,
Para Ti, cuna blanda, son trono santo:
Y es el materno seno tu sol, Bien mío;
Y la Virgínea leche blando rocío.

En tu mirada casta, Jesús, mi hermano,
Tu porvenir de cruces miro cercano.
De tu Madre los brazos dejar pretendes
Y hacia la Cruz los tuyos con ansia extiendes.
Siento más tus perfumes embriagadores
Cuando en la Cruz te abres, flor de las flores.
Cada gota de leche tan peregrina
Gota es allí de sangre santa y divina.

Este lácteo rocío, ya en copón de oro
Es de la Santa Iglesia rico tesoro.
¡Buena envidia nos tienen en la alta esfera!
De esta rociada el ángel gustar quisiera.

Y aunque no puede hacerlo nos llama y llama,
Y como Juan Bautista: «He aquí—exclama—
El Corderillo Santo, Pan de la vida;
La leche de la Virgen aquí escondida.

El Serafín se nutre de pan de fuego,
Del amor encendido como su ruego.
Yo, parvulilla tierna, busco la hartura
En la leche cuajada tan blanca y pura.
Leche pide el infante con gran cariño:
Leche en la Eucaristía se le da al niño,
¡Oh, misterio insondable que al cielo espanta:
Leche me da la Virgen en la Hostia Santa!

La Reina del Cielo
a su pequeña María

Dedicada a una postulante de este nombre.

Ando por el mundo
Buscando una niña,
Que a mi Jesús bueno
Sea parecida.
Y cuando la encuentre
La tendré cautiva
En la misma cuna
Donde está mi vida.

El ángel del cielo
Va a tener envidia
A ésta que he encontrado,
A esta pequeñita.
Mi Jesús divino
Será tu delicia :
El será tu Esposo,
Pequeña María.

Yo quería darle
Hoy, una hermanita;

¿Quieres serlo? ¿Gustas
De tal compañía?
Meceré tu cuna,
Que es su cuna misma;
El es hoy la estrella
Que a tus ojos brilla.

Mas, porque yo pueda
Por siempre guarida
Darte en mi regazo,
Ha de ser chiquita,
De perenne infancia,
Con alma muy niña;
Pura como el ángel,
Cual Jesús, sencilla.

El Dios poderoso
Que en el cielo habita,
Hecho hombre se llama
Simple *Floreilla*:
La Flor de los campos,
La flor escondida...
Sé, tú, de mi Niño
Bella margarita.

Bendice tus lazos,
Tus penas olvida,
A Jesús alegre
Con canciones lindas.
El Señor que amansa

La borrasca altiva,
Al hacerse Niño
Hasta ti se humilla.

La palabra eterna,
Que, hecha carne habita
Contigo en la tierra,
Silencio predica.
Silencio es la prenda
Que más El estima;
Adorna con ella
Tu alma cada día.

Cuando Jesús duerma,
Vete muy quedita
Y sobre El reposa,
En largas vigiliass.
Su corazón santo
No duerme, vigila;
Sobre él reclinada
Cuéntale tus cuitas.

No te inquieten nunca
Trabajos del día;
Amar... ¡es faena
De toda la vida!
—«No se ven tus obras»—
Cuando así te digan,
Responde: «Amo mucho;
Esta es mi divisa».—

En tanto tejiendo
Jesús, allí arriba
Está tu corona
De Reina divina.
Pasada la noche
De esta triste vida,
Saldrá el Sol eterno
Para ti, María.



A Nuestra Señora de las Victorias
Reina de las Vírgenes,
de los apóstoles y de los mártires

Tú que colmas mi esperanza,
Escucha el humilde canto
De mi amor:
Gratitud y confianza
Me inspira, Madre, tu manto
Protector.

A los santos misioneros
Y a sus obras, de amor llenas,
Venime a unir
Con los lazos duraderos
De oraciones y de penas
Y sufrir.

Que ellos al fin de la tierra
Vayan la Cruz redentora
A enclavar;
Mientras tu sierva se encierra
En el claustro y en el ora
Sin cesar.

Yo reclamo, como palma,
Sufrir; que sufrir con creces
Es mi luz...
Por salvar tan sólo un alma,
Muriera, Madre, mil veces
En la cruz.

—
Sí; las almas para el cielo
Conquistar mi alma quisiera
Con ardor;
Por eso vine al Carmelo :
A inmolarme hasta que muera
Por amor.

—
Desde la tierra africana
Hasta en el *Su-tchuen* lejano
Y oriental,
Diera a conocer ufana
Tu nombre tan soberano
E inmortal.

—
En mi soledad querida
Tomaré de estas labores
Mi porción,
Y a mis hermanos unida,
Obtendré a los pecadores
El perdón.

—
Con las aguas del bautismo
Daremos a los infieles
Dulce paz;

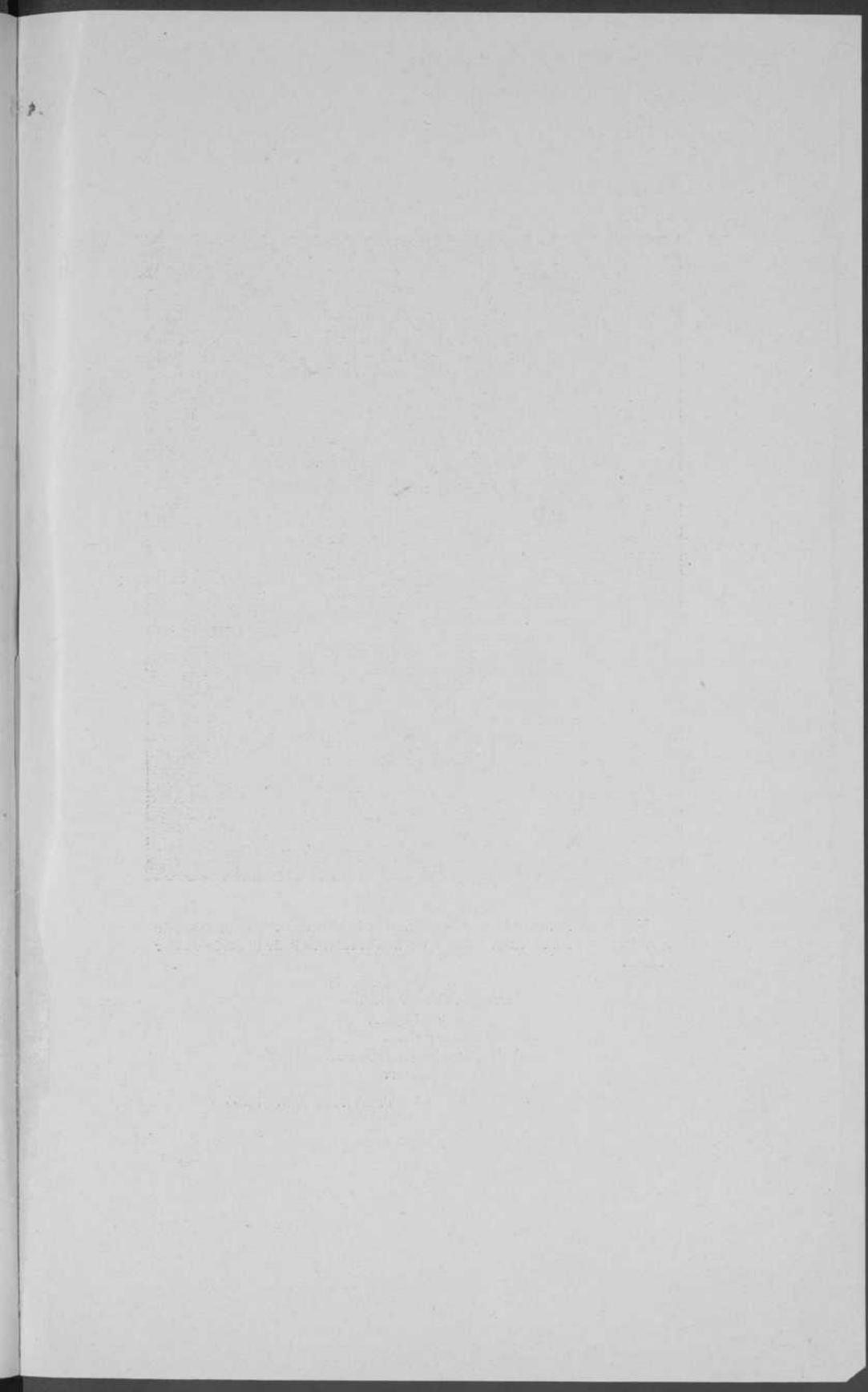
Serán templos de Dios mismo,
Y allí gustarán las mieles
De su Faz.

Quisiera los anchos cielos
Con almas angelicales
Tapizar:
Y de infieles pequeñuelos
Las milicias celestiales
Aumentar.

La palma fresca y lozana
Por medio de ellos yo quiero
Recoger...
¡Qué dicha si, al fin, la hermana
De algún mártir misionero
Llego a ser!

Y luego, al dejar la arena
De este combate sagrado
Con honor,
Gozaremos, Madre buena,
La paz del Apostolado
Del amor.

Sea para el misionero
El honor y la victoria
Del luchar:
Para mí... ¡Tan sólo quiero
El reflejo de su gloria
Disfrutar!





Nuevo oratorio donde está la imagen de la Virgen de la habitación de Teresita. La puerta entreabierta en la derecha es la de la celda de Sor Teresa.

Tu que colmas mi esperanza,
Escucha el humilde canto
De mi amor:
Gratitud y confianza
Me inspira, Madre, tu manto
Protector.

(SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS).

Porqué te amo

A la Virgen María

(Última poesía de Sor Teresa).

Yo quisiera decirte, Madre mía,
Porqué, porqué te amo:
Porqué, al oír tu nombre, mis entrañas
Dan jubilosos saltos;
Y porqué, cuando pienso en tus grandezas,
Pulso la lira con afán, temblando,
Y se ahoga mi voz en la garganta
Y desfallece el canto,
¡Ay! cuando te contemplo
Como Reina de todo lo creado,
— Y veo ser tu hija, —
Yo, que Madre te llamo,
En tu presencia augusta
Llena de confusión los ojos bajo.

—
¡Cómo adora a su madre el pequeñuelo
Cuando la ve llorando,
Cuando llora con él, con él divide
Sus duelos y quebrantos!

¡Oh, Reina del dolor: en el destierro,
Por llevarme hacia ti ¡cuánto has llorado!...

Si leo el Evangelio,
Y voy atenta tu vida meditando,
¡Ay, Madre! cerca, cerca,
Muy junto a ti, a tu lado,
Siento que soy tu hija,
Y tu cuello te cerco con mis brazos,
Paso a paso contigo voy sufriendo
Y tu vida mortal voy contemplando.

~ Cuando el Angel te ofrece, tembloroso,
El ser Madre de Dios tres veces Santo,

Escucho que prefieres
Conservar tu tesoro immaculado.
Comprendo que tu alma,
Que encierra tal perfume en áureo vaso,
Dios mismo la bendiga
Como propia mansión y tabernáculo,
Y sea en aquel punto
El arca y el vallado,
Que contiene el Amor de los amores,
¡Al infinito Océano!

~ Cuando la *Esclava* humilde
Tú te llamas, *Señora* yo te llamo.
Tanta humildad atrae hacia tu seno
Al Verbo Inmaculado:
El *Espíritu* te cubre con sus alas;
El *Padre* se complace desde lo alto...

Jesús le das por nombre al Primogénito...

Jesús viene a salvar a sus hermanos...

¡Ay, Reina, y cuántos somos

Los hijos de Eva por tu amor salvados!

Tú lo sabes, Señora; soy pequeña,
Y así y todo en mi pecho se ha albergado
El Todo Poderoso,

Que primero habitó en tu seno casto.

Ya no tiemblo mirando mis ruindades,

Pues tengo bien pensado

Que el amor de mi Madre todo es mío

Y mío el Corderillo de sus brazos.

¡Ay, Madre!, si tuviera

Tus virtudes y amor en alto grado,

¿No es verdad, que al venir a mí tu Hijo

Crejera reposar en tu regazo?...

Tú me enseñas que nunca fué imposible

Marchar sobre tus pasos;

Que el estrecho sendero de los cielos

Tú le has hecho accesible practicando

Las virtudes sencillas de los pobres,

Honrando su humildad y sus trabajos...

Con tu visita santa

A Isabel ¡qué lecciones nos has dado!

Ya escucho de rodillas

Aquel divino canto,

Que brota de tu pecho,

Como llama de amor y fuego sacro:

—«Canta; canta, alma mía,

Magnificat al Dios de lo creado».

Tu cántico, Señora,

Como mística rosa ha embalsamado

La carrera ondulante de los siglos,

Y Santa y venturosa te cantaron

Las mil generaciones

Que escucharon los ecos de tu canto.

× Cuando José, tu Esposo,

Ignora el gran milagro

Que tu humildad le oculta,

Tú le miras llorar, sin revelárselo...

Y ¡cuánto sufrirías

Con tu silencio, Madre! ¡Cuánto, cuánto,

Al ver sufrir al Justo,

Al apoyo que el cielo te hubo dado!

Mas, ¡ah! que es tu silencio

Concierto sacrosanto

De voces, que me cantan

La grandeza de un ser abandonado

En los brazos del Dios de las bondades,

En el pecho del Dios de los milagros.

λ ¡Belén!... ¡Y qué repulsas

Sufriste, suspirando

Por un albergue donde Dios naciera

Quando bajó a salvarnos!

—«No hay lugar en la venta»,—respondían

Doquier que vuestra mano
Llamaba blandamente
Con toques de lo alto...

¡No hay lugar para el pobre nazareno!
¿Un carpintero? ... Buscar puede un establo.

¿Y Miriam, la doncella pudorosa,
El Lirio de los valles y los campos? ...

¡Qué grandes os contemplo,
Viajeros nazarenos! ¡Cuánto os amo
Al veros en lugar mísero y triste,
Al veros, como pobres rechazados!

—
Y cuando, pobrecita,
De puro amor temblando
Envuelves en pañales
Al Hijo de mi Dios, ¡a tu Hijo amado!
Cuando débil gemido
Se escapa de sus labios,
¿Tendré yo envidia al ángel,
Viendo al recién nacido que es mi hermano? ...
Yo te bendigo, Madre,
Que tal capullo has dado
A esta tierra de abrojos y de espinas
Donde se sufre tanto.
Ya sonreír te veo
Con los pobres pastores y los magos.
Mientras guarda tu pecho los tesoros
De toda una cadena de milagros.

María, Madre Santa:

¡Si vieras cuanto te amo
Cuando te haces igual a aquellas madres
Que van al templo santo
A ofrecer al Señor sus pequeñuelos
Por medio de un anciano!
Anciano venturoso,
Que tuviste a mi amor entre tus brazos,
¡Con qué gusto al principio
Escuché los acentos de tu cántico!
Mas, luego, buen profeta,
¡Cómo hiciste brotar el llanto amargo
De mis ojos oyendo las palabras
Que el pecho de mi madre desgarraron!

¡Oh, Reina de los mártires! La espada
Rasgó tu corazón inmaculado
Cuando del vil Herodes
A mi dulce Jesús pones a salvo.
Mi amor duerme en los pliegues
De tu velo, y temiendo despertarlo
En voz baja te anuncia la partida
Para país lejano
Tu esposo y le obedeces
Sin poner a sus órdenes reparos.

Junto al Nilo, dichosa en tu pobreza,
Te alimentas del pan del desterrado;
Pero, ¿qué es para Ti, Madre, el destierro
Cuando tienes el cielo en tu regazo?

Mas, luego ya en la Patria,
Allá en Jerusalén, dolor amargo
Inunda el alma tuya
Con olas de oceano.
Ocúltase Jesús a tus miradas
Dentro del templo santo,
Y tuviste tres días, Madre amante
Más tristes que el destierro y más amargos.

—
Cuando en medio de sabios le encontraste
La Ley santa explicando,
Dijístele: «Hijo mío,
¿Porqué nos has dejado?
Tu padre y yo con lágrimas buscándote
Corrimos desolados.»
Y el Hijo te responde
Con palabras que Dios pone en sus labios:
—¿Porqué así me buscabais?
¿Es que ignoráis, acaso,
Que ya ocuparme debo
En honor de mi Padre Soberano...?

—
Y el Evangelio enseña
Que creciendo en virtud, en ciencia y años
Jesús sumiso estaba
De José y de María a los mandatos.
Mi corazón me dice
La alegría, ternura, paz y encanto
Que el niño prodigaba
A sus padres amados.

¡Oh, María, comprendo la respuesta
Que tu Hijo te dió en el Santuario!
Quiere que ejemplo seas
De las almas que buscan al Amado
En las tinieblas de la noche oscura,
En que brilla tu fe cual bello faro.

Si de angustias de muerte,
De pena y de dolor, de acerbo llanto
Rodear a su Madre Jesús quiso,
¡El dolor quedó ya santificado!
«Sufrimiento y Amor» he aquí la dicha,
La dicha de aquí abajo.
Todo cuanto poseo, todo es suyo;
Tomarlo puede para sí mi amado,
Ya que tanto me sufre
Y me perdona tanto.
Si se oculta... ¡paciencia!
Aquí estaré guardando
Mientras dure la noche de mi vida
Y brille el sol que nunca tiene ocaso.

Virgen de gracia llena,
Llena de amor y encanto:
Yo sé cuán pobremente
Viviste en Nazaret con tu trabajo,
Y el trabajo del Hijo y del Esposo,
Humildes artesanos.
Sencilla fué tu vida,
Sin éxtasis, arrobos ni milagros.

Así los pequeñuelos,
Que tanto te adoramos,
Volver a ti podemos nuestros ojos,
Seguir tras ti, podemos paso a paso,
Y siguiéndote iremos
A cantar en los pliegues de tu manto.

—
Vivir quiero contigo en tu casita
Nazarena; seguir quiero a diario
Tus huellas; y engolfarme
En ese corazón inmaculado.

Tu maternal mirada
Mis temores ahuyenta e infunde ánimo,
Me enseña los dolores y alegrías...
Tú los ritos del pueblo respetando,
Te mezclas con tu pueblo
Y celebras con él sus días faustos.

—
Testigos son los jóvenes esposos
Que en su fiesta nupcial te convidaron.

Faltábales el vino...
No pudiendo ocultar su sobresalto,
Tú acudes en su ayuda,
Y a Jesús le suplicas remediarlos.
—«Mujer, ¿qué nos va en ello?—
Te responde Jesús; mas, por lo bajo
Su corazón te llama
«Madre adorada», y aquel primer milagro
De Caná, se debió al materno ruego...
¡Que a su Madre Jesús nada ha negado!

Un día entre las turbas te encontrabas
Pendiente de los labios
Del que vino a buscar los pecadores:
Al notar tu presencia en el collado
Alguno fué a anunciárselo a tu Hijo,
Y entonces tu Jesús, la voz alzando,
Y mostrando su amor hacia nosotros
Dijo: «¿Quién es mi hermano,
Y mi hermana y mi madre? Son tan sólo
Los que a mi voluntad abren el paso».

¡Oh Madre la más tierna! ¡Oh Virgen pura!
Que no asomó a tus labios
Ni a tu rostro la más leve tristeza,
Oyendo al Verbo Santo...
Las palabras aquellas regocijan
Tu corazón pensando
Que Jesús desde aquí nos hace suyos
Y llama con amor a los ingratos,
Te alegra que nos quiera hacer partícipes
De la divinidad y sus arcanos...
¿Cómo no amarte, Madre,
Viendo tu abnegación por los culpados?

Y es que nos amas, cual Jesús nos ama;
Por nuestro amor consientes de buen grado
Que se aleje de ti, y toda te entregas
A nosotros, y aun sirvenos de amparo.
La inmensa caridad que arde en tu pecho
Conócela Jesús y te ha agregado

Jesús nos ha dejado a tus cuidados
Cuando, para esperarnos en el cielo,
Dejó de la alta cruz los fríos brazos.

—

De pie, junto al madero, me pareces
En el monte Calvario,
Un sacerdote ante el altar, que ofrenda,
Por víctima al Cordero Inmaculado.
Ya tu dolor, oh Madre,
El Vate lo expresó en lúgubre canto:
«Oh vosotros que vais por el camino,
Ved si hay dolor cual mi dolor amargo».
¡Oh, Reina de los mártires, tu sangre
Por los hombres, al fin, has derramado!...

—

La morada de Juan va a ser tu asilo.
Juan reemplaza a Jesús, tu bien amado...
Y aquí acaba tu vida el Evangelio;
Nada dicen después los libros santos.
Tan profundo silencio, Madre mía,
¿No me dice muy alto
Que Jesús ha guardado tus secretos
Porque quiere en persona revelarlos
A tus hijos, allá en el cielo empíreo,
Cuando estemos juntitos a tu lado?...

—

Bien pronto escucharé las armonías
De sus divinos cánticos;
Bien pronto, Reina mía, pienso verte
Y oírte con encanto.

A su obra redentora
Al pie del árbol santo.
Madre del pecador, nuestro refugio,
¡Oh tú, que en la mañana de mi vida
Te miré sonreír, ya que el ocaso
Hoy llegó para mí, que me sonrían
Los dulcísimos pliegues de tus labios!
Ya no temo el fulgor de tu mirada,
Ni delante de ti los ojos bajo;
Yo padecí contigo
Y hoy quiero en tu regazo,
Decirte una vez más que soy tu hija,
Y cantarte sin fin, ¡porqué te amo!



A San José

José, el admirable,
José justo y bueno,
Que viviste humilde
Como carpintero:
¡Qué dicha la tuya
En este destierro,
Sirviendo a María
Y a Jesús sirviendo!
Y en cambio, guirnaldas
Ellos te ofrecieron
De amor, de obediencia
Y de acatamiento.
Cuando reposaba
Jesús en tu pecho,
Tu corazón puro
Vivía en el cielo.

Cual tú, en el retiro
De claustral encierro,
Yo con mis hermanas,
Las de mi Carmelo,
A Jesús servimos
Con santo contento.
María, tu Esposa,
Es nuestro modelo.
Y tú serás siempre

Guarda y Padre nuestro;
Que la gran Teresa
Con todo su empeño
A tu Patrocinio
Confió el Carmelo.
Y dijo mi Madre
Con dulces acentos,
Que eres de su viña
El guardián excelso,
Porque siempre oíste
Su amoroso ruego.

—
Cuando de la prueba
Se acabe el tormento,
A verte en la Patria,
Por fin, volaremos,
Volaremos alto,
Porque está tu asiento
Junto al de tu Esposa,
La Reina del cielo.
Entonces la historia
De todos tus hechos,
—Hasta hoy escondidos—
Allí la leeremos.
Y al saber tus glorias,
Tus luchas y méritos
Cantaremos todos,
En dulce concierto,
La vida escondida
De José, el Obrero.

Al ángel de mi guarda

Ángel bello, sueño mío,
Guardián santo de mi alma:
Tú que brillas en el cielo,
Como ardiente y pura llama,
Junto al trono del Eterno,
En el más luciente alcázar;
Ángel bello, guardián mío,
A buscarme luego baja;
Baja pronto a rodearme
Con tu pura, ardiente llama;
Sé mi hermano, sé mi amigo,
Mi consuelo y mi esperanza.

—
Conociendo mi flaqueza,
Dulce hermano de mi alma,
Conducida de la mano
Tú me guías y me apartas
De los hondos precipicios
Y me quitas del camino los tropiezos y las zarzas,
Siempre dulce y cariñoso,
Tú me animas, tú me invitas y levantas
A mirar los altos cielos
Tan azules y tan bellos y tan limpios
Como azul y bella y limpia es tu mirada:

¡Tu mirada que, al mirarme tan chiquita,
Ilumina tu radiosa frente santa!

—
Angel bello, sueño mío,
Que cruzando vas la atmósfera azulada
Como brillo de relámpago y centella,
Como brillo fulgurante de luz blanca:

Vuela, vuela, cuantas veces
Cada día volar puedas con tus alas,
Junto a seres que yo quiero con mi vida,
Junto a seres que idolatro con el alma.

Vuela, vuela, guardián mío,
A enjugar sus tristes lágrimas
Con tus alas bienhechoras,
Con el borde perfumado de tus alas.

Y al llegar a los umbrales
Del solar de mi familia tan cristiana,
Canta, canta las bondades de mi Esposo,
Mis amores y martirios canta, canta;
Y murmura por lo bajo tú mi nombre,
Diles, sí, que yo te envío, pero díselo en voz baja.

—
Sueño mío, dueño mío,
Angel santo de mi Patria,
Salvar quiero con mi vida,
Salvar quiero con el alma
Tantos pobres pecadores, mis hermanos,
Que abandonan a mi Esposo y de él se apartan.

Dame vivos resplandores,
Dame tus ardientes llamas

Para unir las a mis pobres sacrificios;
Toma toda mi pobreza con mis lágrimas;
Todo unido a tus angélicas virtudes,
 Ponlo junto en la balanza
Donde pesa el justo Juez los pecadores,
Porque pese más que el crimen nuestra gracia.

 Ángel bello, dueño mío,
Compañero inseparable de mi infancia,
 Para ti, cual recompensa,
De estas íntimas victorias y batallas,
 Sea el reino de la gloria :
Que tu Rey, Señor de reyes, te lo aumente de pujanza,
 A mí, pobre Florecilla, [za.
Con el pan del altar santo y la cruz sólo me basta.
 Con tu ayuda y con tu guía
 Con la Cruz y la Hostia Santa
Seguir puedo mi camino con holgura
 Hasta el fin de la jornada,
 Siempre asida de tu mano,
 Siempre alegre, siempre en calma,
Hasta entrar los dos juntitos pronto, pronto,
Por la puerta luminosa de tu alcázar.



A mis hermanitos del Cielo, Los Santos Inocentes

Dominus in brachio suo congregabit agnos, et in sinu suo levabit...

Isaías, XL, 11.

Ei autem qui operatur, merces non imputatur secundum gratiam, sed secundum debitum.

Ei vero qui non operatur, credenti autem in eum qui justificat impium, reputatur fides ejus ad justitiam secundum propositum gratiae Dei.

Sicut et David dicit beatitudinem hominis cui Deus accepto fert justitiam sine operibus.

(Ad Rom. IV, 4, 5, 6).

Venturosos chiquitines, que formasteis las delicias
De mi Dios;
Que su mano, al bendeciros, os colmó de sus caricias,
Y con frentes luminosas vais marchando de El en pos.

De los niños inocentes sois vosotros la figura
Ideal;
Adivino ya la gloria, los placeres y ventura
Que os otorga sin medida vuestro Rey santo, eternal.

Disfrutáis de los encantos, de los bienes y riquezas
Del Edén,
Sin haber jamás gustado sinsabores ni tristezas,
Que se encuentran en la tierra, que se palpan, que se
[ven.

—
¡Oh capullos perfumados, recogidos en la aurora
De la flor!
El sol bello que os despliega, que os matiza y os colora
Es el Corazón divino, Sol ardiente del amor.

—
¡Qué ternezas exquisitas y qué cántico inefable
Va a entonar
En honor vuestro la Iglesia, que es la madre más ama-
[ble,
Porque un día ¡el del martirio! la supisteis ensalzar.

—
En sus brazos maternas os ofrece, cual primicias,
Al Señor,
Pues, por siempre sois vosotros del Eterno las delicias,
El encanto de los cielos, el emblema del candor.

—
Del Cordero inmaculado componéis el dulce coro
Virginal.
¡Privilegio misterioso! Vuestro cántico sonoro
Será siempre un cantar nuevo, melodioso y eternal.

—
Sin entrar en los combates conquistado habéis la glo-
Y el honor: [ria

Jesús-Niño por vosotros ha ganado la victoria,
Y la palma os ha entregado del feliz conquistador.

No se os ve en la cabellera los diamantes de Golcon-
Relumbrar; [da
Pero sí el reflejo de oro de los bucles, de onda en
En los cielos centellean con sùave titilar. [onda,

Vuestras son todas las palmas y coronas de los san-
¡Oh, sí, sí!... [tos,
Vuestros tronos, en la gloria, son tan ricos y son tantos
Como brazos y rodillas de los santos que hay allí.

De los ángeles del cielo, vais jugando con las palmas
En redor;
Vuestros cantos infantiles traen cautivas tantas almas
Que suspensas os escuchan vuestros cantos al Amor.

Dios os cuenta como forma la brisa, el ave, las rosas,
Mucho más;
Ningún genio de este mundo saber puede tantas cosas,
Ningún genio en esta vida las sabrá nunca jamás.

Al cerúleo firmamento, del Señor seguís las huellas,
Y allí El,
Quita el velo misterioso donde esconde las estrellas,
Las cogéis en vuestras manos y le hacéis lindo escabel.

Al pisar la azul esfera, una estela nacarada
Dibujó

Vuestro pie; y así en la noche pura, casta y estrellada
La anchurosa vía láctea recorrer os miro yo.

—
Al regazo de María, cuando acaba vuestro juego,
Acudís,
Reclináis sobre su manto vuestras cabecitas; luego
Dormiditos os contemplo con el más bello sonris.

—
Chiquitines juguetones, vuestra audacia encantadora
Tan audaz,
A Jesús-Niño cautiva, le recrea y enamora
Cuando osáis acariciarle su adorable y santa Faz.

—
Y es Jesús quien me ha propuesto vuestra imagen por
Seductor; [modelo
Alcanzadme las virtudes de la infancia, en el Carmelo;
La inocencia, el abandono, la alegría y el candor.

—
¡Oh, mi Dios, que los deseos de tu esposa desterrada
Sabes bien!
Lirios darte yo quisiera; lirios buscará tu amada:
Vierte el agua del bautismo, y a buscarlos luego ven.

—
Aumentar, para tus glorias, estas cándidas milicias
Quiero yo;
Mi alegría y mis dolores, de mis penas las primicias,
Yo te ofrezco, a cambio de almas, que el pecado no
[manchó.

Ahora, Niño, Rey de reyes, para mí yo te reclamo
Un lugar
Entre aquellos Inocentes, pues, cual ellos yo te amo,
Y, cual ellos, en la gloria, quiero yo tu Faz besar.



La melodía de Santa Cecilia

Cantantibus organis, Caecilia Do-
mino decantabat...

Ofic. de la Santa.

Extática contemplo la estela luminosa
Que vas en pos dejando, fiel Virgen del Señor;
Ya escucho, enternecida, tu voz armoniosa
Cantándonos un cántico suave, embriagador.

Escucha la plegaria de un alma desterrada,
Y dame por asilo tu pecho virginal:
Allí el celeste lirio de gracia immaculada
Brilló sobre la tierra con luz primaveral.

Castísima paloma, que cruzas por el valle
En busca de tu Esposo para volar con él;
Serás tú la escogida cuando Jesús te halle
Por ser rica en virtudes, sin manchas y sin hiel.

Un día Valeriano, radiante de hermosura
Su corazón te ofrece con gracia juvenil;
Te ofrece, enamorado, tesoros de ternura
Porque la flor tu seas mejor de su pensil.

Como ascuas de oro lucen magníficos palacios;
Espléndidas las bodas se van a celebrar;
Tu corazón amante, surcando los espacios,
A tu divino Esposo repite tu cantar.

Lejana de tu Patria, ¿por quién sino cantaras
Teniendo ante tus ojos un mísero mortal?
A unirse con tu Esposo, paloma, tú volaras
Si quebrantar pudieras tu cárcel terrenal.

Mas, ¡ah! Vibrar escucho las cuerdas de tu lira;
De tus amores siento sonora la canción;
«Jesús, mi tierno Esposo»—tu voz gime y suspira—
«Conserva siempre puro mi amante corazón».

¡Divina melodía!... Tu cántico me ofrece
De amor y confianza, sublime original:
Amor que nada teme, se olvida y adormece
En brazos del Eterno, cual niño angelical.

En la celeste esfera dejóse ver la estrella
Que con sus tenues rayos la estancia iluminó;
Cecilia, a sus fulgores, apareció más bella;
La noche en claro día de pronto se cambió.

Entonces Valeriano soñó con la esperanza
De verte, al fin, rendida, y empieza a sonreír.
Tú, generosa y noble, propones alianza
Y muestras a sus ojos más bello porvenir.

—«Amigo,—tú le dices: aquí llevo a mi lado
Un Angel que defiende mi casto corazón;
Jamás él me abandona, jamás me ha abandonado;
Si duermo, con sus alas me forma un pabellón».

—
«Durante las tinieblas de triste noche oscura,
Brillar miro su rostro con lumbre matinal;
Su rostro me parece la imagen santa y pura
Del resplandor divino que lanza el Inmortal».

—
Entonces Valeriano:—«Enséñame—te dice—
El Angel, y a tu historia podré dar ciega fe;
Sino, este amor que quiere hacerte ya felice
Lo trocaré en furores y en odios trocaré».

—
Paloma, que en el hueco te escondes de la piedra,
Y allí la Faz divina te presta luz y amor,
Con tu Evangelio al pecho, tu pecho no se arredra
Ni cae en traidores lazos de astuto cazador.

—
Al punto, a Valeriano respondes sonriente:
«Tus ruegos ha escuchado mi Santo Angel Guardián;
Tú le verás; si ansías a la región luciente
Volar, has de ser mártir, cual es mi tierno afán».

—
«Si quieres ver del ángel la faz hermosa y pura,
El agua del bautismo tendrás que recibir;
Vestida será el alma con blanca vestidura
Y Dios, con nueva vida, te alentará a vivir».

«El Verbo, Hijo del Padre, fiel Hijo de María,
De amor puro abrasado, se inmola en el altar;
Ir debes al banquete del alma Eucaristía
Y allí el Pan de los cielos podrás al fin gustar».

—
«Allí, el ángel glorioso te llamará su hermano,
Y viendo que es tu pecho trono del Sumo Dios,
Te cogerá amoroso y, asidos de la mano,
A la mansión eterna volando iréis los dos».

—«Mi corazón se abraza con nueva llamarada—
—Exclama Valeriano con santo frenesí,—
«Ya quiero que Dios venga y habite en mi morada,
Y así mi amor, Cecilia, será digno de ti».

—
Vistiendo, al fin, la estola, que emblema es de ino-
Al ángel Valeriano resplandeciente vió; [cencia,
Vió extático la gloria, la angélica excelencia
De aquel ser, que en su mente jamás se dibujó.

—
Llevando frescas rosa de mágicos colores,
Aparecióse el ángel, entre azucenas mil;
En el jardín del cielo se abrieron esas flores
Con el calor del astro del célico pensil.

—«Carísimos esposos,—el Santo Angel suspira—
Con rosas de martirio la frente os ceñiré;
No hay voz que cantar pueda, ni al son de blanda lira
Favor tan señalado: ¡Ser mártir de la fe!».

«Mi espíritu se abisma en Dios, tres veces santo,
Mas, no puedo inmolarme, ni por mi Dios sufrir,
No puedo, amante, darle mi sangre ni mi llanto,
No puedo por mi amado morir... ¡de amor morir!».

«Del ángel porción bella fué siempre la pureza;
Sus glorias y sus dichas jamás han de acabar;
Vosotros sobre el ángel tenéis otra grandeza;
Podéis, como él, ser puros y por Jesús penar».

«En estos blancos lirios,—presente del Cordero
Sin mácula,—está el símbolo de la virginidad;
De lirios coronados, seguid su derrotero,
Cantando un cantar nuevo por una eternidad».

«Así vuestra unión casta dará vida a las almas
Que por esposo buscan al rey del Casto Amor;
Mi padre querido,
Veréis luego en sus manos las cimbradoras palmas
Alrededor del trono de mi eternal Señor».

Cecilia, Virgen pura, dame tu melodía,
Y corazones vírgenes a tu Jesús daré,
Daré mi vida y alma por esta empresa mía,
Mis lágrimas y sangre por rubricar mi fe.

Alcánzame, oh Cecilia, que entre la lucha y guerra,
Goce del abandono, que es fruto del amor;
¡Santa de mis amores! Que deje ya la tierra
Y entre tus brazos vuele cantando a mi Señor.

Cántico de Santa Inés

(De las actas de los Mártires).

Cristo es mi único amor; El es mi vida,
Mi prometido, lumbre de mis ojos;
Vibrar escucho ya de su garganta
El timbre melodioso.

Mis bucles adornó de pedrería;
Dióme anillo nupcial esplendoroso;
De lucientes estrellas cuajó el manto
Que cae sobre mis hombros.

Con perlas sin igual ornó mi mano
Y mi garganta con collares de oro;
Y rubíes del cielo, como aretes,
Me dió en el desposorio.

Yo soy la prometida del que sirven
Los ángeles temblando al ver su rostro;
Y de Aquel, a quien cantan alabanzas
Los astros luminosos.

Como Dios, tiene un cielo por imperio;
Aquí escogió por Madre, con asombro,

Una Virgen; su Padre es el Eterno,
Y El es su Verbo sólo.

Mi corazón, mas puro, hermoso y casto
Se vuelve cuanto más amo a mi Esposo:
Al besarme con beso de su boca
Me dió todo un tesoro.

Sobre mi faz virginea marcó un sello,
Porque no se me acerque ningún otro;
Mi corazón sostiene con su gracia
Este mi Rey piadoso.

De su sangre purpúrea revestida,
Disfruto ya del cielo el dulce gozo:
Leche y miel, que sus labios hoy destilan,
Con avidéz recojo.

Y así no temo al hierro ni a las llamas;
Nada turba mi paz ni mi alborozo;
Jamás se extinguirá el fuego de amores
En un volcán tan hondo.



Al Venerable Teófanos Vénard

Todos los elegidos
Cantan loores
En tu honor, Mártir santo
De mis amores.
Y los querubes
Aspiran a servirte,
Pues tanto subes.

No pudiendo mi acento
Mezclar sonoro,
De los ángeles santos
Al dulce coro,
Hoy mi alma aspira
A cantar tus virtudes
Con pobre lira.

Fueron tus cortos días
Como canciones
Que llevaron al cielo
Los corazones.
Jesús divino
Flores brotar hacía
Por tu camino

Al subir a la altura,
Tu adiós postrero
Me dijo: «*Florezilla*,
¡Yo voy primero!...
Al paraíso
Delante de ti ir quiero».
Pues Dios lo quiso».

—
¡Qué dulcedumbre el alma
Tuya tendría,
Entre las negras hieles
De la agonía!
¡Ay, qué dulzura
Beber, riente, el cáliz
De la amargura!

—
Si abreviar tu tormento
Quiere el verdugo,
Tu te niegas, diciendo:
«Pues a Dios plugo
De mi alma el lirio,
Quiero gustar despacio
Mi cruel martirio».

—
Y es que en la primavera
De hermosa vida,
Ya Jesús vió tu alma
De amor herida...
Por esa puerta

Entra el Amor cuando halla
La flor abierta.

—
No estás ya en nuestros mustios,
Tristes jardines;
Ya tu esplendor contemplan
Los serafines.
La Inmaculada
Aspira tus aromas
Enamorada.

—
Dame, atleta cristiano,
Recia armadura,
Para poblar de infieles
La azul altura.
Mi sangre y llanto
Abrirán los cerrojos,
Del cielo santo.

—
Por salvarlos a todos
Quiero al asalto
Tomar el alto reino
De un Dios tan alto,
No más reposo
Ni paz, ¡quiero la guerra
Como mi Esposo!

—
En las playas de infieles
Donde luchaste
Buscar la dicha anhelo

Que tu encontraste.
Allá volara
Al punto, si mi Esposo
Lo deseara.

—
Mas ¡ah! para el amante
Jamás reacio,
Solamente hay un punto
En el espacio.
A él mis cantares
Van, a través de cielos,
Tierras y mares.

—
¡Ay, si yo fuese rosa
De primavera
Que cortar al instante
Mi Dios quisiera!...
¡Que allá, en mi muerte,
Junto a mí, Mártir santo,
Merezca verte!

—
Ven a envolverme pronto
Con esas llamas
Del purísimo fuego
Donde te inflamas,
Y en raudo vuelo,
Con tu séquito de almas
Subiré al cielo.



Plegaria de la hija de un Santo

(A su buen padre, a quien Dios llamó a sí
el 29 de Julio de 1894).

Acuérdate, padre, que antaño en el mundo
Tu dicha cumplida
Fué toda la dicha, fué goce fecundo
De todas tus hijas, amor de tu vida.
De todas tus hijas escucha y bendice
Las santas plegarias que elevan al cielo.
Protégenos siempre, mi labio te dice;
Tu esposa, mi madre, bendice mi anhelo.
Al fin os juntasteis
Los dos en la gloria;
Al cabo cantasteis
Los himnos hermosos de hermosa victoria.
No echéis en olvido
Las hijas amadas que así os han querido.

Acuérdate, padre, de tu hija María,
De ti apasionada,
A todas nosotras tu amor prefería:
María fué siempre de ti más amada.
Llenaba tu vida
De dicha y de calma,

Y a Dios se la ofreces con alma transida
Y besas la mano que hiere tu alma,
 Del bello *diamante*, (1)
 De noche y de día
 Tan bello y brillante,
Acuérdate, padre, y bendice a María.

—
Acuérdate, padre, de tu *perla fina* (1)
Que, cual corderillo dejaste en el suelo;
Hoy ella conduce con fuerza divina
Los santos rebaños del Monte Carmelo.
De todas tus hijas es ella la Madre,
Bendícela siempre, y guíala al cielo,
 Condúcela, padre,
 Con luz peregrina
Bendice tu Carmen, bendice sus flores,
 Y da más fulgores
 A tu *perla fina*.

—
Acuérdate siempre de aquella plegaria
Que por otra hija (la tercera) hiciste. (2)
Dios oyó tu ruego; la corriente varia
 Del destierro triste
 No arrastra a tu hija;
Un ¡adiós! al mundo decirle quisiera,
Siempre en Jesús tiene la mirada fija,
Vive en calma y ora, y orando, ella espera

(1) *Diamante y perla fina*, son nombres de mimo dados a las dos hijas mayores.

(2) Religiosa de la Visitación.

Su ardiente deseo mirarlo cumplido.
Ruega tú por ella,
Mi padre querido,
Y así, en tu corona pondrás otra estrella.

Acuérdate, padre de la fiel Celina,
Que te sirvió, en vida, como ángel del cielo,
Cuando una mirada de la Faz divina
Te mandó otra prueba... para tu consuelo.
Tú reinas glorioso, y ella vió acabada
Su misión bendita,
Su misión sagrada,
Y a Jesús se ha dado como Carmelita...
Acuérdate, padre, desde tu morada
De tu Celinita.

Un recuerdo tuyo tu *reina* te pide,
Esta *reinecita* que tanto te adora, (1)
Que nunca, en el cielo, tu memoria olvide
Lo que recordarte, mi rey, quiero ahora.
Recordarte quiero,
Que tú fuiste el guía de mi senda incierta;
Que trazaste siempre mi gran derrotero
Con tu mano experta;
Que desde mi infancia siempre vigilaste
La flor más preciada, mi flor de inocencia;
Acuérdate, padre, como acariciabas
Mis bucles de niña *cuando mi regencia*.

(1) Nombre de cariño que daba a Sor Teresa su padre.

Recuerda, rey mío, que en el *belvedere*,
Sobre tus rodillas,
Mil veces sentabas a quien bien te quiere;
Y cantando entonces rimadas letrillas,
Meciendo a tu reina con dulces canciones,
Pasaban las horas
Con ensoñaciones...
Horas soñadoras
En que sorprendía
Rayos de los cielos, que hasta ti llegaban,
Fúlgidos y bellos;
Vívidos destellos
Que tu faz de santo con su luz besaban,
Cuando tus pupilas en su luz se hundían;
Y, mientras tus cantos las brisas llevaban
Mis ojos tus glorias radiantes veían.

—
Recuerda, rey mío, del domingo hermoso
¡Ay! cuando abrazabas a tu reinecita
Todo tembloroso,
Mientras la ofrecías blanca florecita.
¿Recuerdas mi anhelo?...
¡Cumplióse aquel día !
— ¡Paloma, ya puedes volar al Carmelo!
— ¡Mi reina, ya puedes servir a María!...—
¡Oh, padre, qué pruebas de amor verdadero
Me diste amoroso aquel día en Roma!
Mi padre del alma, mi padre sincero,
¡Cómo te recuerda tu blanca paloma!

¡Qué gloria la gloria de ver al anciano
Que vive en prisiones en el Vaticano!
Allí dulcemente,
El Padre más Santo posó en tu ancha frente
La mano que rige la Iglesia ¡su mano!
Tú ignoras el grande misterio que encierra
El sello divino que en ti se imprimía...
Tus hijas bendicen la cruz que en la tierra
Y el cáliz de penas te dieron un día.
Por eso tu frente,
Radiante, gloriosa,
La miran nimbada de luz esplendente,
La ven tan serena
Con corona de nueve capullos,
Capullitos de blanca azucena.



Historia de una pastorcita que llegó a ser reina

(A una joven hermana lega en el día
de su profesión).

Pues cantamos, Magdalena,
En un día tan hermoso,
La dulcísima cadena
Que te une a Jesús, tu esposo.

Oye la sabrosa historia
De una pastora, a quien ley
Tuvo un gran Rey, en su gloria,
Y de honor colmóla el Rey.

Mas, antes a ti, pastora,
Saludámoste en el suelo,
Porque el Rey, tu Dios, ahora
Te enaltece en el Carmelo.

—
Erase una pastorcita
Que, hilando, cuidó el rebaño,
Entre perfumes de flores,
Y entre gorjeos de pájaros.

Bellamente comprendía
El lenguaje regalado

De los árboles del bosque
Y de las flores del prado.
Todo era imagen viviente,
Todo la hablaba alto y claro
De Dios, cual letras de un libro,
Cual pinceladas de un cuadro.

Amaba a la Virgen Madre
Y a su Jesús adorado
Con unos amores hondos,
Con unos sentires altos.

Y en retorno la Señora
Del cielo, con su Hijo santo,
Ambos la amaban de modo,
Que así a decirla llegaron:

«—Melania,—dijo la Virgen
Cierta vez—¿quieres, acaso,
Junto a mi, y en mi Carmelo,
Seguir de cerca los pasos
De María Magdalena
Y buscar allí a tu Amado?...

«Oh, sí; deja la campiña,
Deja, niña, tu rebaño,
Cuida sólo en mi Montaña
Al Cordero Inmaculado».

—«Oh; ven a mí—repetía
Jesús,—y serás mi encanto;
Tú serás desde hoy mi esposa
Pues tus gracias me han prendado».

—
Por su dicha, la pastora
Oyó las voces de lo alto,

Y siguiendo a Nuestra Madre
Hasta el Carmelo ha llegado.

Y esa pastorcita, objeto
De aqueste breve relato,
No es otra que Magdalena
A quien así festejamos.

Eres tú, hermanita mía:
Tú, a quien Jesús ha encumbrado,
Por gracia, desde pastora
A reina de su amor santo.

Pues servir a Rey tan grande
Es reinar; El lo ha enseñado
Mil veces, cuando pasaba
Por aquí evangelizando:

«Si quieres ser el primero
Cerca de mi Padre amado,
Escóndete aquí en la tierra,
O sé el último aquí abajo».

¡Dichosa tú, Magdalena
Que tu escondite has buscado
En las rocas del Carmelo
Que está los cielos tocando!

Si como Marta y María,
Y a entrambas siempre imitando,
Sirves a Dios, tus promesas
Puedes decir que has guardado.

Si, a veces, el sufrimiento
Te brinda licor amargo,
Bebe el vaso de amargura
Pues Dios te endulzará el vaso.

Que cuando por Dios se sufre
En este destierro ingrato,
Aunque vaya sobre espinas,
Cree el alma que va volando.

Hoy envidia de tu dicha
Tienen los ángeles santos,
Porque te llamas la esposa
De su Señor adorado.

Quizá con ellos bien pronto
Eleves el vuelo rápido
Para reinar con tu Esposo
Donde estés siempre reinando...

—
¡Oh, sí, llegará la hora
De abandonar tu Carmelo
E irás a reinar, pastora,
Con tu Jesús en el cielo!





THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL: 773-936-3200
WWW.CHICAGO.EDU



Sor Teresa junto a la cruz en el patio del convento.

(De una fotografía sacada en Enero de 1889).

Mi dicha, ¡ay! fué seguida
De lágrimas y penas,
De cáliz de amargura
De tempestades recias.
La Cruz brindóme apoyo
Y ella fué en mi desierto la palmera.

(SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS).

Mis amores

(Compuesta a instancia de mi hermana Celina algunos meses después de haber entrado ésta en nuestro monasterio).

«Mi amado las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las insulas extrañas,
Los ríos senorosos,
El silbo de los aires amorosos.
La noche sosegada
En par de los levantes de la Aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora».

(San Juan de la Cruz).

De los días benditos de mi infancia,
¡Con qué placer el alma se recuerda!
El Señor vigiló por conservarme
La flor de mi inocencia.
A El toda me entregué; puse en sus manos
Mi amor, mi pequeñez y mis ternezas;
Mis labios murmuraron

La más dulce promesa
De escoger por esposo al Rey de reyes,
Para llamarme reina.
La Virgen, San José, son dos amores
De aquella primavera,
Que encantaban mis ojos al mirarlos
Tan cerca de mi amor, ¡siempre tan cerca!...

Yo amaba entonces todo
Cuanto el Amor creó sobre la tierra:
Gustaba ver los campos de las mieses
Con su llanura inmensa;
Amaba las borrosas lejanías
De colinas y cumbres y laderas;
Y qué placer tan grande
Qué dicha tan completa
Todo mi ser bañaba
Cuando iba por las vegas
Con mis hermanas recogiendo flores
De celestial esencia;
Mas, las flores mimadas eran siempre
Narcisos y violetas.
Los domingos... ¡Ay! qué bien me recuerdo
Del paseo por parques y praderas
Matizadas de lindas margaritas,
En tanto, que en las ramas, mil endechas
Cantaban los pintados pajarillos
Y los cielos lucían gala espléndida.

Uno de mis amores,
—Con él ¡qué feliz era!—
Fué siempre colocar mi zapatito
Sobre la chimenea
Por la Natividad, y en despertando,
Corría con presteza
Cantando villancicos
Y coplas de la Santa Noche-buena.

—
De mamá las sonrisas deliciosas
Y las miradas eran
Letras donde leía
Los pensamientos de ella:
«La eternidad me atrae;
Los cielos me extasían; ir quisiera
Volando a ver a Dios y a ver la Virgen
Y los hijos que tengo ya con ella
A Jesús le daré los corazones
De los que dejo aún sobre la tierra....»
Y así mamá fué al cielo
Dichosa por llevar tan rica ofrenda.

—
Un día Jesús-Hostia,
De mi vida en la alegre primavera,
Buscando esposa andaba
Cuando llamó a mi puerta.
Le abrí mi corazón; El se entró dentro,
Y no ha vuelto a salir desde esa fecha:
Desde el día en que hice
Mi comunión primera.

—

El recuerdo me trae el *belvedere*
Bañado de luz bella.
Mi padre allí de besos y caricias
Colmaba a su chicuela,
Mientras yo acariciaba
Su nívea y plateada cabellera.
¡Cuántas veces sentada en sus rodillas
Con mi hermana Teresa,
A entrambas nos mecía blandamente
Al dulce son de tiernas cantinelas!

—
¡Oh, recuerdo que vienes saturado
De sedativa esencia,
Y traes a mi memoria
La encantadora cena
De noches estivales
Con perfumes de trigo de las eras,
Con aromas de rosas y jazmines,
En tanto que menean
Los árboles sus copas
Y nos canta el jardín canciones nuevas!
Y cuando cesa el ruido
Con la noche callada, que amedrenta,
Entonces confundidas
Mi alma con el alma de Teresa,
Formando un corazón y una voz sola,
Nuestras manos, cual mágica cadena,
Enlazadas, cantábamos el cántico
De las nupciales fiestas,

Entre lirios y nardos del Carmelo,
Y olivos y palmeras.

Montañas de Suiza, hermoso cielo
De Italia, siempre bella;
Roma, el Pontífice Supremo,
Cuya vista penetra
Tan dentro de mi alma,
Que el recuerdo de dichas hoy me llena...
Yo besé del grandioso Coliseo
La ensangrentada arena;
Un cantar elevé en las Catacumbas
Donde cánticos de mártires resuenan.
Mi dicha ¡ay! fué seguida
De lágrimas y penas,
De cáliz de amargura,
De tempestades recias.
La Cruz brindóme apoyo
Y ella fué en mi desierto la palmera.
Gustábame ya luego
Que mis ayes el eco repitiera
Cuando huía del mundo, y en los valles
Cogía flores y dejaba penas.

Tenía mis consuelos
En oír las campanas de la Iglesia,
En sentir los suspiros de la brisa
Y el arrullo de tórtola hechicera.
La oscura golondrina
Con sus alas llevóme muchas penas;

Al par que con sus alas
El insecto que canta mientras siesta
Otras penas me hundía
Debajo de la tierra.

—
¡Con qué placer llegó la nueva aurora
Vertiendo nuevas perlas
Y cuajando la rosa de Bengala
Donde liban sus mieles las abejas!
Entonces me gustaba
Correr por la pradera
Ya recogiendo brezo,
Ya persiguiendo, inquieta,
Las mil mariposillas
Que en torno del helecho juguetean.
Y al extender la noche
Su manto de tinieblas,
Me encantaban las chispas relucientes
Del gusano de luz entre las hierbas;
Y mucho más las chispas
Del cielo tachonado con estrellas,
Y más la plateada
Luz de la luna que mi frente besa.

—
¡Mi padre! ¡Ay, como vibra
El alma a este recuerdo! Todo lo era
Mi padre para mí: mi amor, mi dicha
Mi luz y mi riqueza.
Abrazando con frecuencia a mi tesoro
Feliz era en la tierra.

Yo fui para él, en cambio,
Su apoyo y fortaleza
Cuando la ancianidad vino a robarle,
A fuerza de sufrir, todas sus fuerzas.

Sentados por las tardes
Los dos en soledad dulce y completa
Gozábamos los días borrascosos
Adorando al Señor en las tormentas;
Y más al escuchar, vuelta la calma,
Cantar al ruiseñor, allá en la selva.

Pero cierta mañana su mirada
Busca con ansia extrema
El Santo Crucifijo
Que está a su cabecera...
La hora de partir estaba próxima
Y, como rica prenda,
Me dió aquel Santo Cristo
Con la mirada de su amor, postrera.
La mano de Jesús robó a Celina
Aquel tesoro que la dió en la tierra
Y llevóle muy cerca de su Padre
Sentándole a su diestra...
Y aquí de sus amores
Me tiene prisionera;
Por siempre huí del bosque
Que me encantó en la tierra;
En ella todo muere;
Las dichas ¡ay! se alejan;
A mis pies caen marchitas de los árboles

Las hojas que se secan;
Agóstanse los nardos
Jazmines y violetas:
Jesús, ya sólo quiero
Correr por el verdor de tus praderas.

Como ciervo las fuentes de las aguas
Así mi ardiente sed hoy te desea;
El llanto de tus ojos calmar puede
Un alma que de amor está sedienta,
Tu amor, sólo tu amor ya me entrañiza;
«Mi rebaño dejé por la ladera
Y no he vuelto la vista
Para verle, ni me tomé esa pena
Desde el punto que hallé a aquel Corderillo
Que duerme y que sesteá
En medio de jazmines
Y lirios y azucenas .

Jesús es para mí, mi amor, mi todo;
Mi dicha de la tierra,
Mi ensueño de los cielos
Mi rey, mi flor, mi lirio y mi violeta.
El es el ramillete
De mirra que mi pecho siempre ostenta
Cuando voy de paseo por el bosque,
Por la verde alameda,
Por el campo de mieses perfumadas,
Por las calles de rosas y palmeras;
Lo mismo cuando llueve en la campiña,

Lo mismo cuando ruge la tormenta,
Que cuando las montañas
Con sus tocas de nieve ya blanquean.

—
En ti, Jesús, yo tengo
Cuanto sueña mi amor, cuanto desea;
Espigas y capullos,
Miosotis y azucenas,
La lira melodiosa,
La soledad sonora que me eleva,
Los ríos sonoros, la cascada
Que de altísimas rocas se despeña,
Murmuros de arroyuelos, ruiseñores
Que cantan en la selva.

—
En ti, Jesús, mi vida,
Descubro sin cesar nuevas bellezas;
Con tu gracia es más bello el arco-iris,
Más vasto el horizonte, más la vega
De verdura, que tiéndese a sus plantas
En perpetua y lujosa primavera,
Las ínsulas extrañas,
Lo mismo en noche quieta
Que en par de los levantes de la aurora,
Yo las veo más ricas y más bellas
Que nunca ojos humanos
De tal modo las vieran.
Un sol ardiente dora
Los penachos de altísimas palmeras
Las flores misteriosas,

Que crecen en las vírgenes florestas,
De formas las más varias,
De no sentida esencia,
Bañadas por regatos cristalinos
Que en medio de las flores juguetean,
En tanto que en los aires y en los nidos
Cantan las aves sin cesar endechas.

—
Y en ti, Jesús amado,
Veo de la paloma la pureza;
Y tus ojos sus gracias, al mirarme,
Me imprimen de manera,
Que, a través del sayal, yo me contemplo
Vestida como reina,
Con joyas y aderezos
Diamantes y diademas.
Gocémonos, amado,
Y vámonos al campo de azucenas,
Al lago silencioso, al solitario
Bosque, a la fuente chacharera,
Al Océano, a buscar entre las ondas
Coral y madre perla.

—
Qué grato es ver contigo
El ligero bajel cuando se aleja
Del puerto, y va dejando,
En pos de sí, en el mar, fugaz estela.
Qué bello es ver contigo
El surco de la playa en la aurea arena,
Cuando el rayo postrero

El sol manda a la tierra,
Y las nubes enciende y arrebola
Al esconderse entre ellas.
Qué dulce es ver contigo
En la noche serena
El velo que me oculta tantas glorias
Salpicado de puntos como estrellas.

Señor de tantos mundos;
Señor, que los sostienes y gobiernas,
Señor, que los fecundas
Y los pueblas de bosques y florestas,
Señor del alto cielo
Y de la baja tierra :
Doquiera yo te miro
Y tú me ves doquiera
Y me sigue solícita tu vista
Como esposo de cerca, siempre cerca.

Señor, que así me hieres
Con tú dorada flecha :
Tú eres mi único amor y ya no quiero
Amores de la tierra.
Los cielos ya me llaman,
Los cantos del querube me enajenan...
Que muera, Jesús mío
Y abrasada en tu amor que al punto muera.

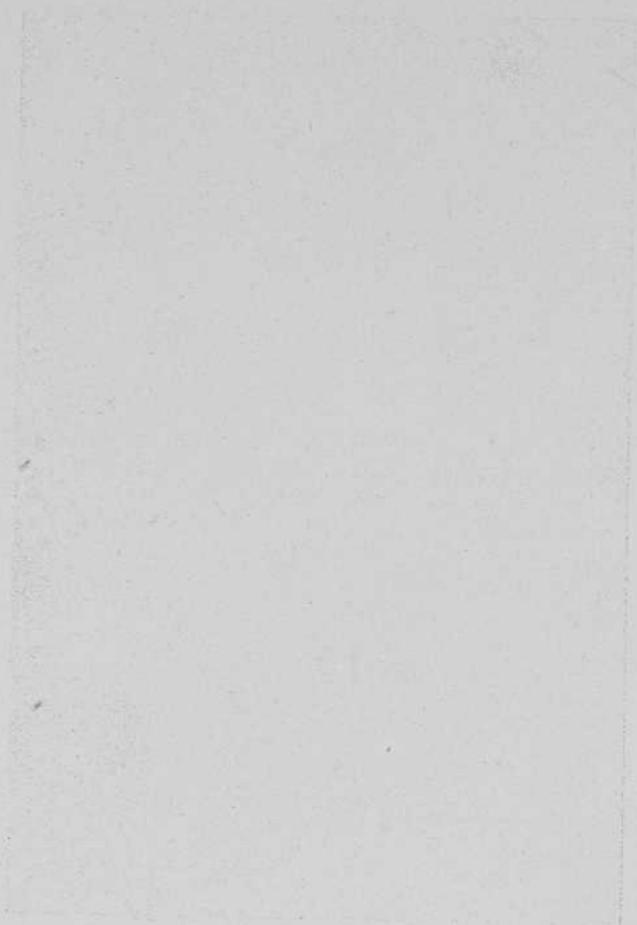
Ya escucho que me apreste
Para la eterna fiesta;

Pronta estoy, Jesús mío; de los sauces
Tomaré el arpa muda ;iré con ella
A Sión, a cantarte himnos eternos
 Con la milicia angélica.
 Y allí junto a tu Madre
Y los santos que tuve aquí en la tierra
 Y todos los del cielo...
Te diré mis amores cerca, cerca....



Recreaciones piadosas

Herbert Spencer





Sepulchro de Sor Teresita en Lisieux.

Fueron tus cortos días
Como canciones
Que llevaron al cielo
Los corazones.
Jesús divino
Flores brotar hacía
Por tu camino.

(SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS).

El divino pordiosero de Navidad

Aparece un Angel llevando al Niño Jesús en sus brazos
y canta:

En el nombre del Dios que adoro
Os tiendo la mano, hermanas;
Porque viniendo hecho niño
Mi Dios, hoy viene sin habla.

Y como el buen peregrino
Tan sólo en la tierra hoy halla
Indiferencia, por eso
A nuestro Carmelo llama.

Buscando viene cariño,
Pidiendo viene alabanzas;
Dádselas, pues, y en amores
Abrasará vuestras almas.

Pues quien llama a vuestras puertas
Y una limosna, por gracia
Os pide es el Verbo eterno
Que habita en eterno Alcázar.

Aproximaos sin miedo,
Y una por una a sus plantas
Venid todas a ofrecerle
Vuestro gozo y vuestras lágrimas.

Lo que el Infante divino
Desea, en pocas palabras
Os lo he dicho, mas yo quiero
Glosar sus místicas ansias.
Pues si demanda cariño
Y ricos dones demanda,
En cambio, en fuego de amores
Abrasará vuestras almas.

(El Angel, después de colocar al Niño en la cuna, presenta a la M. Priora y después a todas las carmelitas una canastilla llena de papeletas. Cada religiosa tomará una, al azar, y sin abrirla, se la entregará al Angel, quien la leerá en alta voz, para dar a conocer la limosna que pide el Santo Niño a cada religiosa).

UN TRONO DE ORO

Pues Jesús es tu tesoro,
Oye su ruego oportuno,
Hoy te pide un trono de oro,
Pues en Belén no hay ninguno.

El establo es como el pecho
Del pecador, do no hay cosa
Que le sirva de provecho
O Que la encuentre preciosa.

Salva a un alma; tráela al coro
Angélico con su lira:
Un alma es el trono de oro
Por el cual Jesús suspira.

UN POCO DE LECHE

Quien con sola su presencia
Alimenta al elegido,
Hoy reclama tu asistencia,
Pues Niño pobre ha nacido.

Símbolo de la pureza
Del alma es la blanca leche;
Dale un poco con terneza
Para que a ti te aproveche.

¡Oh, sí!, que tiene en el cielo
Un tesoro, y aun El mismo,
Vale más que todo el oro
Y es de ternura un abismo.

PAJARILLOS

¿Quieres, hermana, saber
Lo que ha de hacer sonreír
A Jesús, y le ha de hacer
Gozar mucho y divertir?...

Llévale con gran cariño
Pajarillos al portal,
Pues Jesús adora al niño
Y esa es su imagen cabal.

Ruégale desde el Carmelo
Por los niños, y El te abona
Que los niños en el cielo
Serán tu mejor corona.

UNA ESTRELLA

Cuando el cielo está sombrío,
De espesas nubes cubierto,
Se ve triste el Amor mío
Porque está sin luz su huerto.

Escucha tú su querella,
Pues viene a tu huerto a verte,
Porque luzcas como estrella
Con luz bella y esplendente.

Y esa luz, rasgando el velo,
Que encubre tantos amores,
Hasta las puertas del cielo
Guiará a los pecadores.

UNA LIRA

Escucha tú, mi pequeña,
Por lo que el Niño suspira
Con tu Corazón hoy sueña
Y lo quiere por su lira

De querubes en el cielo
Tiene coros a millares,
Mas, ha venido al Carmelo
A escuchar vuestros cantares.

Quiere oír la melodía
De esos cánticos de amor,
Que le cantáis noche y día
Desde el matinal albor.

ROSAS

Eres lirio embalsamado
Que encanta a la Virgen Madre;
Hoy te va a decir tu Amado
Algo que también te cuadre.

—«¡Ah! Si yo amo el blanco lirio,
Símbolo de la inocencia,
También me encanta el martirio
Con rosas de penitencia».

«Cuando más llanto derraman
Las almas, son más hermosas;
De almas que así lloran y aman
Quiero coger frescas rosas».—

UN VALLE

Como al levantarse, el sol
A la natura embellece,
Y dora con su arrebol
Todo valle que florece,
Así Jesús, Sol divino
Embellece cuanto dora
Con sus rayos de confino,
Desde que nace la aurora.

Procura tú, buena hermana,
Que Jesús despierta te halle
Al salir cada mañana
Por las puertas de tu valle.

SEGADORES

Allá, en apartada zona,
A pesar de escarcha y frío,
La mies se dora y sazona
Por gracia del Amor mío.

Mas, para cogerla luego
Hacen falta segadores,
Cuyo corazón de fuego
Sufra del sol los rigores.

Por eso, hermana, he venido
A buscarlos al Carmelo,
Pues sé que el Carmelo es nido
De apóstoles y de celo.

UN RACIMO DE UVAS (1)

Quisiera fruta aunque poca;
Un racimo de uvas de oro
Para refrescar la boca
De este Rey a quien adoro.

Grande es tu suerte, hermanita;
Jesús te trata con mimo.
¡Pronto su mano chiquita
Te exprimirá, cual racimo!

Y ya que a Jesús le plugo
Poner sus ojos en ti,
Dale a El tu rico jugo
Y celos y envidia a mí.

(1) Esta papeleta le tocó en suerte a Sor Teresa del Niño Jesús, y tres meses después, el Rey divino la hizo sentir su primer llamamiento.

UNA HOSTIA PEQUEÑA

Jesús, el divino infante,
Por darte su misma vida
Transforma en El, cada instante,
Una hostia bendecida.

Y con más amor, si cabe,
En El quiere transformarte,
Pues del cielo, ya se sabe,
Bajó para conquistarte.

También del cielo he bajado
Para decirte, hermanita,
Que si a ti viene tu amado,
Has de ser hostia bendita.

UNA SONRISA

No sabe el mundo el encanto
Que tiene tu amable Esposo,
Por eso vemos el llanto
Empañar su rostro hermoso.

Hermana, en tan grande pena
Consuélafe, date prisa;
A El le encanta y enajena
La más mínima sonrisa.

Mira: su boca preciosa
Te diz con suspiro largo,
Que tu sonrisa graciosa
Le calma su llanto amargo.

UN JUEGO

¿Quieres ser en el destierro
Un juego para tu hermano?...
Ponle, a través de tu encierro,
Tu corazón en su mano.
Ya te abraza, cariñoso,
Ya te aleje de su lado,
Agrada siempre a tu Esposo
Que tu dicha es darle agrado,
Adivina sus antojos
Y sus caprichos de niño,
Que ya pagarán sus ojos
Tanto desvelo y cariño.

UNA ALMOHADA

Se despierta al punto, sí,
Jesús, si duerme en la cuna,
¿Sabes porqué? Porque allí
No tiene almohada ninguna.
Noche y día ya desea
De consolarle su amada:
Pues bien, tu corazón sea
Su blanda y mullida almohada.
Sé siempre humilde y paciente
Y oirás su voz amorosa
Que te dice: «Dulcemente
Descanso en tu pecho, esposa.»

UNA FLOR

Con sus soplos heladores
El invierno ya está en marcha,
Y va cubriendo las flores
Con blanco manto de escarcha.

Mas *la flor del campo*, aquí
Hoy se despliega hechicera
Diciéndonos: «Soy de allí,
De la eternal primavera».

Oculto en la hierbecilla
Junto a la *Rosa sin par*,
Sé de Jesús florecilla
Que le recrée sin cesar.

UN PANECILLO

En tu petición diaria
A tu Padre Soberano
Le dices esta plegaria:
«Dadnos el pan cotidiano».

Este Dios, hoy sin sosiego,
Hambre sufre y tiene afán;
Escucha su humilde ruego:
«Dadme un pedazo de pan».

¡Oh, mi hermana, estad segura
Que otro pan Jesús no ansía
Que el amor del alma pura:
¡Es su pan de cada día!

UN ESPEJO

Todo niño con agrado
Se contempla en el espejo,
Y al que mira *al otro lado*
Le sonríe con gracejo.
Ven, hermanita, a la cueva
De Belén, y cual brillante
Espejo, tu almita nueva
Refleje al Verbo, hecho infante.
Que ese espejo esplendoroso
Reproduzca siempre así
La imagen de aquel Esposo
Que quiere mirarse en ti.

UN PALACIO

Viven los grandes señores
En palacios suntuosos,
Y los pobres moradores
Bajo tugurios ruinosos.
Por eso, en establo en ruinas
Vive el Pobre de Belén,
Velando glorias divinas
Por tu amor y por tu bien.
Ama y vive t  en pobreza,
Como el ave en el espacio
Y así tu alma a ser empieza
De Jesús rico palacio.

CORONA DE LIRIOS

Coronan los pecadores
A tu Jesús con espinas,
Porque no saben dar flores
Las negras almas mezquinas.
¡Ay! Que tu alma virginal
Le haga olvidar su dolor
Con esta corona real
De un Carmelo siempre en flor.
A tus hermanas invita
A su trono y El te abona
Que este coro Carmelita
Será su mejor corona.

BOMBONES

Hermana, los corazones
Infantiles dulces quieren;
Ven a llenar de bombones
Las manos que los prefieren.
Con su graciosa mirada
Te pide este Rey del cielo
La almendra garrapiñada
Que elabora tu Carmelo.
Pues con sacrificio tanto
Y con tanta austeridad
Formáis el mejor encanto
Del gran Dios de la humildad.

UNA CARICIA

A ti Jesús te demanda
Tus caricias con delicia,
¡Gran cosa el Amor te manda:
Sólo una tierna caricia!

Págale amor con amor
Y pronto sabrás, hermana,
Que en amor a tu Señor
Nadie le vence ni gana.

Cuando al trono soberano
Vengas con duelo y quebranto,
Jesús, con su dulce mano,
Secará tu amargo llanto.

UNA CUNA

Hay almas,—cosa es notoria,—
Que quieren con mil amores
Que Jesús, Rey de la gloria,
Las colme de sus favores.

Mas, cuando se duerme el Niño
O cuando se esconde el Rey,
¡Adiós servicio y cariño!
¡Adiós fe de buena ley!

Si quieres, sin duda alguna,
Agradar siempre a tu Esposo,
Que tu corazón sea cuna
Donde halle amor, fe y reposo.

PAÑALES

Jesús te muestra sus pajas
Con sus dedos celestiales:
Hazle, hermana, ricas fajas
Y blanquísimos pañales.

Si excusas a tus hermanas
Y las cubres sus faltillas,
La Santa cuna engalanas
Con flecos y con puntillas.

Pues sus ojos celestiales,
—Dicho sea en puridad—
Gustan de pobres pañales
Con flecos de caridad.

LLAMAS DE FUEGO

Jesús, foco celestial
De espíritus abrasados
Hoy tiritita en el portal
Por causa de los pecados.

Los ángeles con amor
Al pesebre vuelan luego
Para envolver al Señor
Con llamaradas de fuego.

Hermanita, ya que le amas,
Por aliviar sus dolores,
Envuelve en rojizas llamas
A todos los pecadores.

UNA TORTA

Para ninguno es misterio
Que a todo niño le agrada,
Más que el trono de un imperio
Una torta almibarada.

Si quieres ver la alegría
En labios de Jesús Niño
Dale una torta este día
Y ganarás su cariño.

Mas, ¿quieres con insistencia
Saber la torta que El quiere? ...
La de la Santa Obediencia
Es la marca que prefiere.

MIEL

A los primeros albores
De la espléndida mañana,
La abeja, libando flores,
Por los prados vuela ufana.

Lo mismo, tú, hermana mía,
Libando las flores ven
Un día en pos de otro día
A la cueva de Belén.

Y allí, a los pies de tu amor,
Ve depositando miel:
Esa miel de tu fervor,
Para el divino Emmanuel.

UN CORDERILLO

Por agradar al Cordero
Sin mancilla, da de mano
A lo que es precedero
Y vuela como humo vano.
Pon, hermana, grande empeño
En servir sólo a este Niño,
Si sueñas, El sea tu ensueño,
Si quieres, El tu cariño.
Y así la Virgen María,
Junto a su tierno infantillo,
Ha de ser con alegría
Otro blanco *corderillo*.

El Angel, después de tomar de nuevo al Niño Jesús en sus brazos, dice o canta lo siguiente:

Gracias os da Jesús-Niño
Por vuestros preciosos dones,
En el Libro de la Vida
Los pondrá con vuestros nombres.
El tiene en este Carmelo,
Con sus delicias mejores,
Su jardín para recreo
Puesto en vuestros corazones.
Para pagar sacrificios,
Que por su amor dan mil brotes
De gracias, tiene una gloria
Con santos y eternos goces.

Si hasta el fin le fuereis fieles
Al Amor de los amores,
El os dará alas que os alcen
A las eternas regiones.

Y al divino Pordiosero
De esta memorable noche
Le veréis junto a su Madre,
Rodeado de sus pobres.



Los ángeles junto a la cuna

(Fragmento)

EL ANGEL DEL NIÑO JESUS

¡Verbo de Dios, que en el cielo
Yo te contemplé a la diestra
De tu Padre, y débil Niño
Hoy te venero en la tierra!

Niño, que de luz inundas
A las milicias angélicas;
¿Quién, de tus hondos amores,
Comprenderá las grandezas?

¡Oh, Dios, que al verte en pañales
Los ángeles se embelesan!
¡Verbo hecho carne, a tus plantas
Mi espíritu todo tiembla!

¿Quién tal misterio concibe,
Que el Omnipotente venga,
Como el pobre desterrado
A sufrir triste condena!

Responder a tu amor quiero,
Buen Jesús, beldad suprema,
Vigilando noche y día
Junto a tu cuna hechicera.

A los ángeles atrae
De tus fajas la pureza,
Por eso, Niño, a tu cuna
Me inclino con reverencia.

Desde que el valle de lágrimas
Al Rey de la gloria encierra,
No tiene para mi el cielo
El encanto que quisiera.

Y vuelo aquí para hacerte
Sombra con mis alas bellas,
Y para alfombrar de flores
Y perfumar tu carrera.

Quisiera hacerte una cuna
Con la más brillante estrella,
Y unas cortinas de encaje
Con nieve que te rodea.

Las cumbres de las montañas
Allanarlas yo quisiera
A tu paso, y que las flores
Brotasen en tu presencia.

Es la flor una sonrisa
Del creador a la tierra;
Es un eco de los cielos,
Sonido de lira eterna.

Esta nota melodiosa,
Que en el Universo ondea,
Quiere dar gloria a los cielos
Como da encanto a la tierra.

¡Oh, armonía de las flores,
Que en hondo misterio envueltas,

Cuando parece que callan
Cantan de Dios las grandezas!

Sé que Jesús es amigo
De vivientes flores bellas
Y que viene a buscar almas
Desde las altas praderas.

Cada alma es flor olorosa
Que, con su mano pequeña,
El sembró, y que sangre y vida
Diera mil veces por ella.

¡Oh, recóndito misterio!
Al recoger su cosecha
De flores, Jesús derrama
Perlas de llanto sobre ellas.

EL ANGEL DE LA SANTA FAZ

En la mañana de tu hermosa vida,
Dulcísimo Jesús, bañada en llanto,
Nos muestras ya tu Faz enrojecida
Con la sangre y marchita de quebranto.

Divina Faz, en tanto
Tu célica beldad,
Bañada por el llanto,
Borra tu claridad.

—
Bajo el velo rojizo del semblante
Diviso tu atractivo soberano,
Y en tu imagen purísima de infante
Veo la huella de nefanda mano.

Y tanto el padecer tu mente embarga,
Que leyendo el oscuro porvenir,
Bebes la copa de la pena amarga
Y abrazas ya la Cruz hasta morir.

¡Oh, qué sueño inefable,
Mi Dios y mi Señor!
En tu Faz adorable
Me abraso yo de amor.

EL ANGEL DE LA RESURRECCION

No lloréis, ángeles santos,
Pues yo vengo a consolar
A los espíritus tristes
Con promesa celestial.

Este Infante tembloroso,
Fuerte y pujante será,
Resucitando algún día,
Y reinando sin cesar.

¡Oh, Dios, que tu gloria ocultas
Entre el débil suspirar
De un Niño, yo te contemplo
Rey en carroza triunfal.

Yo removeré la piedra
De tu sepulcro, y allá,
Viendo tus rayos de gloria
¡Qué *alleluja* he de cantar!

Hoy brillan tus resplandores
Entre lágrimas, no más,
Pero tu Verbo de fuego
Brillará en la eternidad.

EL ANGEL DE LA EUCARISTIA

Contempla, hermano, contempla
A Cristo resucitando
Mientras yo voy a adorarle
Reverente en el Sagrario.

En la Santa Eucaristía
Yo le reconozco y le amo,
Y más humilde y pequeño
Está allí que en el establo.

Voy a escoger por morada
Un rincón del Santuario;
Desde allí, al son de mi lira,
Le cantaré dulces cánticos.

Y mientras a los acordes
De mi lira rezo y canto,
Bajará el Maná del cielo,
Cual rocío de lo alto.

Quien lo guste, gusta vida,
Quien lo toque se hará santo,
El da calor a los tibios,
El da fuerzas a los flacos.

¡Oh, si de este Pan pudiera
Comer yo, por un milagro!
¡Oh, si gustara esa sangre
Que, brota al pie del Sagrario!

Al menos, voy, en las almas
A infundir el fuego sacro,
Para que envuelvan en llamas
El trono del Tabernáculo.

EL ANGEL DEL JUICIO FINAL

Bien pronto pasará este mundo impuro
Por el crisol del fuego y de las llamas
Y los hombres oirán la gran sentencia
De labios del Señor de las venganzas.

Y veremos la lumbre de su gloria
Sin la envoltura de velos ni de fajas
Y nosotros, los ángeles, cantando,
Doquier proclamaremos su pujanza.

Sus ojos, hoy velados, por el llanto
Chispas han de lanzar, no ya miradas,
Y esta Faz adorable, hoy tan humilde,
Ardiendo en ira, clamará venganza.

El cetro de la Cruz entre sus manos
Y a sus pies una nube echando llamas,
Al impío dirán cuánta es su cólera
Y cuánto el amor fué con que le amaba.

Temblad, pues, moradores de la tierra;
Al recuerdo temblad de esa jornada,
Que no podréis allí calmar las iras
De este Dios del Amor, hoy tan en calma.

Por vosotros elige los trabajos
Y en cambio el corazón sólo reclama:
Dádselo ahora, porque el día del Juicio
Lo encontréis en sus manos soberanas.

Todos los ángeles, excepto el del Juicio final, cantan o recitan:

Dígnate escuchar el ruego
De tus ángeles, Señor:

Tú, que a rescatar viniste
Al humano corazón.
Rompe la espada... apacigua
De este ángel tuyo el rigor;
Niño, salva a los humildes
Al acento de tu voz.

EL NIÑO JESUS

Consolaos, fieles ángeles,
Y oid mi acento divino
Por primera vez, vosotros,
Que en pos de mi habéis venido
Dejando los altos cielos
Con sus goces infinitos.

Os amo, espíritus buenos,
Y siempre os tengo conmigo;
Pero también a las almas,
Que en el destierro han gemido
Por siglos y siglos, quiero
Darlas, al fin, un alivio.

Yo las crié de la *nada*,
Las dí un hálito infinito
Y la más pequeña de ellas
Que exhale por mí un suspiro,
Es para mí mansión santa,
Mi delicia y paraíso.

El *Angel del Niño Jesús* ruega que recoja en la tierra una abundante cosecha de almas inocentes, antes que sean empañadas con el hálito impuro del pecado.

RESPUESTA DEL NIÑO JESUS

Angel bello de mi infancia,
Yo oiré tus ardientes votos
Y guardaré la inocencia
De esos niños, mi tesoro.

En la aurora de la vida,
Hoy, que son frescos pimpollos,
Junto a mi pecho sagrado,
Verás cuál salen de hermosos.

Sus plateadas corolas
Puestas con arte armonioso
Formarán la vía lactea
En el azulado globo.

Lirios quiero por guirnalda,
Yo que los lirios coloro,
Y con un ramo de lirios
Tengo de formar mi trono

El *Angel de la Santa Faz* pide el perdón para los pecadores.

RESPUESTA DEL NIÑO JESUS

A ti que mi Faz contemplas
Con indecible alborozo,
Y que abandonaste el cielo
Para mirarte en mi rostro,
Escucharé las plegarias
Que presentas humildoso
Y al que invocare mi nombre
Le haré abrir sus ciegos ojos.

Y, pues mi Cruz y dolores
Veneras tú, ángel hermoso,
Yo te daré por hermanos
Los que sufren abandono.
Y en el cielo las heridas
Y los sufrimientos hondos
Serán otros tantos rayos
Que nimben los bellos rostros.

El *Ángel de la Eucaristía* desea saber lo que puede hacer
para consolarle por las ingratitudes de los hombres.

RESPUESTA DEL NIÑO JESUS

Ángel de la Eucaristía,
Tus ofrecimientos oigo;
Deseo que me consueles
Con tus cantos melodiosos.
Tengo sed de darme al hombre;
Sed de entregarme ya todo;
Atráeme los corazones
Al altar en donde moro.
Quiero que los sacerdotes
Se parezcan a vosotros;
Y cual vosotros llegaran
Al altar propiciatorio.
Para obrar estos milagros,
Almas ardientes imploro,
Que ante el Sagrario se inmolan
Noche y día sin reposo.

El *Angel de la Resurrección* pregunta qué será de los pobres desterrados cuando el Salvador suba a los cielos.

RESPUESTA DEL NIÑO JESUS

Cuando a la diestra del Padre
 Ascienda lo atraeré todo
 Hacia mí, y los desterrados
 En mí tendrán dicha y gozo.
 Y cuando suene la hora
 Postrera, un aprisco sólo
 Y un Pastor habrá, y de lumbre
 Vendré yo a inundarlo todo.

EL ANGEL DEL JUICIO FINAL

¿Y te olvidas, Jesús bueno,
 De aplicar castigo al dolo,
 A la iniquidad triunfante
 Y a tanto fraude ominoso?...
 Yo descargaré algún día
 Mis contenidos enojos
 Sobre el culpable, y mi espada
 Te vengará, Rey piadoso.

EL NIÑO JESUS

Mete la espada en la vaina,
 Angel santo, y ese arrojo
 Mitiga. Soy Mensajero
 De paz, y paz ambiciono.
 Yo vendré a juzgar el mundo,

Y el mundo, de polo a polo,
Oirá mi voz aquel día
Con espanto y con asombro.
Hoy busco los pecadores,
Hoy salvarlos quiero a todos
Con la sangre de mis venas,
Con el sudor de mi rostro.

Y ¿no sabes ángel mío,
Que encontraré almas muy pronto
Compañeras de mis penas
Y mi sufrir angustioso?
Así volveré a mi Padre
Con más cortejo glorioso,
Pues bebiendo de mi cáliz
Se asentarán en mi trono.

EL ANGEL DEL JUICIO FINAL

A tus plantas, Niño mío,
Mi justo furor depongo,
Y ese amor que al hombre tienes
Admiro y contemplo atónito.

Quisiera morir clavado
En un madero afrentoso,
Si es que morir yo pudiera
Clavado junto al que adoro.

Coro final, cantado o recitado por todos los ángeles.

¡Qué dicha la de los hombres!
¡Qué dicha la de ellos solos!
¡Hoy quisiéramos ser niños,
Hoy quisiéramos nosotros!

La Huida a Egipto

(Fragmento)

EL ANGEL A SAN JOSE

Despierta y marcha al Egipto,
Emprende, José, la fuga,
En la noche silenciosa,
Entre tinieblas oscuras.

A Jesús, recién nacido,
Herodes airado busca,
Para quitarle la vida,
Según lo muestra su furia.

Toma al Niño y a su Madre,
Y emprende al punto la fuga
Y yo seré en tu camino
Y el cielo nos preste ayuda.

Cántico de los ángeles que acompañan a la Sagrada Familia:

Huyendo de un mortal mísero,
Huyendo va el Rey del cielo,

Y por ser más desterrado
Camino va del destierro
Nosotros,—milicia angélica—
Sigámosle con denuedo,
Formando, a veces, su coro,
Siendo siempre su cortejo.

Cubrámosle con las alas,
Rico pabellón haciendo;
Y su espinosa carrera
De violetas alfombremos.

Cuando en la verde enramada
Jesús duerma, meceremos
Los árboles, mientras duren
Sus dulcísimos ensueños.

Por consolar a su Madre
En tan penoso destierro,
Cantaremos del Dios-Niño
Las gracias y los misterios.

Mas ¡ah! de Sión huyamos;
Huyamos lejos, muy lejos,
A favor de las tinieblas,
Y a merced de ese lucero
Que la Virgen Santa esconde
Bajo su tupido velo

Huyendo de un mortal mísero,
Huyendo va el Rey del cielo:
Vamos en pos de su huella
Caminito del desierto.

EL ANGEL DEL DESIERTO

Cantar quiero las gracias escondidas
De la Santa Familia en el Desierto;
Por gozar de esta gloria de la tierra
He dejado la gloria de los cielos.

Jesús viene a habitar entre los hombres
Y los hombres le arrojan al destierro,
Y errando en estas tristes soledades
Es, para los que pasan, un viajero.

Si los reyes y grandes de la tierra
Rechazan, buen Jesús, tu dulce imperio,
Corazones existen que demandan
Vivir bajo el dominio de tu cetro.

Repartiendo doquier gracia y favores
Vas, Señor de los grandes y pequeños;
Los humildes serán los preferidos,
Pues su nombre has escrito ya en los cielos.

Si das sabiduría al ignorante
Y al humilde prudencia, luz y acierto
Es que a tu imagen lo creaste todo
Y esperas al culpable como al bueno.

Un día llegará, y en verde prado
Junto al fiero león irá el cordero
Triscando; y tu Nombre, entre rugidos,
Escucharán las palmas del desierto.

Y aunque te ocultes en los yermos tristes,
Porque te ocultas en los tristes yermos,
Tus huellas seguirán legiones de almas,
Que van, por verte a ti, del mundo huyendo.

Y así se poblarán las soledades
De inflamados espíritus de fuego,
Que cantando al Amor de los amores
Harán estremecer al hondo averno.

En su furor, Satán hará la guerra
A los que en santa soledad viviendo
Pasan la vida, por el Cristo, oculta;
Viven la vida, para el mundo, muertos.

Pero la Virgen del Señor, armada
De fortaleza, vencerá al Soberbio
Que, al rebelarse contra Dios, vencido
Tasca la brida de su mal eterno.

Mientras la Esposa de Jesús, más fuerte
Es a la sombra del Madero excelso,
Y unida al Redentor, hoy desafía
De Satán el poder y el valimiento.

Mas, ¡quién sabe! quizá os arroje un día
Fuera del claustro y de la celda lejos;
Entonces, cual Jesús, id por la senda
Pisando espinas y mirando al cielo.

Tal vez el odio de ese mundo impuro,
¡Oh, Vírgenes, esposas del Cordero!
Teñir pretenda en sangre vuestro manto,
Manchar vuestro sayal quiera en el cieno.

¡Oh, mundo ingrato, ya tu imperio expira!
¿No ves como el Dios-Niño va cogiendo
La palma del martirio, la azucena,
La rosa y el laurel, la cruz y el cetro?...

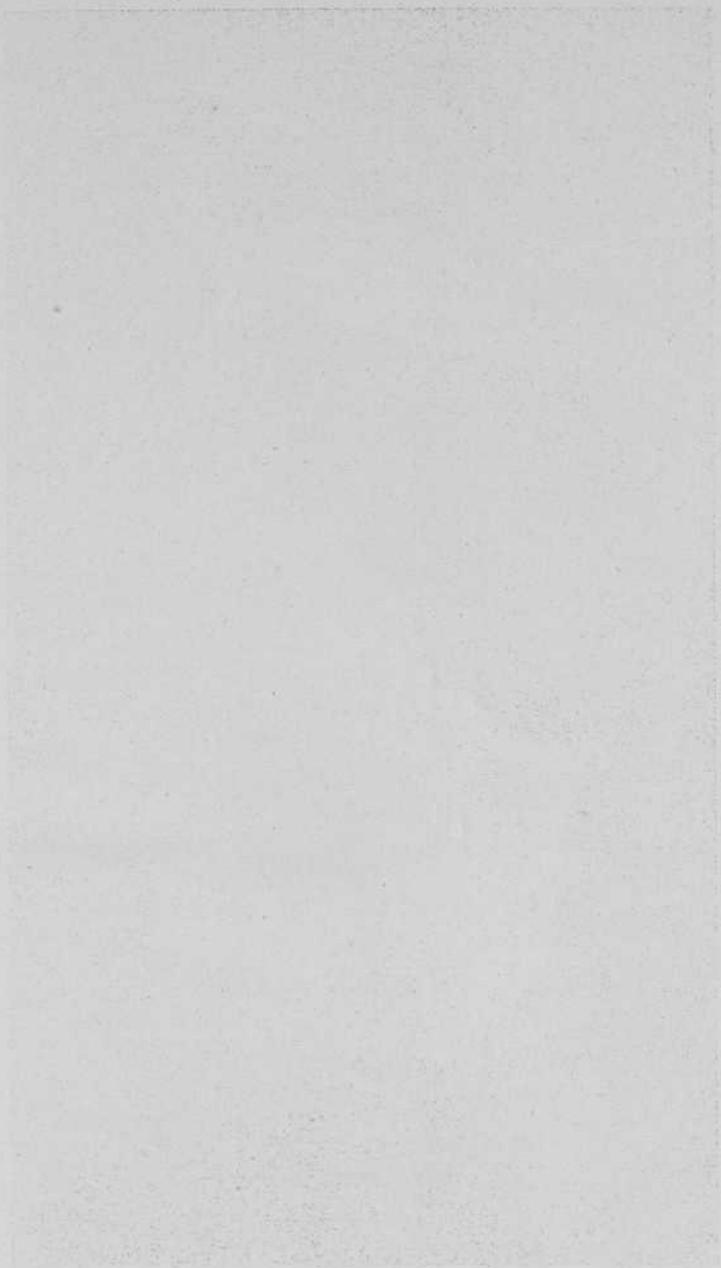
No ves que están las vírgenes prudentes
Vigilando y con lámparas ardiendo

Por si viene el Esposo, por si llama,
Por si llega a la puerta con misterio.

Dichoso instante aquel, cuando aparezca
En gloria y majestad Jesús envuelto,
Y llame a sus esposas a las nupcias,
Y al convidado a su banquete espléndido.

Después de este desierto de trabajos
Reinaréis con quietud, paz y sosiego;
Vuestra Fe y Esperanza aquí dejando,
En alas del Amor iréis al cielo.





THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637



Los cielos ya me llaman,
Los cantos del querube me enajenan...
Que muera, Jesús mío,
Y abrasada en tu amor que al punto muera.
(SOR TERESA DEL NIÑO JESÚS).

Jesús en Betania

MARIA MAGDALENA

Mi Dios y mi Maestro,
Jesús, mi único amor;
Vivir a tus pies quiero,
E ir siempre de ti en pos.
En vano aquí en la tierra
La dicha busco yo,
Pues de tristeza siempre
Me llena el corazón.

JESUS

A mis pies, Magdalena,
Te miro con amor,
Y ya calmar anhelo
Tus penas y aflicción.
En adelante, vive
Por mí, y en cambio yo
Por ti sufriré afrentas,
Cruz y desolación.

MAGDALENA

¡Qué amor tan grande el vuestro,
Mi Rey, mi Padre y Dios:

Hoy renacer quisiera,
O fallecer de amor.

Vos comprendéis la pena
Que tengo, porque Vos
Por mí sufráis martirios,
Por mí paséis dolor.

JESUS

¡Oh, cierto que he sufrido
Por ese corazón;
Mas, ya cambiarlo pude
Con un soplo de amor.
A tu alma llamé un día
Y ella escuchó mi voz,
Y me alabará siempre
En la eternal mansión.

MAGDALENA

Jesús, si tu amor hace
Saltar mi corazón,
Tanta bondad conmigo
Aumenta mi dolor.
Yo ignoré tus encantos,
Tu gracia ignoré yo;
Con lágrimas ya lloro
Mi ignorancia y error.

JESUS

Pues lágrimas yo quiero
De amarga contrición,

Que brillan como perlas
Bañadas por el sol.
Y más que las estrellas
De más vivo fulgor
Estimo yo un amante
Y humilde corazón.

MAGDALENA

¡Dulcísimo misterio!
Mas, dime, mi Señor:
¿No hay nada aquí que encante
Tu hermoso corazón?
¿Ni el blanco corderillo,
Ni la variada flor,
Ni la feraz campiña
Dorada por el sol?

JESUS

¿Ves tu la flor que estalla
Rompiendo su botón?...
Yo, para mí prefiero
La rosa de tu amor.
Esta encendida rosa
Me roba el corazón:
Ella es mi preferida,
Mi deseada flor

MAGDALENA

Canta el ave tus glorias
Con argentina voz;

El arroyuelo manso
Te ofrece su frescor;
El lirio su blancura,
Sus rayos de oro el sol,
La tórtola sus quejas
Y mis amores yo.

JESUS

Allá, en toda su gloria,
El sabio Salomón,
Sobre su trono ebúrneo
Lleno de resplandor,
No pudo hacer un lirio,
Ni un triste girasol
Ni matizar las flores
Cual las matizo yo.

MAGDALENA

El virginal cortejo
Os ofrece, Señor,
Su manto como nieve,
Al matinal albor.
Mas, yo... ¡Sólo el ocaso
Os puedo ofrecer yo,
De una vida agostada
Por el mundano sol.

JESUS

Si yo amo de la aurora
El plácido fulgor,

Más amo todavía
Una puesta de sol,
Por mi bondad suprema
Daré en mi corazón
Asilo al inocente
Y al pobre pecador.

MAGDALENA

Señor, ¿no tenéis ángeles
De fuego abrasador,
Para que de ascuas de oro
Os formen la mansión?
Yo, pobre pecadora,
¿Qué puedo hacer por Vos
Para que dignamente
Estéis aquí, Señor?

JESUS

Más alta que los ángeles
Tendrás tu habitación
Y cantarán sus liras
Tus glorias y tu amor.
Mientras sobre la tierra
Viva tu corazón,
Quiero que con tu ejemplo
Salves al pecador.

MAGDALENA

Ya siento en mis entrañas
Fuego devorador,

Fuego, que crece y crece
Al eco de tu voz.
Mas, para ser apóstol,
Me falta corazón
Préstame el tuyo, amado,
Préstame el tuyo, amor.

MARTA (*entrando*)

Mirad, Maestro, a mi hermana
Qué quieta está y qué feliz,
Y sola con mi trabajo
Me deja en la sala a mí.
Decidla Vos que me ayude:
Para que entrambas, al fin
Podamos servirlos presto
Como os debemos servir.

JESUS

Marta, Marta, muy solícita
Andas de aquí para allí;
Con gran caridad me sirves,
Y también tu eres feliz.
Mas, ¿porqué a tu hermana tachas
Y la criticas así,
Sabiendo que en escucharme
Encuentra gozos sin fin?

MARTA

Señor, lo que a mí me extraña
Es que teniéndooos aquí

Y amándoos como ella os ama,
Sin cesarlo de decir,
No os haga ningún regalo,
Ni os ofrezca aguamanil,
Ni en vuestro obsequio siquiera
Me venga a ayudar a mí.

JESUS

¡Oh, María, ten entendido
Que estoy contento de ti,
Pero el amor de María
Prefiero al amor servil.

MARTA

Vuestras palabras, Señor,
Y vuestro oculto sentir
Encierran hondo misterio
Que no se me alcanza a mí.
Porque a comprender no acierto
Que sea, como decís,
Mejor que el trabajo rudo
El orar horas sin fin.

JESUS

El trabajo es necesario,
Yo lo vine a bendecir;
Mas, por la oración se debe
Hacerlo llegar a mí.

MARTA

Yo pensaba, Señor mío,
Que viviendo ociosa aquí,
Jamás pudiera agradaros,
Ni os pudiera bien servir.
Por esto, adorable huésped,
La ocupación escogí
De preparar los manjares
De vuestro frugal festín.

JESUS

Que eres alma noble y buena
Bien lo demuestras así;
Mas, ¿sabes el alimento
Que me puede hacer feliz?

Una cosa es necesaria:
Una cosa sola, al fin,
Y la ha escogido tu hermana:
¡Y es el Amor hacia mi!

Esta es la parte mejor
Que existe en el mundo. Di,
¿No quieres con Magdalena
Esta vida convivir?

MARTA

¡Oh, Jesús! ¡Oh, bondad suma!
Ya el misterio comprendí,
Encerrado en las palabras
Que me hubisteis de decir.

Todos mis dones son nada;
Lo que con amor pedís
Es mi corazón, ¡el mío!
Pues, helo, Señor, aquí,

JESUS

Sí, Marta; para buscar
Tu corazón descendí
De los cielos, y con él
A los cielos he de ir.

MARTA

Y ¿porqué de Magdalena,
Tal elogio hiciste allí,
Ante el Simón el leproso,
Después de aquel gran festín?...
Me parece que en la vida
De mi hermana, he de decir
Que hay más días de borrasca
Que días de un bello abril.

JESUS

Sí, Marta, pero tu hermana
Me supo encantar allí
Y... «yo la perdono mucho
Porque mucho me ama a mí».

MARTA

Mayor es mi admiración
Al oír lo que decís,

Pues que yo desde mi infancia
Mi inocencia os ofrecí.

JESUS

Cierto, que las almas puras
Son mi espléndido jardín,
Y allí tengo mis delicias,
Y mis amores allí.

Por tu pureza, a mis ojos,
Fuiste, Marta, mi pensil;
Por su humildad, Magdalena
Es la flor que yo escogí.

MARTA

¡Ah, Señor, para agradaros,
Diré adiós al mundo vil
Y a sus efímeras glorias
Y a cuanto busqué hasta aquí.
Quiero, imitando a María,
Ya mis pupilas hundir
En esas hondas miradas
Que me andan buscando a mí.

JESUS

Así irás a salvar almas
De un confín a otro confín,
Pues la antorcha de la fe
Por el mundo harás lucir.

MARTA Y MARIA

¡Cuán grato, dulce Maestro
Nos es vuestra voz oír;
Vivid, Señor, con nosotras;
No os vayáis, Señor, de aquí.

JESUS

Yo soy feliz en Betania:
Vuestro amor me hace feliz,
Que Dios, mi Padre, en la gloria
Premie lo que hacéis por mí.

Ya comprendéis el misterio
Que me ha obligado a venir
A la tierra: «Salvar almas»,
Este es mi anhelo y mi fin.

Quiero, mi dicha y mi gloria
Con vosotras compartir;
Y me llamaréis «Esposo»,
Y en verdad lo seré allí.

Y pues aquí procurasteis
Con gran caridad servir
Al Maestro, allá en el cielo
Os dará eterno festín.



La pastora de Domrèmy

(Fragmentos)

(Juana de Arco, oyendo voces celestiales).

Yo, pobre pastorcita,
Adoro mi rebaño,
Gusto de hilar en huso
Y estimo mi cayado.

La soledad del bosque
Es mi mayor encanto;
Me complazco en decirle
Secretos de quien amo.

Allí tejo guirnaldas
Con flores de los campos
Para la Santa Virgen,
Al son de dulces cánticos.

Me encanta la natura,
Las flores y los pájaros
Y el límpido arroyuelo
Con su murmurio blando.

Los valles y campiñas
En verlos me complazco;
Las cumbres de los montes
Me acercan al Dios alto.

Oigo que extrañas voces
Dicen mi nombre claro...
Tal pienso que hablar deben
Los querubines santos.

Mirando hacia los cielos,
Pregunto al vasto espacio;
De seres misteriosos
No veo ningún trazo.

¡Ay de mí! que no puedo
Volar alto muy alto,
Y franquear las nubes
Que deben ocultármelos.

SANTA CATALINA Y SANTA MARGARITA

Tierna niña, nuestra dulce compañera,
Tu voz pura ya los cielos penetró;
Tu Custodio, que es guardián de tus secretos,
Ya tus votos al Eterno presentó.

Descendemos de su augusto y santo imperio,
Do reinamos, porque tal es su bondad,
Descendemos, cual divinas mensajeras,
A decirte su divina voluntad.

Partir debes a salvar tu noble patria,
Partir debes a salvar su fe y honor;
Jesucristo con su Madre Inmaculada
Armar quieren hoy tu brazo de valor.

Pastorcita, secar debes ese llanto;
Hoy el cielo te ilumina con su luz;
Está escrito que el sufrir tiene su encanto,
Y en el cielo cantan todos a la Cruz.

Con canciones semejantes se templaron
Muchas almas que volaron a morir;
Con canciones semejantes tú prepara
Ese pecho que por Dios va a combatir.

Para el alma santa y fiel, acá en la tierra,
En la cruz está la gloria, amor y luz;
Y en el cielo no habrá cetro tan glorioso
Como el cetro empurpurado de la Cruz.

SAN MIGUEL

Yo soy Miguel, Custodio de la Francia,
Gran general del reino del Señor,
Mi potestad llegando hasta el Averno
Allí a Luzbel por siempre encarceló.

Tiempos atrás, envuelto en alma lumbre,
Quiso poner su trono sobre el sol;
Yo enfrente de él, alcé pendón de guerra
Y exclamé así: «Satán, ¿quién como Dios?».

Entonces ¡ay! las iras vengadoras
Del Inmortal abismos van a abrir,
Y Lucifer cayó allí como piedra
Y no tendrá jamás perdón allí.

Orgullo vil le hundió en el negro abismo,
Orgullo fué lo que acabó con él;
Quiso después hacer caer al hombre
De orgullo vil, como él vino a caer.

Y fué Jesús, el Verbo, igual al Padre,
Quien se vistió de nuestra humanidad
Y restauró la creación entera
Con el pavés de amor y de humildad.

Este Señor salvar quiere a la Francia,
Mas, no a merced de un gran conquistador;
Pues despreció para esto al orgulloso
Y puso en ti sus ojos el Señor.

Prepárate, pastora de Domrémy,
Y parte ya, por Dios, a combatir;
Deja el frescor del bosque y la pradera
Y el recental y el valle y el redil.

Armame ya y vuela y salva a Francia:
Peligros mil desprecia con valor,
Pues te daré valor y fortaleza
Para arrojar de aquí al usurpador.

La espada ten, y llévala a la guerra,
Que tiempos ha Dios la guardó por ti,
Toma el pendón,—bandera inmaculada—
Y ve ante el Rey, pues Dios lo manda así.

JUANA SOLA

Por Vos sólo, Señor mío, dejaré a mi pobre padre
Y mi pueblo tan querido con su bello campanario,
Por Vos partiré a la guerra, renunciando mis amores;
Y en lugar de mis corderos, guiaré cuerpos armados.

Yo os ofrezco mis alegres diez y ocho primaveras;
Sacrifico mis caprichos, mi zurrón y mi cayado.
Y en lugar de coger flores en praderas verdeantes
Cogeré la aguda espada, recia malla y férreo casco.

Mi voz débil, que ahora envuelvo con el soplo de la
[brisa,
Por los campos de batalla se oirá luego resonando;
Y ¡ay! en vez de despertarme la campana de oraciones

Vendrán choques y estampidos a turbar mi sueño es-
[caso.

Mándame, Señor, las cruces donde yo me sacrifique,
Mándame a sufrir martirios, pronta estoy a tus manda-
[tos.

Pues el cáliz de amargura será siempre las delicias
De quien sufre y de quien muere por amor del Dios
[amado.

SAN MIGUEL

Tiempo es de marchar, pastora;
El Señor Te quiere armar.
No temas morir ahora
Que El te vendrá a coronar.

SANTA MARGARITA

¡Oh, tierna niña,
Tú reinarás!

SANTA CATALINA

Tú al Corderillo
Le seguirás,
Las dos:—Como nosotras
Has de elevar
Al Dios eterno
Dulce cantar.

SAN MIGUEL

Tu nombre, Juana, escrito está en los cielos
Entre los nombres que a Francia libertaron;

Tú brillarás con vivos resplandores
Como Reina feliz entre los santos.

(Las dos santas ofreciendo a Juana de Arco la palma y la corona:)

Con dicha los reflejos contemplamos
Que ya tus sienes orlan
Y del cielo gozosas te traemos

Sta. Catalina.—La Palma del martirio
Sta. Margarita.—Y la corona.

SAN MIGUEL

La palma y la corona se conquistan,
Oh, pastora, en los campos del honor.
Antes de la victoria está el combate...
¿No oyes ya el estampido del cañón?

LAS DOS SANTAS

Nosotras volaremos al combate
A entregarte la palma de victoria,
Y allí a tus sienes ceñiremos ambas
La aureola inmarcesible de la gloria.

JUANA SOLA

Ya no temo los peligros
Con vuestra protección santa;
Y arrojaré al extranjero
De los campos de mi patria.
Conservaré la fe pura
En los ámbitos de Francia,

Por ello daré mi vida
Luchando con vida y alma.
No temeré ya la muerte,
Pues gloria eterna me aguarda,
Hora es de partir... ¡Enjuga
A mi madre ¡oh, Dios! las lágrimas,
Y en tanto a mí bendicidme,
Señor Dios de las batallas!

SAN MIGUEL

Ya escucho a los elegidos
Que gloriosos himnos cantan
Acompañando a la lira
De León, inmortal Papa,
Que en el coro de las mártires
Coloca a la invicta Juana.

Ya escucho que el Universo
Como santa la proclama;
Dios lo confirma en el cielo
Y el cielo repite «santa...».

En la tierra, en esos días
¡Cuánto sufrirá tu patria!
Pues, saltando las barreras,
La impiedad reinará en Francia.

Con todo, las almas puras
Invocarán como santa
A Juana, el último rayo
De salvación y esperanza.

¡Oh, sí; las voces lo dicen
Al perderse en lontananza:

«Juana de Arco, oye este ruego,
Y salva de nuevo a Francia!».

Himno de Juana de Arco después de sus victorias

Para Vos el honor y la gloria
Señor poderoso, del mundo el Autor;
Vos me disteis completa victoria,
A mí, débil niña, sin luz ni valor.

Para Ti, Madre Santa que has sido
En días aciagos mi gran luminar;
Hacia Ti, que mi fe has protegido
Un himno de gracias hoy quiero elevar.

De tu luz matinal, pura Estrella,
Los vivos destellos ¡ay! ¿cuándo veré?
Bajo el manto de Madre tan bella,
Sobre tu regazo ¿cuándo dormiré?

El alma sedienta de dicha secreta
Con nada en la tierra se puede saciar,
Aspira a lo eterno; su dicha completa
Tan sólo en el cielo la puede encontrar.

Mas antes, Dios mío, de veros anhelo
Luchar por Vos siempre; luchar y sufrir;
Ganar por Vos almas, llevarlas al cielo;
Con ellas amaros; por ellas morir.

Pasarán estos días de guerra;
El destierro también pasará;
Y, dejando mi cuerpo en la tierra,
El alma a su Esposo veloz volará.

Plegaria de Juana de Arco en su prisión

La voz me lo predijo y aquí estoy prisionera
Socorros ya no espero sino de Vos, Señor;
Por vuestro amor tan sólo dejé mi azul ribera
Dejé a mis viejos padres; mi más risueño amor.

Abandonando el valle lancéme a la contienda,
El lábaro dí al viento, y al campo fuí veloz;
Reuní grandes ejércitos en torno de mi tienda
Y bravos generales sumisos a mi voz.

Y he aquí, cual recompensa, que una prisión sombría
Después de dar mi sangre, me viene a entristecer;
Ya no veré mis lares con toda su alegría,
Ni los rientes prados veré más florecer.

Ni aquella gris montaña tan alta y tan lejana
Cuyo nevado pico taladra el cielo azul;
No oiré tampoco el eco que deja la campana
Y va a perderse en nubes de recamado tul.

En este calabozo sombrío, busco en vano
La estrella vespertina que tanto habla de Dios;
Ni aquel árbol, que sombra me diera en el verano
Cuando me adormecía, de mi rebaño en pos.

Aquí, cuando me duermo, después de amargo llanto,
Sueño con los perfumes del fresco albor, .
Y sueño ver mis valles y el bosque de mi encanto, .
Y el ruido ¡ay! de mis hierros me viene a despertar.

Señor, ya no rechazo ni el fuego ni la muerte;
Yo acepto el cruel martirio; lo abrazo por tu amor;
Mi corazón suspira y anhela poseerte;
Mi voluntad es tuya; recógela, Señor.

Morir por amor tuyo, déjame ya, te ruego;
Quiero, en pos de tus huellas seguirte con mi cruz;
Morir quiero abrasada, cual mariposa al fuego,
Morir y consumirme en tu divina luz.

Las voces que oyó Juana durante su martirio

De la gloria descendemos
Para llevarte a la gloria;
Aquí tienes la brillante
E inmarcesible corona.

Deja, deja ya el destierro,
Vente luego con nosotras
A tu patria; Dios te invita
A gustar su vida propia.

Abrasadora es tu hoguera,
Pero es más abrasadora
La llama que Dios enciende
En el pecho de su esposa

Ya rompe tus ligaduras
Un ángel con hacha corva,
Ya tu palma se cimbreo,
Ya Jesús por verte asoma.

Un instante falta, y luego,
Mientras tu cuerpo reposa
En la tierra, tu alma al cielo
A salvar a Francia corra.

JUANA expirando

Camino voy de la vida,
Cerquita estoy de la gloria,
Y, pues, por mi patria muero
Espero que Dios me oiga.
Ayúdame, Virgen Santa,
Mi abogada y protectora;
Ayúdame, Jesús mío,
Pues, te va en ello la honra.

El juicio divino

Pues que en tu cruel agonía
Me llamas, voz lastimera,
Héme aquí a quemar los lazos
Que al destierro te encadenan.
Ven, que el invierno es pasado;
Vuela a mí, paloma bella,
Que para ti tengo un hueco
En el hueco de una peña.
Y pues tu ángel te reclama,
Por estar libre de deudas,
Entra, que en amor pagaste
Tu larga y estrecha cuenta.
Ven y serás coronada
De rosas y de azucenas,
Ya que declina la tarde
Y expira el sol en la tierra.
Sobre las altas montañas,
Siguiendo a tus compañeras,

Ven corriendo, ven volando
Hasta la campiña eterna.

Yo también, porque eres mía,
Quiero que a mi lado vengas
A cantarme aquella estrofa
Siempre antigua y siempre nueva.

Y han de responder los ángeles
A tu dulcísima endecha,
Y te dirán alabanzas
Mientras tu canto resuena.
Y eternamente en el cielo
Cantarán ya las proezas
De la tímida pastora,
De la valiente guerrera,
Que es tan divina en el cielo
Como inmortal en la tierra.

El canto de Triunfo

LOS SANTOS

Tuya es la inmortal corona,
Tuya la celeste palma,
Junto al Rey ocupa el trono
Que ha conquistado tu espada.

Reposa en los altos cielos,
Reposa, paloma blanca,
Libre de lazos y redes
Del cazador de las almas.

Vuela, si quieres volar
Por la región azulada,

Por los astros fulgurantes
Y por las estrellas pálidas.
Lejos de negras prisiones
Y de enemigas espadas,
Los serafines te miran
Como a predilecta hermana.
Jesús te llama su esposa
Y te ofrece por morada
La abertura de su pecho,
De su corazón la llaga.

JUANA

¿El mismo Jesús? ¡Qué dicha!

LOS SANTOS

Y el cielo te ofrece en arras
De este desposorio

JUANA

¿El cielo?
¡Oh qué ensueño, Virgen Santa!...

LOS SANTOS

Siglos y siglos pasaron
Desde que goza tu alma
En el cielo, pues mil años
Son como un día en la Patria.

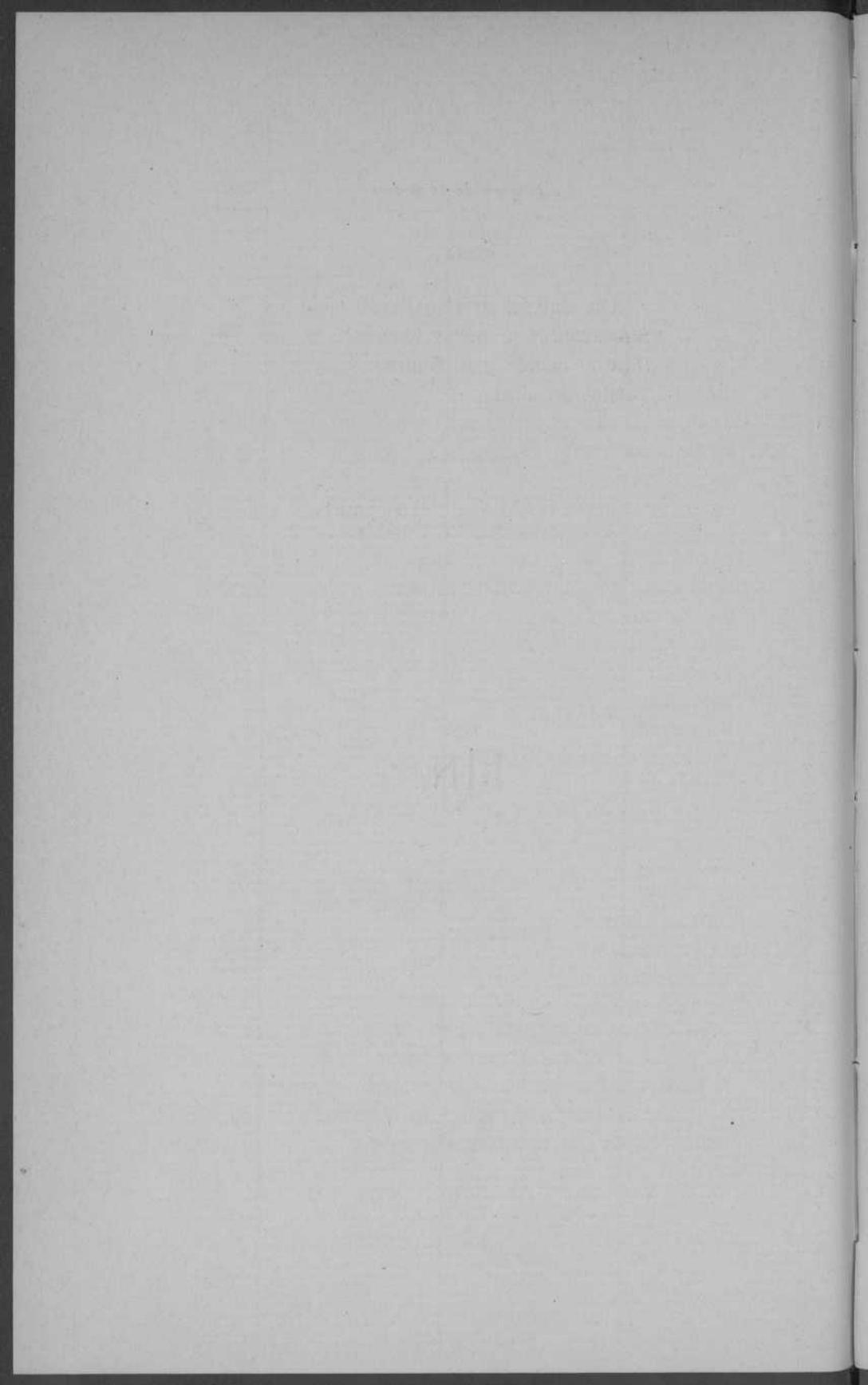
JUANA

¡Oh, dulce Patria! ¡Oh, mi cielo
Sin sombras ni nubes blancas!...
Pasó el mundo y su figura
Y Dios no muere.

LOS SANTOS

¡Ni pasa!

FIN

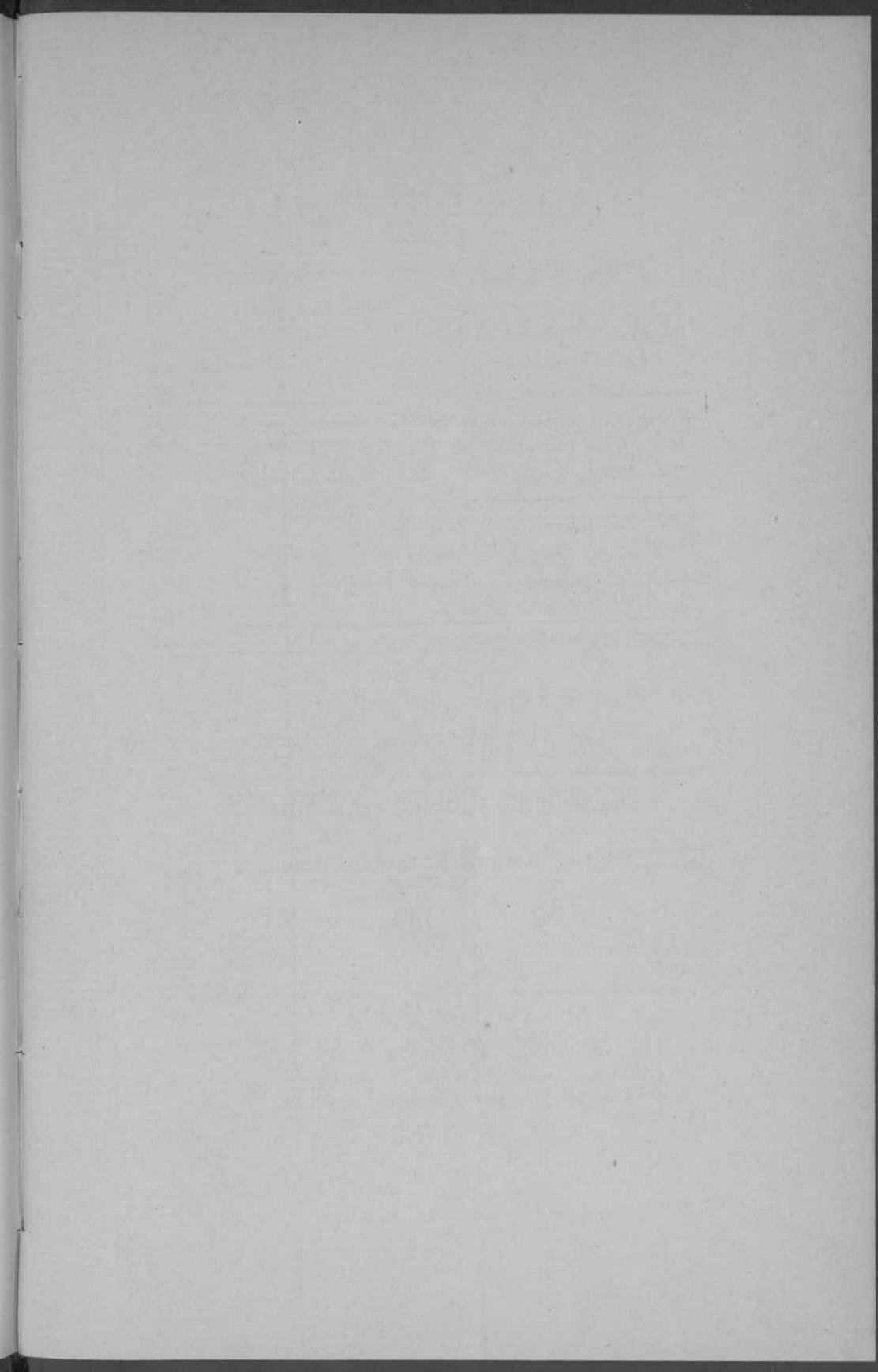


INDICE

	<u>Págs.</u>
Licencias	5
PROLOGO	9
Al pie de un cuadro pintado por Celina	17
Mi cántico de hoy	18
Vivir de amor	21
Cántico a la Santa Faz	27
A María de la Eucaristía	31
Acuérdate, mi Amor...	33
Al Sagrado Corazón	50
Cántico eterno	54
Sed de amor	56
Mi cielo	59
Mi esperanza	63
Echar flores	65
Mis deseos al pie del Tabernáculo	67
Sólo Jesús	72
Cántico para las Sacristanas del Carmelo	75
La pajarera del Niño Jesús	77
Paz y alegría	81
Mis armas	84
Un lirio entre espinas	87
La rosa deshojada	89
El abandono	91
Al Niño Jesús	94
Rocío divino o la leche Virginal de María	96
La Reina del cielo a su pequeña María	98
A Nuestra Señora de las Victorias, Reina de las Virgenes, de los Apóstoles y de los mártires	102
Porqué te amo. (A la Virgen María).	105

A San José	117
Al Ángel de mi guarda	119
A mis hermanitos del cielo, los Santos Inocentes	122
La melodía de Santa Cecilia	127
Cántico de Santa Inés	132
Al Venerable Teófanos Venard	134
Plegaria de la hija de un Santo	138
Historia de una pastorcita que llegó a ser reina	142
Mis amores	147
RECREACIONES PIADOSAS	
El divino Pordiosero de Navidad	161
Los ángeles junto a la cuna	177
La huida a Egipto	188
Jesús en Betania	193
La pastora de Domrémy	204





OBRAS DE VENTA

THEOLOGIA DOGMATICO-SCHOLASTICA

por el

R. P. VALENTIN DE LA ASUNCION, C. D.

Un tomo de 714 páginas, tamaño 15'50 por 24'50 centímetros, en rústica 10 pesetas y 12 en pasta.

Nueva edición de los

BREVIARIOS DE LA ORDEN

Con el Nuevo Salterio

Encuadernados en chagrín negro, flexible, cortes dorados, cintas y estuche.	ptas.	45
Encuadernados en chagrín negro, flexible, cortes encarnados, cintas y estuches.	ptas.	42

EL PRECEPTO DEL AMOR

POR EL

P. SILVERIO DE SANZA TERESA, C. D.

Un tomo que consta de 648 páginas, tamaño 15'50 por 24 centímetros. 6 pesetas en rústica y 7 elegantemente encuadernado.

PHILOSOPHIA MORALIS ET SOCIALIS

AD MENTEM

Angelici Doctoris S. Thomae Aquinatis

POR EL

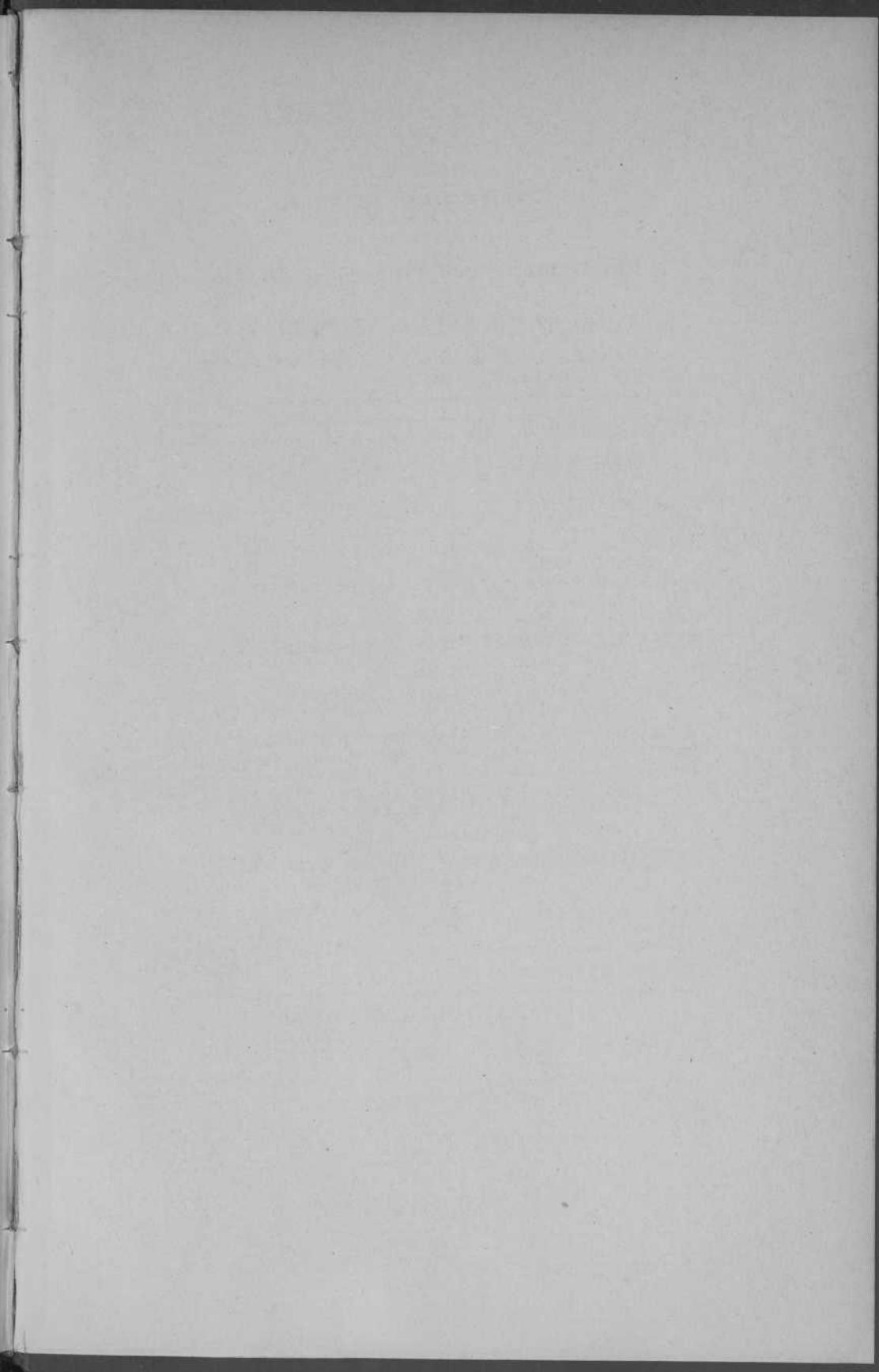
R. P. Marcelo del Niño Jesús, C. D.

Un volumen de 878 páginas, tamaño 15'50 por 24'50 centímetros. Precio 10 pesetas en rústica y 12 en pasta.

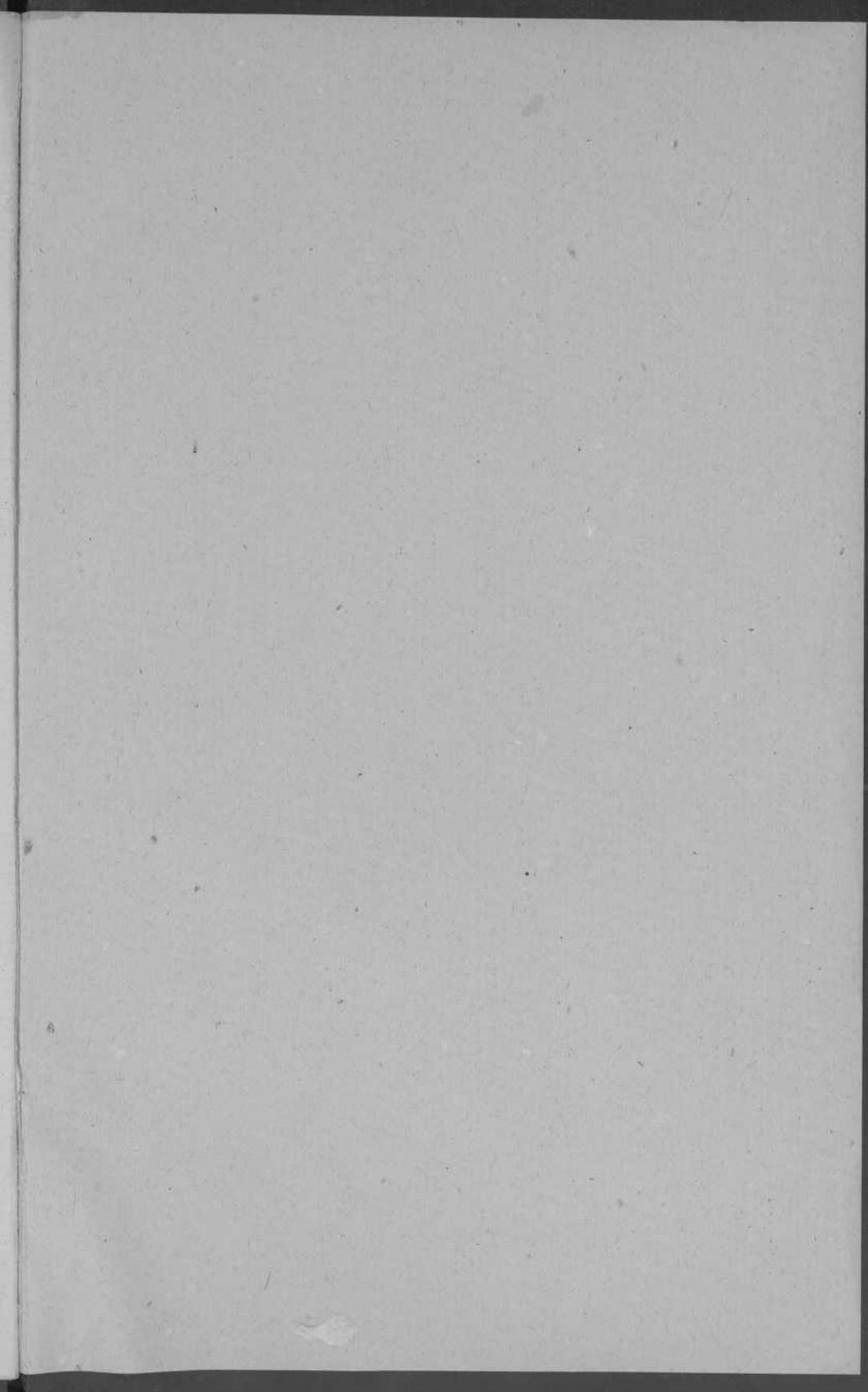
NUEVO DEVOCIONARIO

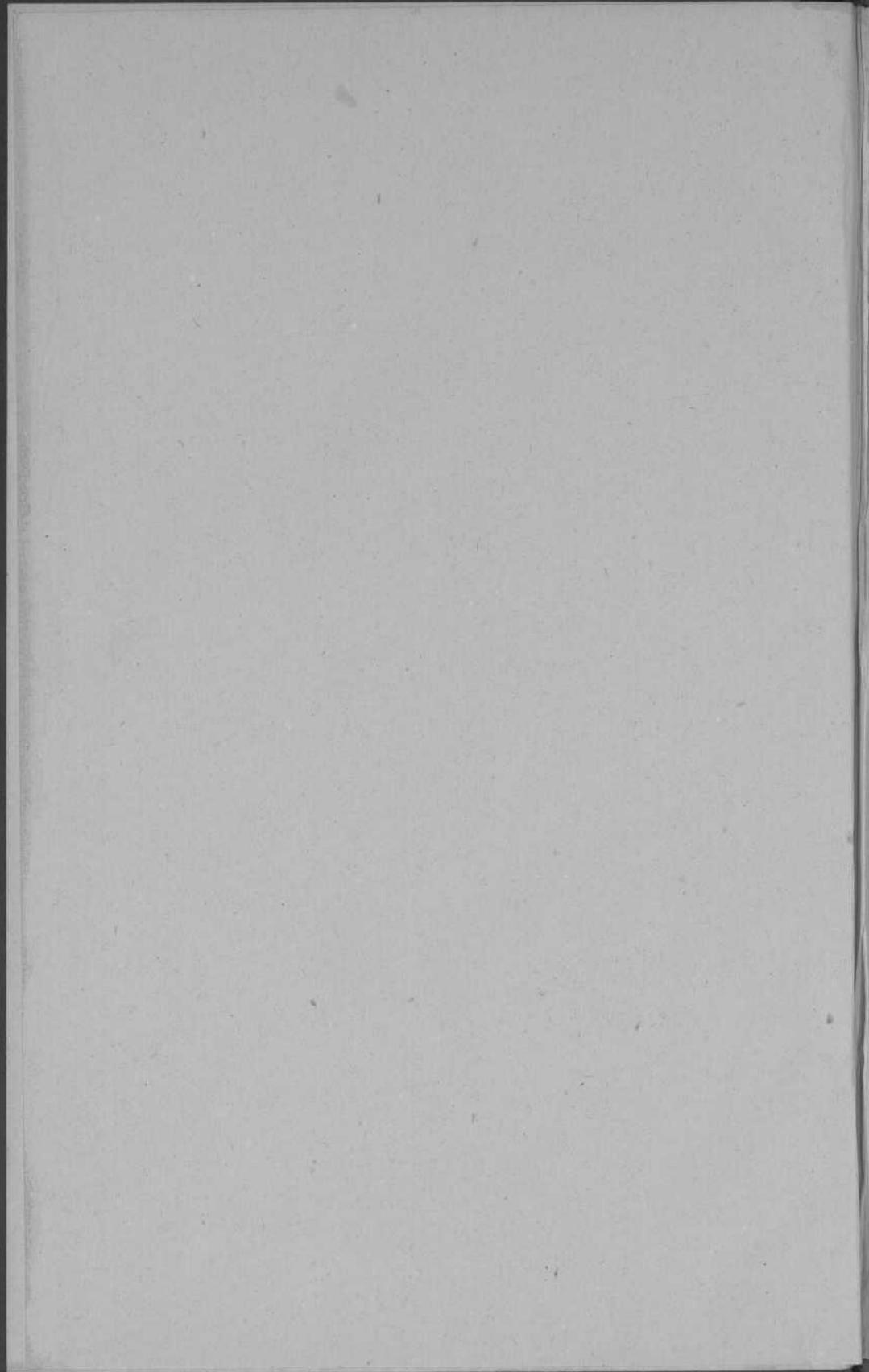
EL NIÑO JESUS DE PRAGA Y LA INFANCIA

Devocionario Manual, de 9 por 15 centímetros, contiene 160 páginas. Encuadernado en tela inglesa con planchas de oro UNA peseta.



B









D. FLORIAN

POESIAS

DE

SOR TERESITA

BUJ

27111

BIBLIOTECA

PUBLICA